

LINO RODRIGUEZ-ARIAS BUSTAMANTE

¿DIOS
HA MUERTO?



EURAMERICA

PORQUE -como San Justino afirmara- «todo cuanto se ha hecho con acierto en el mundo nos corresponde a nosotros, los cristianos», es necesario disponer, constantemente, de un acervo de verdades que ayuden al hombre, durante el regreso, a totalizar su vocación conforme al «negociado mientras vuelvo» del Evangelio.

Esa misión, esa proyección social del hombre, ha de apoyarse, un día y otro, en el testimonio o la experiencia de quienes, a la plena madurez científica en la profesión elegida, unen la posibilidad de darnos, desde una rigurosa actitud universitaria, un pensamiento propio que nos muestre cómo el hombre debe anclar siempre su actividad pública en realidades trascendentes.

No ya como alegato de ejemplaridad, sino como testimonio de un diario esforzarse por alcanzar, algún día, esa madurez, EURAMERICA, con su nueva colección «Cristianismo y Mundo», incorpora a la actividad intelectual de nuestro tiempo, textos y documentos de permanente vigencia a través del pensamiento y la experiencia de quienes pueden darnos, bien colmada, la medida de esa búsqueda afanosa.

COLECCION
CRISTIANISMO Y MUNDO

DIRECTOR: JOSE M.^a MOHEDANO HERNANDEZ

LINO RODRIGUEZ-ARIAS BUSTAMANTE

¿DIOS HA MUERTO?

COLECCION
CRISTIANISMO Y MUNDO
EURAMERICA

Nihil Obstat:
D. Pedro Alvarez Soler

Imprimase:
José M.º Obispo Aux
y Vic. Gen.

COPYRIGHT BY - EURAMERICA S. A. - MADRID (ESPAÑA)

Gráficas Ibérica - Trafalgar, 6 - 3.000 ej. 6-58 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
PROLOGO	7
INTRODUCCION	13
¿DIOS HA MUERTO?	19
I. LA INCREULIDAD RELIGIOSA	21
La creencia	21
Eclipse de Dios	23
Decadencia de la religiosidad	27
El hombre del pecado	29
II. LA EXISTENCIA DE UN ORDEN NATURAL	37
La vuelta a la naturaleza	38
¿Qué es el orden natural?	40
Dios y cosmos	42
El desplazamiento de Dios en la época mo- derna	45
El hombre creador	47
III. DIOS Y EL HOMBRE	49
El Absoluto objetivado	50
Libertad humana de condenarse	52
Orden y jerarquía de las cosas en el mundo .	54
Hambre de Dios	56
La existencia divina	57
IV. RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU RELIGIOSO	61
La persona humana y su proyección social .	64
El hombre cristiano	66
La restauración de Cristo en la sociedad ac- tual	71
a) La convivencia en la Verdad	75
b) ¡Bendita sea la pobreza!	77

MISION DEL APOSTOLADO SEGLAR	81
I. CONCEPTO DEL APOSTOLADO	83
Intervención de los seglares a través de la historia	86
Miembros de la Iglesia	94
Subordinación a la Jerarquía eclesiástica: vivir dentro de la ortodoxia católica	96
Actividad contemplativa y activa	100
Ejército de vanguardia	107
II. FORMACIÓN DEL APÓSTOL	111
El amor a Cristo y al prójimo	112
La influencia de la oración	118
La elocuencia del ejemplo; también cuentan los pecados de omisión	122
III. RECRISTIANIZACIÓN DEL MUNDO	129
Superación de la decadencia religiosa	132
El poder humano de la gracia	136
Carácter universal de la acción seglar	141
HITOS Y VALORES	145
I. HITOS	147
Abandono y entrega (Señor, ¿dónde moras?).	147
Rayos de luz (la gracia divina)	150
Buscando la serenidad	152
Renovación.	155
Indiferencia y virilidad	158
Austeridad	160
Convivencia	163
II. VALORES	165
La belleza	165
La vida eterna	166
La sabiduría	168
BIBLIOGRAFIA	173

PROLOGO

La impresionante pregunta que intitula esta obra, corresponde a una inteligente respuesta que va a dar su autor para señalar la misión del apostolado seglar frente a tres clases de materialismo de la época moderna: materialismo capitalista, materialismo comunista y materialismo religioso.

Nietzsche lanzó su grito "Dios ha muerto", sin pensar que él y sus seguidores tendrían que llenar ese vacío infinito con falsos dioses. Y como la corriente materialista es tan fuerte y pretende aniquilar el fin último y razón de nuestra vida que es Dios, nosotros debemos hacer causa común y organizar el frente de combate con soldados de Cristo que pueden ser los apóstoles seculares.

El Dr. Lino Rodríguez Arias Bustamante nos ha dado la honrosa oportunidad de ser los primeros en leer cuidadosamente su trabajo y referirnos a él.

Pero preferimos, más que un estudio preliminar conforme nos lo solicitó, hacer notar lo que él vale como intelectual católico y su merecido prestigio internacional.

Días antes del tercer Congreso Católico de la Vida Rural (año 1955), llamamos al Dr. Arias Bustamante para que aceptara el tema: LA DOCTRINA CATOLICA SOBRE EL TOTALITARISMO. Sabíamos de

¿Dios ha muerto?

su prestigio como profesor de Derecho en la Universidad de Panamá, pero no habíamos podido apreciar sus conocimientos de la doctrina social católica.

Los ilustres delegados de las diversas naciones presentes aplaudieron el trabajo y los sacerdotes manifestaron su regocijo porque alegra y satisface cuando un seglar católico conoce profundamente los documentos pontificios.

Después, en el Congreso Internacional de Cultura Católica en Ciudad Trujillo, año de 1956, uno de los más brillantes miembros de la delegación española, seglar también, nos dijo: "Ustedes tienen en Panamá un hombre que vale mucho, el Dr. Lino R. Arias Bustamante." Lo mismo escuchamos en Caracas en el Congreso Eucarístico Bolivariano al presentar su trabajo sobre "LA MISION DEL APOSTOLADO SEGLAR", en el encuentro Bolivariano sobre el apostolado seglar (año 1956). E igual será nuestra manera de pensar cuando terminemos la lectura de este libro.

Sobre la importancia del tema bástenos señalar lo que más adelante cita el autor sobre una reunión de San Pío X con varios Cardenales. "¿Cuál es en el momento presente, les preguntó, el más necesario y eficaz de los medios para la salvación de la sociedad?" Uno contestó: Erigir escuelas. "No es eso", replicó el Papa. Otro dijo: Multiplicar las iglesias. "Tampoco es eso". Un tercero añadió: Activar el reclutamiento sacerdotal. "Tampoco es eso", replicó el Santo Padre. "Lo que al presente es más necesario es tener en cada parroquia un grupo de seglares esclarecidos, resueltos, intrépidos, verdaderamente apóstoles."

La Iglesia ha sufrido en muchas partes, pero más aún en América, la persecución ocasionada por la inercia del apostolado seglar. La voz de la Iglesia en nuestras legislaciones de países de mayorías católicas ha

quedado ahogada por las maquinaciones de la masonería que hoy, a su vez, va cediendo su lucha contra Dios, al materialismo marxista.

Mientras se organizan los laicos para causas contrarias a las nuestras, como el proselitismo protestante y las células comunistas, los seglares católicos permanecen como simples espectadores. Y no podemos seguir así.

Ojalá que las páginas de este libro, escritas con profundidad poco común y amor a la causa de Cristo, despierten a los apóstoles seglares que duermen como los discípulos de Jesús en Getsemaní. Entonces aquel sueño nos ocasionó la muerte del Divino Salvador, pero el reproche del Maestro les hizo despertar tan sinceramente que dieron hasta sus vidas por El. En cambio, el sueño de la indiferencia y la irresponsabilidad de quienes están llamados a ser apóstoles seglares de los tiempos modernos, causará no la muerte de Dios, que nunca muere, sino la muerte espiritual de tantas almas inmortales.

Tomás A. Clavel Méndez, Obispo de David
David, Rep. de Panamá. 3 de diciembre de 1957.

INTRODUCCION

EN las páginas de esta obra presentamos al lector algunos rasgos de nuestro pensamiento cristiano al correr de los avatares del tiempo. Pues estimamos que todo hombre consagrado al estudio, que ha hecho de su inteligencia el instrumento esencial de su vida no para conseguir un "modus vivendi", sino para cumplir con un llamamiento de vida apostólica, debe relatar sus impresiones al público y exponer a la crítica su manera sincera de vivir y de pensar en una hora del mundo en que todas las orientaciones y pautas—por modestas que ellas sean—cumplen una finalidad decisiva en el futuro de los hombres y pueblos.

Por esto es que nosotros—desde la atalaya ideológica comunitaria que venimos propugnando en todos los escritos—lanzamos hoy de nuevo nuestro cuarto a espadas desde el ángulo más serio de la faceta del hombre: el religioso. Las hojas que siguen no constituyen una improvisación, ni tampoco prometen ser las últimas que escribamos sobre tan apasionante tema. Quien se tome la molestia de leer nuestra lista de publicaciones se percatará de que ya hemos buceado anteriormente en la

materia religiosa; incluso para la elaboración de la primera y de la tercera parte de este estudio utilizamos algunos trabajos que han visto la luz pública bajo seudónimo en el periódico diario "El Panamá América" y en el semanario católico "El Lábaro", ambos publicados en la capital de la República de Panamá.

Quizá, a primera vista, parezca irreverente el título de nuestro ensayo, puesto que un cristiano jamás debe poner en duda lo que constituye la justificación y la base de su creencia religiosa. Pero es que consideramos que en el momento presente, en que la incredulidad constituye un fenómeno colectivo, el cristiano tiene la obligación de plantearse la pregunta para, si está seguro de su fe y de su doctrina, no continuar siendo un sujeto pasivo que acepta las cosas y situaciones de este mundo por mera inercia, sino que debe estar siempre dispuesto a ser fiel reflejo de sus convicciones. Porque, si alguien está tratando de apagar el fuego de los corazones que deja tras sí luminarias fervorosas es, precisamente, el creyente tibio de nuestro tiempo, que vive más atento a sus problemas particulares que al cumplimiento de las exigencias del bien de la comunidad.

Por todo esto, las cuestiones temáticas que siguen las planteamos con toda la autenticidad de que somos capaces, pues guardamos el mayor respeto y la más noble gratitud a los hombres que dicen estar ideológicamente en desacuerdo con nosotros, desde el momento

que ellos son el mejor acicate que hemos podido encontrar para seguir con anhelo la búsqueda de la Verdad. ¡Ojalá quiera Dios llegue algún día en que nos podamos dar la mano para construir juntos el mundo de justicia que en nuestros pechos ansiamos unos y otros, aun cuando en la actualidad nos separen distintas concepciones del mundo!

¡Que al menos nuestras líneas de hoy sean un aldabonazo a tanta conciencia cristiana dormida y un toque de atención a quienes, por ignorancia de la vida de Cristo o reaccionando contra el ejemplo de algunos de los que dicen ser sus seguidores, se han apartado de la doctrina del Evangelio, que proclama como norma de convivencia humana el amor a Dios y al prójimo!

* * *

Por último, sólo nos resta agradecer vivamente a nuestro colega universitario el doctor DIEGO DOMÍNGUEZ CABALLERO las acertadas sugerencias que nos hizo cuando, en coloquio amical, departíamos sobre estos temas, tan atractivos para quienes profesamos una ideología cristiana.

Panamá, Festividad de la Patria, 1957.

¿DIOS HA MUERTO?

I. LA INCRECULIDAD RELIGIOSA

LA CREENCIA

La vida del hombre, para que su desarrollo sea normal y eficiente, debe asentarse sobre tierra firme, esto es, hallarse formada por creencias que le sirvan de soporte y de brújula en su tránsito por este mundo. Por eso **la creencia** es algo con lo que contamos tan incondicionalmente que no necesitamos pensar en ella, de la misma manera que al cruzar una calle jamás nos imaginamos que debajo de nuestros pies se halla el abismo, sino el piso duro de cemento que soportará con facilidad el peso de nuestro cuerpo. Luego la creencia reposa sobre una actitud intelectual, no crítica, puesto que la razón se aviene a admitirla mientras no se la destruya mediante prueba en contrario. Está asentada sobre una afirmación emitida con probabilidades relacionadas a las que responde una cierta complacencia afectiva, motivo éste que hace acompañar a la certidumbre de la creencia un carácter entrañable que no halla-

mos en la fría apreciación racional, donde todo lo que se acepta ha de pasar inexorablemente por el escalpelo de la crítica más rigurosa y exigente. De aquí que la creencia siempre conlleve un cierto fervor en su poseedor, incluso aunque sea una mera creencia política, que de ningún modo encontramos en el científico y en el sabio, acostumbrados a la elaboración de doctrinas y teoremas que no despiertan el menor entusiasmo entre las gentes, si bien causen admiración y respeto.

Por esta afectividad propia de la creencia con disminución de su apreciación racional, ella adquiere un papel trascendente en la humanidad, por cuanto es la que la empuja a las grandes realizaciones y a los espantosos desastres. Por ello, todos los grandes movimientos—incluso los más atrayentes—reposan sobre creencias, que son las que les dan fuerza y peligro, desde el momento que su contacto contagia y apasiona hasta el punto de ofrecer la vida muchos hombres por ellas. Y es que la creencia mueve la voluntad, el espíritu y el corazón de los hombres transfigurándolos en otros seres cuando se ven tocados por su gracia ¹.

Pues bien, la creencia más caracterizada, la que más héroes y mártires ha producido en todos los tiempos, ha sido sin duda la creencia religiosa. Por ella han ofrecido su vida poderosos y humildes, sabios e ignorantes. Sin embargo, en nuestro tiempo está presentando fallas vitales, como consecuencia de una incredulidad religiosa que tiene trascendencia social. Y es que hoy día la creencia religiosa no se vive en amplios sectores con la unción de épocas pasadas. Como escribía Hölderlin: “¡Ay! Nuestra generación camina en la noche, vive como en el Infierno, sin lo divino”. Porque el escarnio

a Dios es un hecho reptido con frecuencia por el hombre moderno. “¡Qué otra palabra de habla humana ha sufrido tantos abusos, ha sido tan corrompida, tan profanada! Toda la sangre inocente por ella derramada la ha despojado de todo su esplendor. Toda la injusticia con ella cubierta ha borrado sus rasgos salientes. Cuando oigo llamar a Dios a los más elevados, me parece, a veces, casi una blasfemia”².

ECLIPSE DE DIOS

Este fenómeno universal de nuestra hora histórica, ha sido calificado por Martín Buber de **eclipse de Dios**. Un eclipse de sol es algo que tiene lugar entre el sol y nuestros ojos, no en el sol mismo. De igual manera, el hombre puede eliminar de su vocabulario el nombre de Dios, pero pese a ello, El vive en la luz de Su eternidad. Es decir, que se ha roto la relación entre el hombre y Dios por aquél insistir en descubrir, dentro del pensamiento terrenal, el poder capaz de develar el misterio. Así, actualmente existen hombres que se repiten todos los días la frase que se atribuye a Laplace en conversación con Napoleón: “He tenido la experiencia de que no necesito de la hipótesis de Dios para sentirme cómodo en el mundo”³.

Ludwig Feuerbach, que representó la izquierda hegeliana e influyó tan directamente sobre Carlos Marx, escribió: “Los dioses son los cambiantes deseos de los hombres transfigurados en entes superiores; un Dios no es más que un impulso a la felicidad y perfección que posee todo hombre, henchido por una ola de fantasía”⁴.

Tal reacción frente a la creencia religiosa, signo de nuestra era, ha sido producto del decantado laicismo moderno. Nadie niega que en todos los tiempos hubo herejes; pero antaño éstos eran casos aislados que provenían únicamente del ímpetu de pasiones rebeldes. En la actualidad ya no se trata de lucha apasionada con los principios dogmáticos de la Iglesia, sino de profunda crisis espiritual, que trastorna los sanos cánones de la moral privada y pública de los individuos y que afecta—como hemos dicho—a grandes sectores colectivos.

Todo esto ocurre a pesar de que el cristianismo es considerada la única religión verdadera, la única religión revelada por Dios, que tiene resortes sublimes de consuelo para el corazón humano más simple a quien le es suficiente creer para estar seguro de su salvación eterna, y donde el filósofo encuentra en sus dogmas amplia materia de razonamiento⁵. Porque el apartamiento de la causa de Dios, con su gradual enfriamiento por las cosas del espíritu, va calando progresivamente no sólo entre las numerosas masas populares, sino inclusive en los llamados grupos selectos e intelectuales, haciendo presa por doquier un ateísmo igualmente universal y combativo que trata de suplantar y desterrar la concepción religiosa de la vida sustituyéndola por una visión absolutamente pagana del mundo. Es la misma señal narrada en el Evangelio cuando Jesús fué crucificado: “Las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra”⁶; símbolo espantoso de lo que sucede espiritualmente dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluído de hecho a Cristo de la vida moderna, y, especialmente, de la vida pública.

Para consuelo de los propensos a esconder la ca-

beza debajo del ala, podemos decir que esta situación de retroceso de la Iglesia de sus posiciones no es sólo de ahora, sino que en plena Edad Media padeció ya un revés territorial grave: El Islám le arrebató todo el Oriente y Africa, las iglesias de San Pablo, Santo Tomás, San Jerónimo, San Basilio y San Agustín. Luego estima Florentino Pérez Embid, que estas adversidades del Cuerpo místico no afectan al cristianismo, que “resultará acendrado y depurado en sus formas autóctonas y en su eficacia temporal”, ya que “la vida cristiana nacerá otra vez en todas partes desde dentro, porque hoy ya no es posible construir de modo estable en frontera alguna de la tierra murallas de la China”⁷.

Con todo, la afirmación anterior es menester reconocer que está llena de buenas intenciones, pero no se hace eco en toda su amplitud de la gravedad con que se enfrenta hoy la religión en su lucha contra la incredulidad religiosa. Puede ser cierto que los esfuerzos de los llamados pueblos subdesarrollados no vayan directamente ni contra la religión ni contra la Iglesia, sino que adversen el colonialismo que les oprime; no obstante, de rechazo afectan a la influencia que el cristianismo ejercía en aquellas partes del mundo que van pasando a la órbita del comunismo por la incapacidad de las naciones dirigentes de Occidente en la tarea humana de proporcionarles una vida más digna. Es lo mismo que sucedió en Hispanoamérica a raíz de su independencia de España, hecho que significó la decadencia de la Iglesia en estas latitudes, porque las jóvenes repúblicas nacieron bajo la influencia de las ideas laicas de la revolución francesa, que en todo momento estuvieron enfiladas contra la jerarquía católica y contra el clero, por

considerarlos partidarios del antiguo régimen colonial⁸.

Además de que las esperanzas se puedan depositar en el clero indígena, para el renacimiento del cristianismo en estos países, es muy relativa, porque, sin negar sus méritos y sus denodados esfuerzos, se encuentran con una serie de limitaciones de no pequeña monta que proceden de una escasez espantosa de vocaciones sacerdotales y de un ambiente refractario cuando no hostil, frente a una mística enemiga que sobre el terreno abonado del liberalismo promete a esas miserables gentes que arrastran sus cancerosas vidas la restauración del paraíso sobre la tierra, lo cual es una tentación bastante atractiva para unos seres ignorantes abandonados a su propia suerte y llevando una vida peor incluso que los mismos animales.

Así el paganismo moderno reemplaza las convicciones religiosas por la idolatría social, llena los huecos vitales que ha dejado la creencia religiosa en el hombre con ideas de redención sociológica, recortando al pensamiento humano su inclinación a pensar en el mundo del espíritu y de la trascendencia. Esto es, al mismo tiempo que se ha ofrecido a la humanidad un aposento paradisiaco se reduce al hombre a puro animal y a aquélla se le da una interpretación naturalista, desde el instante que se les priva a uno y otra de todo sentido espiritual. Quizá esto suceda también porque en los pasados tiempos se exaltó por algunos desmesuradamente el papel de la divinidad achicando demasiado el de la criatura humana, olvidándose de que el cristianismo nos habla de un Dios paternal y amoroso que respeta hasta el máximo el libre albedrío humano. La Iglesia, por el contrario, reconoce el va-

lor de las cualidades naturales, por cuanto aquello que es bueno es aceptado y sublimado en la concepción cristiana de la vida.

En vista de los derroteros que siguen las actividades de hostilidad a Cristo, se advierte que conducen no sólo a negar el mundo sobrenatural, sino a despreciar y esclavizar a la humanidad, cuando lo correcto es ennoblecer lo natural vivificándolo con el espíritu, no negándolo. Únicamente si el hombre aspira a encarnar a Jesús se habrá liberado de todas las tentaciones y cadenas que le atan en este mundo terrenal.

DECADENCIA DE LA RELIGIOSIDAD

Sin duda que del examen sereno de las anteriores consideraciones, fácilmente se desprende que se ha producido una **decadencia** progresiva de la **influencia religiosa** en la civilización europea. Whitehead lo atribuye, fundamentalmente, a dos causas:

a) Desde hace más de dos siglos la religión ha estado a la defensiva muy débilmente, sin saber adaptarse a los nuevos cambios de los tiempos modernos impuestos por los adelantos de las ciencias.

b) El que ya no tiene eficacia alguna el temor del tirano omnipotente y arbitrario escondido tras las fuerzas desconocidas de la naturaleza. La ciencia ha cambiado la psicología de los pueblos: la llamada al instinto animal “no produce su efecto directo, porque las condiciones modernas de la vida nos han enseñado a afrontar las causas del miedo oponiendo un análisis crítico de sus causas y de sus condiciones”.

Es cierto—y en buena hora—que en el hombre

ha nacido una nueva ambición de alzarse contra el destino que pesaba contra él y romper con un mundo de fatalidades que desde tiempo inmemorial había creído invencibles. A ello han contribuído las conquistas logradas mediante la ciencia que le han llevado al dominio de insospechados sectores de la naturaleza, lo que le han animado a encararse abiertamente con los misterios del cosmos y a decidirse por conseguir desentrañarlos. Por eso a medida que se está alcanzando la transformación de la naturaleza, se aspira también a la reestructuración de la sociedad. Aquí ya juega un papel de primer orden la tecnología, gracias a la cual el hombre va a hacerse "amo y poseedor de las fuerzas humanas". Lo único pernicioso que vemos en esta justa ambición humana superadora es que se ha desorbitado la cuestión y se ha incurrido en el grave pecado del endiosamiento de la sociedad—la idolatría social de que hemos hablado más arriba—, rindiéndose únicamente culto al tecnicismo tecnológico que significa la entronización redentora y fetichista de la técnica, con inexcusable olvido de los valores divinos y humanos.

Estamos de acuerdo en que la generación humana presente ha logrado conquistas materiales y técnicas que ni a soñar pudieron haber concebido las que las precedieron, lo cual justifica la dinamicidad que caracteriza a la sociedad moderna, donde el hombre va avanzando vertiginosamente al conocimiento de los lugares más remotos e inaccesibles anteriormente a sus antepasados. Pero esta facilidad que hoy día se encuentra para el conocimiento del planeta que habitamos y la rapidez con que nos podemos trasladar a los sitios más insospechados, teniendo más que nunca vigencia el dicho popular

de que “el mundo es un pañuelo”, no justifica el que un sector de la humanidad haya pretendido la “divinización del hombre”, sustentando que la religión corresponde a una etapa ya superada, como propugnara Augusto Comte, aun cuando después tuviera que caer en la contradicción de hacer de la humanidad una religión sin Dios. Porque permitid que se suprima el primer Mandamiento y dejad a cada cual que se fabrique un “dios” propio; entonces tendréis dos soluciones igualmente delezna- bles: o llegamos otra vez al Panteón de la Roma pagana con sus treinta mil dioses, o nos revolvemos en una inmoralidad peor que la vida de los anima- les, por cuanto es más fácil para el pájaro vivir sin aire y para el pez vivir sin agua, que para el alma humana vivir sin Dios”.

EL HOMBRE DEL PECADO

El Apóstol San Pablo, hace veinte siglos, escribió en su “Carta Segunda a los Tesalonicenses”, que **el hombre del pecado** es el que se opone y le- vanta contra todo el que se llama Dios o es objeto de veneración, hasta sentarse él mismo en el tem- plo de Dios, mostrándose a sí mismo como Dios¹⁰. No es, pues, que el hombre haya perdido la capa- cidad para conocer a Dios, sino que ha corrompido este conocimiento, envileciendo el concepto de divi- nidad atribuyéndola a falsos ídolos y mitos. Este es el resultado de la frase nietzscheana de que “¡Dios no existe!”, o la de Sartre cuando nos dice: “Está muerto, antes nos hablaba y ahora está en silencio, todo lo que tocamos ahora es su cadáver”; o sea, que el hombre en los primeros tiempos creía oír a

¿Dios ha muerto?

Dios y ya no es más capaz de creerlo. Pero es que el Dios viviente no sólo es un Dios que se revela, sino un Dios que también se oculta¹¹. Parodiando a Heráclito, pudiera decirse que Dios gusta esconderse. Y ya la Escritura nos recuerda que Dios resiste a los soberbios¹². Porque el soberbio más que negar a Dios afirma que él es Dios, que se basta totalmente a sí mismo, cuando la teología cristiana a visto siempre en la soberbia el pecado capital entre los capitales, y la forma capital de la soberbia es el ateísmo¹³, cuya primera contradicción interna es proclamar la desaparición necesaria de toda religión, siendo él mismo un fenómeno religioso¹⁴. Entonces, se olvida que el mundo no sólo marcha a fuerza de lógica racional. Es querer desconocer que el hombre tiene corazón y que en él guarda con fruición los inescrutables designios de su fe que le llevan a creer en la existencia de un Dios que vela por su existencia y le habla de una convivencia pacífica con sus semejantes por integrar con ellos una comunidad fraterna.

Por consiguiente, en esta edad de la ausencia de Dios resulta un tanto temerario tratar de colocarse en Su lugar, porque—como nos dice Heidegger—, la esencia del hombre no alcanza a la esfera del ser de Dios. El lugar que, metafísicamente hablando, pertenece a Dios es en el que se lleva a cabo la producción y conservación de lo que existe en cuanto ser creado. Por ello, a lo más el lugar de Dios puede permanecer vacío, mientras aparece otro, esto es, un lugar metafísicamente correspondiente, que no es idéntico a la esfera del ser de Dios ni a la del hombre, conservando ese segundo lugar. Pues el superhombre nunca ocupará el lugar

de Dios ¹⁵. Por esto todo ateísmo no es posible sin El, lo que explica que el ateo, en una u otra forma, hace de sí un Dios ¹⁶.

Es por esto que el hombre tiene siempre que incurrir en el error y en el absurdo, cuando perdiendo el sentido de la interpretación religiosa de la vida se desvía del "mandatum divinum" y se postra de hinojos ante los ídolos que levanta febrilmente la mente humana en su desvarío imaginativo; pues siendo evidente que la humanidad no puede desterrar de sí el sentimiento sobrehumano que le hace intuir la presencia de Dios como "razón de ser" de todas las cosas creadas, al llegar las épocas de ateísmo que borran como vendaval estas nobles y elevadas manifestaciones del espíritu humano, se tiene que buscar al momento otras que sean capaces de llenar el profundo vacío que se deja en los corazones al extirparlos el hombre divino. Porque Dios se nos manifiesta como la fundamentación última de la existencia humana, ya que, como ha escrito Zubiri, "la vida fundamentada sobre sí misma aparece internamente **desfundamentada**, y, por tanto, referida a un fundamento de que se ve privada" ¹⁷.

En esta situación de angustia cósmica en que se encuentra el hombre a quien súbitamente se le ha privado de Dios, minándole la creencia que sostenía sus pies sobre terreno firme y su cabeza erguida, ocurre que se encuentra dueño de sí mismo hasta tal extremo insospechado de que es él quien tiene que crear los valores que antes dimanaban con carácter absoluto de la divinidad misma. Es el momento en que se reivindica para la especie humana una independencia absoluta a quien "todo le es

permitido”, cayendo en la paradoja de que en el preciso instante en que se proclama la relatividad de todos los valores se enaltece como valor absoluto la libertad individual, que es el medio más apropiado para aniquilar la dignidad de la persona humana. Esto es así, en razón de que la libertad creadora que corresponde al hombre por participar en el conocimiento de la creación con facultades subjetivas de interpretación, es algo también establecido, como lo somos nosotros mismos y como lo es toda nuestra vida. Por ello hemos de emplear esta libertad en forma adecuada, es decir, de una manera digna en cuanto que es una libertad que se nos ha otorgado gratuitamente por Dios para que la hagamos valer frente a la arbitrariedad y la injusticia de los otros hombres.

De aquí que cuando el hombre moderno, el hombre del pecado, quiere romper su relación de fe con Dios, dejándose llevar de la falsa promesa de Ludwig Feuerbach, que le instigaba a recuperar para sí la libertad creadora atribuída antes a Dios afirmándose a sí mismo como el ser por el cual el hombre existe, olvida la religación con Dios y, con ello, pierde la fundamentalidad de su existencia exponiéndose a vivir sumido en la mayor de las esclavitudes, puesto que menosprecia el Ser que le dió el hálito de vida, como si ésta, que es el principio de toda personalidad humana, pudiera provenir de las fuerzas ciegas de la naturaleza, cuando ya el hombre—como ser vital creador—tiene desde su origen la dignidad espiritual de persona que le individualiza y le permite comprender la obra de la creación. Por ende, únicamente se explica esta actitud humana, concibiendo que existan distintas es-

estructuras de conciencia, que correspondan a lo que se puede designar con los nombres: “dueño” “esclavo” y “hombre libre”, siendo el amo una conciencia que solo se da en correlación con otro, con el esclavo, en tanto que la conciencia del hombre libre, es la de la existencia de cada cual para sí, con libre salida de sí mismo hacia los demás y hacia todos¹⁸.

Al fin ya en San Pablo se distingue la oposición entre el hombre animal y el hombre espiritual: “Pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarlo. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para poder enseñarlo? Mas nosotros tenemos el pensamiento de Cristo”¹⁹. O sea, al espíritu se contraponen la carne, a la justicia el pecado, a la vida la muerte. “La ley del Espíritu, que es la ley de justicia y de vida, en Cristo Jesús me libró de la ley de pecado y de muerte”. Mas esta clasificación no significa en el Apóstol el reconocimiento de la existencia de dos razas de hombres, como tratarían de establecer los gnósticos de los siglos II y III, propugnando que unos hombres nacen para la ignorancia y otros para la intuición de las cosas divinas. San Pablo condena esta separación defendiendo que todos los hombres son carnales por naturaleza, pero, por obra de la gracia, todos pueden convertirse en espirituales. La intuición divina no constituye en nadie un don natural, sino ofrecida a todos por comunicación del Espíritu de Dios; así, los que todavía no son perfectos, se verán, si se esfuerzan por conseguirlo, iluminados por El²⁰.

Y este hombre del pecado, que tiene el corazón puesto en las cosas terrenas, se da incluso en el seno de la Iglesia donde no dejan de existir malos cristianos. Estos encarnan también las figuras del amo y del esclavo a que nos referíamos anteriormente. La irrupción del ateísmo en la sociedad moderna, ha sido la conclusión de una progresiva degradación de la idea de Dios que se ha ido realizando desde hace tres siglos, y del que tiene particular responsabilidad el racionalismo burgués; y significa el comienzo de una nueva edad, en la que el proceso de muerte y de resurrección se desarrollarán conjuntamente, enfrentándose y luchando el uno con el otro ²¹.

Estos hombres del pecado son el apóstata máximo, según San Pablo, “al cual el Señor Jesús matará con el soplo de su boca y aniquilará con la epifanía de su parusia”, es decir, “con la manifestación de su venida”, para el triunfo definitivo de los valores divinos en el hombre y a fin de que impere el reino de la paz y la libertad en este mundo. Una sociedad de esta naturaleza será fundada en el conocimiento de Dios y, por tanto, ajena a todas las racionalizaciones que tengan por objeto la esclavización humana. Entonces triunfará el hombre libre, que es el que se dirige por sí mismo y no el que está dirigido; el que no se pliega ante la historia, ni ante la especie, ni ante la revolución, ni ante el tirano. Por eso una sociedad de hombres libres, una sociedad de personas, no es ni una monarquía, ni una teocracia, ni una aristocracia, ni una democracia, ni una sociedad autoritaria o liberal o socialista, ni una sociedad fascista o comunista, sino una comunidad que sea proyección del personalismo, porque reconozca la primacía de la persona en

relación con la sociedad²², aunque siempre el individuo ha de actuar en función del bien común, por cuanto nadie puede permanecer ajeno en la vida a las desdichas de su prójimo, y, por consecuencia, todo su quehacer ha de hallarse orientado a evitar que éstas ocurran por culpa de sus malas acciones.

II. LA EXISTENCIA DE UN ORDEN NATURAL

Hemos visto como se caracteriza nuestra época por la ausencia de un sentido del pecado, por la persistente acción corrosiva de un liberalismo paganzante que relegó la religión a una mera experiencia estática para los que la disfrutaban, destruyéndola de todas las manifestaciones de la vida pública en el afán de anquilarla en el simple reducto individual. Esta labor demoledora iniciada por el sistema liberal ha sido llevada después a sus mayores aberraciones por el marxismo y comunismo. Así, gradualmente, se ha ido despojando al hombre de su investidura religiosa hasta convertirle, mejor dicho reducirle, a animal o bestia.

Es obvio, que logrado narcotizar en el ser humano lo que tiene de aspiración divina, fácil ha sido deslizarse ya hacia una concepción de la vida en que el pecado se ve desplazado como un prejuicio burgués, perjudicial e inútil. Todo es pues natural en la sociedad, y así, con esta vuelta a la naturaleza rousseauniana, la corrupción y el vicio han podido campear con absoluta libertad en un

mundo que se desentiende de los valores morales para preocuparse de buscar su panacea en la satisfacción de sus apetitos y necesidades materiales. Esta es la manera que tiene la sociedad actual de desenvolverse a espaldas de la doctrina de Cristo, creyendo que puede encontrar la seguridad y la estabilidad por otros senderos exclusivamente materialistas y cuantitativos. Alucinados los hombres por los asombrosos adelantos de la era técnica e industrial, han creído llegar a una etapa de la historia en que pueden proclamarse emancipados del deber de estar sometidos a Jesucristo.

LA VUELTA A LA NATURALEZA

La pretendida **vuelta a la naturaleza** ha significado en la realidad una ficción y una argucia para encubrir la más enorme exaltación de las tendencias egoístas en el hombre que se haya conocido en la Historia. Pues lo que en verdad ha sucedido es que la humanidad ha retrocedido de un salto—en el aspecto moral—a la época de la caverna y de lo primitivo. Se ha confundido lo natural con los instintos primarios y elementales; aquéllo es propio del ser humano, quien por medio de la razón desenvuelve y encauza las tendencias de su naturaleza como medio de llegar a convertirse en **persona**, con su dignidad y carácter trascendente de la vida; mientras que estimular lo elemental en el individuo es empujarle a que dé rienda suelta a sus más escondidas pasiones y morbosidades. De esta manera, la humanidad de nuestro tiempo se ha visto lanzada a una aventura de progreso material y técnico de espaldas a la realidad moral, teniendo como conse-

cuencia el desbarajuste y el caos que se observan por doquier.

Lo natural en el hombre, pues, adquiere normal y fecundo desenvolvimiento si se realiza mediante el control y la vigilancia de la razón. De idéntica forma, la racionalidad humana puede conducirnos —y de hecho nos ha conducido— a los más inimaginables extravíos cuando no se somete a los dictados de lo sobrenatural. Porque Cristo no descendió de los cielos a la tierra para nular y cegar al hombre, sino muy por el contrario, para abrirle los verdaderos ojos del alma y conducirle así a la salvación eterna. Para ello instauró un orden natural—gobernado directamente por El—, que persiste inmutable a través de los tiempos, como llamamiento universal a la voluntad de los hombres a fin de que lo acepten voluntariamente como norma de conducta y de vida. “Cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin Ley, cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia”. Esta Ley natural—que es reflejo de la Ley eterna—llama siempre a la conciencia humana con el objeto de indicarla el camino a seguir para su perfección, aun cuando no siempre es aceptada. Porque—como escribe San Pablo—, el querer el bien está en mí, pero el hacerlo, no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero²³. Por nuestro origen somos todos necesariamente hijos de Adán; en cambio, seremos criaturas de Cristo si lo queremos, merced a nuestra libre adhesión a su gracia, en el bautismo, ya que lo que Cristo ha de obrar en nosotros es ciertamente una nueva creación.

¿QUÉ ES EL ORDEN NATURAL?

Todo orden es, sustancialmente, un sistema de normas. En consecuencia, el **Orden natural** será el sistema de normas que, adaptadas a la naturaleza del hombre, e imperando sobre su voluntad, le conducen hacia el bien, representado por sus fines²⁴. El orden no es más, dice el propio San Agustín, que una disposición de cosas semejantes o dispares que atribuye a cada una el lugar que le corresponde²⁵. Por consiguiente, el orden natural exige que haya un lugar para cada cosa y que cada cosa esté en su lugar. Y entre estas cosas está el hombre, quien en virtud de su propia naturaleza y de su libre albedrío, sigue el sistema de normas, no forzosamente como las criaturas privadas de razón y voluntad, sino voluntariamente. Por algo una diferencia sustancial entre el hombre y el animal consiste, en que mientras éste tiene de antemano determinados todos los actos de su vida, aquél ha de pensar en cada instante lo que ha de hacer en el momento subsiguiente. Aquí está precisamente, el valor y, al propio tiempo, la tragedia de su vida, pues goza del poder maravilloso de tener facultad para hacérsela, construyéndose su personalidad; mas, a la vez, esta libertad de que dispone puede conducirle—como de hecho sucede en ocasiones—a vulnerar las normas del orden natural y, con ello, a condenarse en el extravío.

Esto es así, porque la existencia del orden natural es previa a la del hombre; cuando éste surgió a la vida aquél ya existía. Este concepto aparece en Aristóteles y adquiere un sentido trascendente en el cristianismo²⁶.

El orden está ahí, en la misma realidad; es algo objetivo que brota de las mismas cosas. La misión

del hombre es conocerlo con la mayor exactitud para aplicarlo a su vida individual y social. Es cierto que podrá desconocerlo o vulnerarlo; pero él seguirá ahí, gravando su conciencia, para demostrarle que su origen y su vigencia es anterior y de carácter superior a los mandatos que dimanen de la simple voluntad humana. Por ello, el orden natural nunca estará expuesto al desorden, por encarnar el principio de la justicia absoluta que tiene su origen en Dios; el desorden es propio de la naturaleza humana, como consecuencia del pecado original. Sin embargo, el orden natural no es estático, sino esencialmente dinámico. Lo mismo que el hombre no es un hongo parasitario—aunque muchos más bien lo parezcan—que vegeta en un quietismo constante e improductivo. Por que el orden en la naturaleza no consiste en que las cosas se perpetúen eternamente en el mismo estado en que ahora se encuentran. Eso sería, por el contrario, la destrucción de todo orden. Esto pide que haya cambios, que unos seres mueran y otros nazcan, que todos se desarrollen y cada uno describa su órbita propia²⁷. El orden natural cambia en sus formas por imperativo de los progresos histórico-sociales; pero en su esencia es inmutable, porque exige que cada cosa realice su fin intrínseco con objeto de llegar a la plenitud de su ser. Y como el fin no es más que el desenvolvimiento, la plena realización de la forma, hay orden cuando cada cosa se realiza a sí misma conforme a su naturaleza. Y como la forma es una participación finita de la idea infinita, de Dios, éste será también su realización, el fin. Aparece así el orden como el “*motus totius creaturae ex Deo in Deum*”, como el proceso de la diviniza-

ción de todos los seres, que tiene en Dios su primer principio y su último fin²⁸.

DIOS Y COSMOS

La existencia de las cosas y del universo dependen por modo absoluto de la omnipotencia preservadora de **Dios**. Todo el universo—origen y fin—se apoya en la mente personal de Dios. Por eso este orden, establecido en la naturaleza invariable de las cosas, es un orden racional y estable, no accidental y meramente arbitrario. La naturaleza de una cosa es la idea divina de ella, porque las cosas mismas reciben su esencia y naturaleza de la voluntad divina. Este es el principio que desenvuelve ampliamente la filosofía escolástica y que todo cristiano debe estudiar y captar a cabalidad.

Así, las formas esenciales en las cosas son como las ideas del supremo intelecto perfecto de Dios, independientes de su omnipotente voluntad divina²⁹. Esto es, porque nos lo proclama esa armonía maravillosa que reina en el cosmos, que delata con toda claridad que emana de la inteligencia divina. desprendiéndose de ello, la inmutabilidad de la naturaleza esencial de las cosas y de su orden en el universo. Empero, al mismo tiempo, la voluntad de los seres libres no está sometida a la voluntad omnímoda de Dios, porque de ser así habríamos de afirmar la existencia de un determinismo universal, cuando, por el contrario, consideramos al hombre gozando del libre albedrío, por la sencilla razón de que la esencia del hombre es una tarea para el hombre, una tarea libre de la libre actividad voluntaria. Dios ha querido que el hombre sea autor responsa-

ble de su vida, justamente para elevarlo así por encima de la naturaleza y hacerle partícipe de la realidad sobrenatural³⁰.

Fácil es colegir también, que de la unidad e inmutabilidad de Dios proceden la unidad e inmutabilidad del orden natural y la de la naturaleza humana. Por ello existe unidad de la humanidad sobre la tierra: unidad de origen, unidad de destino, unidad, incluso de desenvolvimiento, que se manifiesta en cada día más intensa intercomunicación entre los pueblos y las naciones. Ecuménico es el origen y el término de la humanidad. Todas las cosas se originan y retornan al seno de Dios. El es principio y fin de todas las cosas.

De esta manera, la objetividad del orden natural limita sin duda las posibilidades humanas, por cuanto el hombre respecto del orden cósmico es tan solo testigo y no actor. Ni puede construirse un cosmos en el que las cosas sucedan como a él le venga en gana, ni puede hacer una sociedad a la medida de sus deseos. O respeta escrupulosamente la realidad, o se condena irremisiblemente al fracaso. El orden natural es proyección de la Ley eterna, de la que en definitiva toman fuerza y validez todas las demás leyes, sean naturales o morales³¹. El hombre tiene posibilidades de conocimiento de este orden que impera en su naturaleza y en la de las demás cosas, aun cuando en éstas sea con una imperatividad forzosa. Una flecha grava el ser de todas las cosas que existen en el cosmos—incluso el hombre—, marcando su dirección hacia Dios.

Esta limitación de las posibilidades humanas dentro de los amplios cauces del orden natural, es lo que justamente da al hombre la base de la seguridad y firmeza con que se desenvuelve. Por lo

mismo que el universo es un orden y no un caos de cosas que el hombre ha de comprender y ordenar, no tiene ningún miedo de perderse en él. Nada se ha dejada al azar. Cada cosa está en su sitio propio y al servicio de la función que le está encomendada. Todo se desarrolla conforme al plan divino que previamente Dios ha establecido. Si alguna vez no parece así, no es que la realidad falle, sino que la verdad no se ha encontrado aún. Ahondando más, la aparente contradicción será superada por el orden y la armonía ³².

Queda claro, en esta concepción del orden natural, que, como nos enseña el Génesis, el mundo es la obra de Dios y no del hombre, así como sabemos por el Evangelio, que el fin del hombre no es el mundo, sino Dios. Por tanto, el ser humano ama en la naturaleza la obra divina. De ahí esa suerte de ternura religiosa con que enumeran las maravillas del cosmos ante las que se extasía contemplándolas, poniendo cuidadoso celo en asegurar su inteligibilidad. Por ello se esfuerza en el conocimiento del mundo que le rodea, puesto que él no es su creador; el autor es Dios. El vive entre las cosas y trata de comprenderlas mediante la educación de su intelecto a la esencia de las mismas, en razón de que aquéllas se conforman al intelecto de Dios. De donde que el hombre a medida que conoce mejor la naturaleza de las cosas penetra con mayor seguridad en la naturaleza divina. El universo es el testimonio más evidente de la magnificencia de la obra divina, como el orden natural es la manifestación más tangible de su realización.

EL DESPLAZAMIENTO DE DIOS
EN LA ÉPOCA MODERNA

Ahora bien, es cierto que este orden universal de **la ciencia natural moderna no se apoya directamente en Dios**, porque éste ha sido desplazado del centro del cosmos y colocado en su lugar el hombre, mejor dicho, la razón humana. Ha hecho crisis la concepción cristiana del cosmos y el hombre, como un navegante solitario, ha de abrirse camino de nuevo y construirse su mundo. Claro es que ya no se replantea el problema de la vida humana con la confianza que pusiera en ello Parménides cuando descubrió el ser. Se ha perdido la virginidad filosófica y religiosa que se tuvo en aquel momento histórico. Por eso Descartes, como los hombres del siglo XVI, se preocupan del método antes de plantearse el problema metafísico. Antes de nada se quiere saber el procedimiento a seguir para evitar de nuevo errores; el hombre quiere estar seguro de su capacidad para descubrir lo verdadero, si es que es apto para conseguirlo. Todo esto se contempla al estudiar los problemas que el filósofo de hoy rotula bajo la "teoría del conocimiento". El hombre se mete dentro de sí mismo, comienza a dudar de todo y termina situando el centro de gravedad de la filosofía no en las cosas, sino en los pensamientos. Ha pereclitado el concepto religioso de la vida y se espera entonces resolver la cuestión a base de la especulación filosófica pensando sobre las cuestiones siguientes: ¿Cómo sacaremos el mundo exterior del pensamiento y del yo?, ¿cómo extraeremos el mundo exterior del pensamiento? ³³.

Es, por tanto, distinta la posición que se inicia con el Renacimiento para situar al hombre en su

actitud frente al orden natural. Conocer un objeto significa negar la distancia que existe entre él y la conciencia y llegar, en cierto sentido, a identificarse con él, produciéndose de este modo una cierta identificación con el mismo. El hombre mediante el acto del conocimiento consigue vivir en sí el objeto buscado; lo crea en su espíritu. Es por lo que nos dice Galileo: "Es cierto que el intelecto divino conoce más verdades matemáticas que el maestro, y esto en un grado infinitamente mayor, ya que las conoce todas, mas creo que las pocas que el intelecto humano comprende igualan a las divinas en lo que respecta a la certeza objetiva ya que el hombre alcanza a comprender su necesidad, más allá de la cual no puede haber mayor grado de seguridad"³⁴. Es decir, que a partir de la época renacentista se ha de insistir en la capacidad creadora del espíritu humano hasta el punto de considerarla como una segunda naturaleza en él, en el sentido, no de sacar las cosas de la nada, sino en el de descubrirlas y ordenarlas, puesto que Descartes comienza figurándose el mundo como un cajón lleno de cosas donde se encuentran todas revueltas, siendo misión suya ordenarlas conforme a un criterio racional.

Con este pensamiento la idea del orden, metafísica y moralmente objetiva, desaparece en favor del orden subjetivo de las ideas perpetuamente cambiantes. El espíritu humano es un soberano contra el mundo, y especialmente contra el mundo social y moral. Así, el espíritu humano, en su contingencia histórica, produce y por último crea no sólo los objetos, sino también sus normas morales. El hombre, libre y autónomo, crea por sí mismo un orden subjetivo de fines. Las ideas objetivas de la filosofía

antigua (Dios, inmortalidad, libertad) si se aceptan no lo son como producto del raciocinio sino que se relegan al mundo de la razón práctica, de verdades que hay que aceptar aun cuando el hombre sea incapaz de aprehenderlas mediante la razón especulativa. De esta manera el ser humano alcanza una soberanía ilimitada en su poder creador, con la sola limitación de que las máximas de cada uno puedan convertirse en normas de legislación universal. La voluntad del individuo autónomo es absolutamente libre. Se deifica la razón humana, siendo la medida del mundo ³⁵.

Es el momento de la construcción arquitectónica kantiana. Para Kant es el sujeto pensante el que produce su mundo autónomamente, en cuanto objeto de la experiencia posible en el espacio y en el tiempo. El hombre es subjetivamente el creador de Dios; la idea de Dios es tan sólo un producto de nuestra razón ³⁶. Es la actividad reflexiva que aspira a realizar un orden racional, sujetando toda realidad a la razón, como legislador de un mundo a que su propia mente da nacimiento, destacando en demasía el problema del conocer en perjuicio del problema del ser. Por eso ajusta la realidad a cánones independientes de la experiencia, a juicios "a priori" e imperativos categóricos, únicos que pueden darnos la norma universal de nuestra conducta y conocimientos aplicables a todos los objetos posibles. De este modo el hombre, en lo sucesivo, quedará prisionero de su obra, y por tanto, ya no conseguirá evadirse de ella.

EL HOMBRE CREADOR

Rommen ha escrito: "Cuanto más consciente se hace para el hombre la ausencia de la idea de un

orden objetivo en un mundo caótico, el mundo está tanto más propicio a aceptar una pseudo-religión como el comunismo, el nazismo o cualquier otro ismo”³⁷. Estos son los resultados a que nos puede llevar una posición exagerada en la cuestión del hombre y el cosmos. Actitud que no sería compartida por una interpretación fiel y adecuada a las doctrinas del Aquinatense. A estas alturas se hace muy difícil sostener que **el hombre** es un mero testigo ante el orden cósmico, cuando las últimas conquistas de la ciencia han puesto en él medios capaces para la destrucción del planeta. Por eso su actitud frente a la obra de la creación no es ya la del espectador asombrado que la acata resignándose a no alterarla lo más mínimo, porque en la actualidad tiene conocimiento y poder suficientes no sólo para aprehenderla con el intelecto, sino que incluso puede llegar a trasformarla, lo cual ya implica una **participación en la creación del cosmos**³⁸. De aquí pues, que rechacemos una postura anárquica que pretenda desconocer la existencia de un orden natural previo establecido por Dios al cual debemos ajustar nuestra conducta moral como medio de alcanzar el máximo de perfección y de felicidad humanas; pero también nos oponemos a la idea de un orden natural estático que pretenda someter al hombre a un quietismo inoperante y retrógrado. No se pierda de vista—como ha escrito Lili Álvarez—que se está derrumbando la última trabazón social-cristiana y estamos forzados a la invención de nuevas fórmulas, que sólo nuestra inteligencia—¡porque estamos en un tiempo creacional!—puede descubrir³⁹.

III. DIOS Y EL HOMBRE

En la cúspide del pensamiento cristiano está la imagen de Dios como el ser supremo preocupado por la existencia y el porvenir del hombre, ya que para éste creó la gloria eterna allá en los cielos. Por ello, ha podido escribir Miguel de Unamuno, que si la diferencia entre la nada y el hombre más humilde es infinita, entre éste y el genio, mucho menor de lo que una naturalísima ilusión nos hace creer⁴⁰. Es decir, las diferencias que hay entre los individuos humanos—sea en sensibilidad moral, talento, etc.—, no son de carácter cualitativo sino cuantitativo, puesto que a todos les une la base común de una idéntica naturaleza. Y a todos por igual vino a salvar el Cristo con su crucifixión. Es por lo que siempre ha de buscarse la elevación del ser humano a estadios superiores de felicidad y perfección a base de conseguirle una mayor liberación espiritual de las fuerzas que lo atan a lo terreno y perecedero, que son las que ponen de relieve las diferencias entre los distintos individuos, vinculados entre sí por su filiación divina. El mismo Carlos Marx buscó no sólo una liberación social del

¿Dios ha muerto?

hombre, sino también la liberación espiritual, aun cuando caiga en el absurdo paradójico de considerar que la vuelta del hombre a la posesión en sí mismo únicamente puede ser mediante la eliminación de todo sentido trascendente de la vida humana. Esta desviación marxista de su punto de partida inicial, consistente en aspirar a la liberación espiritual de lo humano, ha llevado a escribir al P. Lubac: “De buena gana diríamos nosotros de los marxistas algo semejante a lo que San Agustín decía de los “platónicos”. En cierto modo han visto claramente la meta, pero ignoran el camino que conduce a ella. Su idea de una humanidad liberada, reconciliada consigo mismo y con el universo, viviendo en plenitud a la consumación de la Historia, es la misma de que nosotros tenemos promesas en nuestros libros santos. Sólo que, al querer realizarla en el tiempo, niegan las condiciones necesarias, y al buscarla al través de la historia por medios heterogéneos, se imposibilitan aun para acercarse a ella”⁴¹.

EL ABSOLUTO OBJETIVADO

Se puede decir en descargo del marxismo, cuando éste rechaza la idea de Dios como perniciosa para el hombre, que la conciencia humana había llegado a la aberración de objetivar la divinidad, haciendo a Dios objeto de un adoración servil. De esta ímanera, el Dios personal de los cristianos se convierte en un ser **Absoluto objetivado**, causa de la esclavización autoritaria de la humanidad⁴². Por eso este Dios humilla a la persona y ensalza Todo cósmico, desconociéndose que El se manifiesta en el llanto

derramado por el niño que sufre, y no en el orden del mundo que justificara esas lágrimas. Porque todo ese orden del mundo, con el reino de lo universal, de lo general y de lo impersonal, acabará por perecer, consumido por el fuego; pero los seres concretos, las personas humanas, aun los animales, en fin, todo lo que tiene una existencia individual en la naturaleza, todo eso subsistirá eternamente⁴³, por cuanto el mundo terminará reducido a cenizas, mientras sólo el hombre se salvará.

Hubiese sido un acierto propugnar la liberación espiritual de este Dios cósmico para volver a amar al Dios de los cristianos, pues una de las exigencias de la historia humana es la de escapar cada vez más al "fatum". Pero frente a éste sólo se puede reaccionar bajo el influjo de la libertad creadora del hombre y la ayuda de la gracia divina. La terrible equivocación de Marx es haber creído que para escapar al "fatum" había que escapar de Dios⁴⁴.

Kierkegaard se extiende sobre el papel que el **fatum** desempeña en la antigüedad y sobre el terror que experimentaban los antiguos frente al destino. La revelación bíblica nos descubre que todo es posible para Dios y que no existe ningún otro poder que limite su omnipotencia divina. Cuando se preguntó a Jesús cuál era el primero de todos los mandamientos, contestó: "El primero de los mandamientos es éste: Oye, Israel: el señor, nuestro Dios es el único Señor"⁴⁵. De aquí la equivocación marxista de tratar de identificar el **fatum** con su secuela el fanatismo con la idea de Dios que es racional y consicente en el hombre. Así llega a dar pujanza al ateísmo militante como movimiento universal de masas y credo, aspirando a imponer al mundo entero cierto orden temporal. De esta forma la reli-

gión atea deja de ser cosa puramente privada como lo fué anteriormente en la historia, incorporándose al devenir terrestre de ciertas energías sociales y a una cierta manera de comunidad temporal⁴⁶. Por eso, si en un principio el ateísmo elevado y doloroso tuvo una misión positiva al servir para purificar la idea de Dios del falso sociomorfismo, después adopta una actitud negativa cuando niega la concepción sobrenatural de la humanidad. En esta última línea nos encontramos a B. Russel ("Ensayos filosóficos") quien dice: "Que el hombre sea el producto de causas ciegas, que su origen, su desarrollo, sus esperanzas y sus temores, sus amores y creencias sean solamente el resultado de accidentales coaliciones de átomos; que ninguna llama, ningún heroísmo, ninguna intensidad de pensamiento pueda prolongar la vida individual más allá de la tumba; que todo el trabajo de los siglos, la abnegación, la inspiración, el esplendor del género humano en su cenit estén destinados a extinguirse con la muerte global del sistema solar, y que todo el edificio de las realizaciones humanas deba ser inevitablemente sepultado bajo los escombros de un universo en ruinas, todas estas cosas, si no están fuera de toda duda, están, sin embargo, tan próximas a la certeza que ninguna filosofía de las que las rechazan puede ser válida"⁴⁷.

LIBERTAD HUMANA DE CONDENARSE

Verdaderamente el hombre es un ser misterioso, lleno de contradicciones y movido por los más extraños y contradictorios resortes; pero lo cierto es que, generalmente, siente una intensa tendencia ha-

cia Dios, lo cual no es óbice para que en el fondo experimente una especie de inclinación hacia la irreligiosidad y el ateísmo. Aquí radica precisamente la grandeza de Dios al permitir que **una criatura suya tenga “opción libre” para decidir su propia actitud ante la divinidad**, aun en orden a admitir su existencia. Podría muy bien haber forzado al ser humano a creer con evidencia deslustrante; no obstante, se ha contentado con darle los datos suficientes, dejándole una cierta neblina a través de los argumentos, a fin de que el mérito de la aceptación de la existencia de Dios corresponda en su mayor parte al mismo hombre. Esto nos explica el respeto con que el mismo Dios se acerca al hombre, dejando intacta su libertad en problema tan delicado y grave como es el decidir sobre su destino futuro⁴⁸.

No han faltado, en verdad, quienes han calificado de crueldad divina este acto generoso de Dios permitiendo que el hombre sea libre para decidir su salvación o condenación eternas. Mas si se tiene en cuenta que Dios, lejos de ser un monarca absoluto e impávido, sufre con el hombre sus pecados y descarríos, toda argumentación crítica frente a la actitud divina cae por su base. Porque no es que Dios se solace con la torpe elección del hombre, sino que es una prueba del respeto que le merece la personalidad humana a la cual no quiere mancillar imponiéndole un destino determinado y prefijado. Pero cuando el hombre se equivoca en el ejercicio de su libertad también Dios paga las consecuencias como lo demostró la crucifixión. Es el hombre mismo, el hombre terriblemente inhumano, quien deforma la imagen de Dios, mientras que Dios es humano y exige lo Humano⁴⁹. Por ello Hegel propugna la reconciliación del hombre con Dios,

¿Dios ha muerto?

siempre que aquél deponga sus impulsos naturales sensibles, se purifique de sus particularidades y elementos naturales y se convierta así en un yo puro y universal; pero la doctrina hegeliana acaba en una posición panteísta cuando identifica a Dios y al mundo⁵⁰. Es una deformación humana del Dios personal de los cristianos.

ORDEN Y JERARQUÍA DE LAS COSAS EN EL MUNDO

Sólo Dios pudo crear un universo armonioso y equilibrado en su conjunto. “Por ser el universo producto del Verbo y estar organizado según las ideas eternas del Verbo, es un universo ordenado”⁵¹. Así nos dice el propio San Agustín, que el **orden** es una disposición de cosas semejantes o dispares que atribuye a cada una el lugar que le corresponde. Resultado del orden es la paz, la armonía de las partes, su equilibrio en el conjunto, que hace posible la existencia de éste. Luego el mundo no es algo que se identifica con Dios sino que lo crea El para su gloria y asiento de las criaturas que en él habitan y viven dentro de un orden de convivencia. Pío XII ha puesto de evidencia como hechos comprobados por la ciencia moderna, dos modos de ser del mundo que nos rodea: 1) la mutabilidad de las cosas, incluyendo su nacimiento y su fin; y 2), el orden de finalidad, que brilla en todos los rincones del cosmos⁵².

La existencia de un orden universal es el postulado y el hecho del que arranca el conocimiento científico y filosófico. Este orden, que se produce fatalmente en el mundo de los seres inanimados e

irracionales, es fruto, en la criatura racional, de la libre adhesión a sus principios. De donde haya tres especies de orden. El primero es el que la razón humana no crea, sino que lo encuentra y considera como cosa ya realizada. Este es el orden de las cosas de la naturaleza, del ser real. El segundo es aquel que nuestro pensamiento opera en sus propias funciones y actos cuando ordena sus ideas o también cuando ajusta los signos verbales de las ideas. Este es el orden del ser pensado. El tercer orden es aquel que la razón produce en los actos de la voluntad. Este es el orden de lo que debe ser, el orden moral⁵³. El hombre, como decimos, está inserto en un orden esencial previamente dado y obtiene, por su referencia a él, valor y dignidad. Se encuentra en un "ordo" invariable, en el que cada ser tiene su determinado lugar y que está dirigido hacia el ser más alto, hacia Dios. Por ende, existe un orden fijo de valor, que es por completo independiente de cualquier decisión subjetiva y que el hombre debe aceptar simplemente⁵⁴.

Dios es la suprema causa final del mundo. Todas las criaturas que constituyen el universo están ordenadas hacia El dentro de una jerarquía de valores, donde los seres inferiores están subordinados a los más altos y superiores. Los seres que están por debajo del hombre en dignidad y perfección han sido creados en atención al ser humano. Y todas las cosas singulares están ordenadas a la perfección del universo. Y todo el universo, con todas sus partes y fines particulares, está ordenado a Dios como último fin⁵⁵. Por consiguiente, Dios es el término del existir humano que, para Heidegger, se halla transido de angustia, no por la perspectiva de acabamiento, sino por la posibilidad misma de ganar o

perder la salvación en la infinitud⁵⁶. Esta es la angustia que aqueja al hombre, su insatisfacción esencial de saberse llamado a conformarse al orden divino y no saber a ciencia cierta la respuesta que será capaz de dar a este llamamiento universal.

HAMBRE DE DIOS

La angustia es un malestar femenino en donde la libertad se desploma sin conocimiento. La angustia es el vértigo de la libertad. El tener que decidir por uno mismo en asunto de tanta trascendencia como es la salvación del espíritu. Por eso la razón ha de dar al hombre algo más que la libertad. La libertad es precisamente tal porque es imposible prever lo que pueda acarrearlos. Ni siquiera a Dios se pudiera otorgar una libertad ilimitada sino fuera todo El amor. Por eso la razón ha de abrirse a Dios aunque su luz apague al contacto con la brillantez del poder divino. Entonces llega el momento en que el hombre por la fe pueda encontrar su verdadera libertad. Por algo el Eterno imprime en cada uno de nosotros el sello de Su Rostro y nos confiere así a cada uno una interioridad irreductible. Es por lo que la creación del hombre "a imagen y semejanza de Dios" le presta un reflejo, por pálido que sea, del resplandor divino. Por su alma espiritual e inmortal conviértese el hombre en persona, en ser dotado de valor propio, de intrínseca dignidad. Así la personalidad humana queda enriquecida con la noción de la filiación divina de los hombres.

Y es que la angustia vital nos lleva a creer en Dios. Creer en Dios es anhelar que le haya y es, además, conducirse como si le hubiera. De aquí que

racionalmente pueda llegarse a negar la existencia divina; pero en el corazón, siempre hay **hambre de Dios**⁵⁷. Porque sólo cuando seamos libres ante Dios, por habernos liberado de los obstáculos y de los ídolos que de El nos alejaban, tiene sentido hablar de las demás libertades: libertad económica, que significa ante todo ser libres con respecto a los bienes económicos; libertad política, que, en primer lugar, es estar libres del “politiqueo” y de las pasiones partidistas; libertad moral, que es victoria sobre el egoísmo⁵⁸. Luego sólo en El podremos encontrar cauce seguro y normal al desenvolvimiento de nuestra naturaleza humana adquiriendo la condición y dignidad de personas, por verse en nosotros con amor y libertad.

LA EXISTENCIA DIVINA

Esto influye en que el hombre se vea impelido al **conocimiento de Dios** por los siguientes elementos: 1) Por el afán invencible en él de buscar la última explicación de las causas. 2) Sentimiento de nuestra insuficiencia en el mundo para llenar las hondas aspiraciones que sentimos de una felicidad y de una grandeza que nos satisfagan con plenitud. 3) Cierta anhelo de salvación brotado de la conciencia de nuestra insuficiencia. 4) Una profunda tendencia hacia lo absoluto, como sentimiento purificado de las adherencias egoístas de lo humano. 5) La conciencia de nuestras responsabilidades ante un ser superior que nos exigirá cuenta de nuestros actos⁵⁹.

Tomás de Aquino llegaba a Dios a través de las cinco vías o pruebas ya conocidas. La primera parte

¿Dios ha muerto?

de la realidad experimental del movimiento, y lleva a la conclusión de la existencia de un motor inmóvil. La segunda prueba está sacada de la serie de las causas eficientes, que no puede ser infinita sino que hay que llegar inexorablemente a una primera causa. La tercera prueba, construída sobre la base de las ideas de contingencia y necesidad, lleva a la conclusión de la existencia de un ser primero y necesario. La cuarta prueba es la que se funda en los grados de perfección de las cosas hasta llegar al conocimiento de un ser supremo perfectísimo, que es causa de todo bien y de toda perfección en las cosas. Finalmente, la quinta prueba es la teológica, de que del orden y la finalidad que se observan en el mundo se llega al convencimiento de una suprema inteligencia ordenadora ⁶⁰.

Ciertamente hoy, los progresos de la ciencia y de la técnica, dejan intacto el problema de la existencia de Dios; y es más, el hombre encuentra en el seno divino un refugio contra los avatares del vivir cotidiano y contra las ambiciones y egoísmos de sus semejantes. Sigue teniendo, pues, vigencia el principio agustiniano: "Nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti." Pues en el orden especulativo Dios continúa siendo incomprendible e inefable. Nuestro conocimiento de El es más un no-saber que un saber. Hay una "docta ignorancia" en torno al misterio de su existencia. Es por lo que el hombre ha preferido construirse un mundo lo más perfecto posible desde el ángulo de las comodidades y de los avances técnicos y ver ahora si es capaz de ponerlo a la mano, hacérselo disfrutar, a la mayor parte o a la totalidad de la humanidad.

Empero al cristiano no le basta con el reconoci-

miento de la existencia de Dios como Ser Supremo. Es cristiano quien cree en Cristo y considera por tanto al cristianismo como la única religión verdadera. Creer en Cristo significa creer que es hijo de Dios encarnado para revelar a los hombres la verdad y rescatarlos, con la muerte, del pecado. Y uniformar la propia vida a las diversas enseñanzas de Cristo ⁶¹. Así en Cristo, Dios se ha hecho presente en la historia de la humanidad. La fecha de su revelación está consignada con toda exactitud. Acaeció en tiempos de César, Tiberio y del procurador Pilatos, en los días de Herodes y de Anás y de Caifás. Por eso el Misterio de la Encarnación constituye el centro de la Historia; lo anterior fué prehistoria. "Porque tanto amó Dios al mundo que le dió su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn., 3, 16). Por tanto, la postura del cristiano en el mundo está bajo el signo de la Cruz ⁶².

El cristianismo tiene, en verdad, una significación trascendente y revolucionaria para la marcha progresiva y ordenada del mundo ⁶³. El viene a significar la afirmación del Dios-Persona, Ser trascendente y creador de todos los seres. Por eso existe dualidad entre Dios que crea y el mundo creado; y por eso mismo distinción y no pérdida de las creaturas en el Creador o del Creador en las creaturas. Existe en él reconocimiento interior de nuestra dependencia de Dios (sentido creatural) y no pasivo anulamiento del sujeto frente al Objeto absoluto; es amor de Dios, en cuya posesión reside nuestro destino supremo; es Dios-Hombre no Hombre-Dios, como escribe heréticamente Gentile ⁶⁴.

Pero el entrar Dios en la historia a través de la figura de Cristo se le confía una misión humana

¿Dios ha muerto?

que cumplir cuya consumación y plenitud acaecerá al fin de los tiempos cuando vuelva a la tierra para juzgar a los buenos y a los malos. En la primera venida apareció Cristo revestido con todas las flaquezas propias a nuestra naturaleza humana y mortal. Cuando venga de nuevo, en cambio, se mostrará irradiando su luz divina de suerte que entonces descubrirá a la faz del mundo el velo a los que dudaron o no creyeron en El. Mientras tanto el cristiano debe procurar que su vida sea un constante testimonio de la existencia de Dios.

IV. RENOVACION DEL ESPIRITU CRISTIANO

Ha de reconocerse que la situación a que han llegado el hombre y el mundo de nuestro tiempo ante el problema religioso, se debe, en buena parte, a que el desajuste producido entre las realidades morales, sociales y económicas, no podía por menos de repercutir en el ámbito cristiano. Por esta razón, se ha producido esa apostasía colectiva que, paradójicamente, hemos comprobado llega a revestirse incluso de tonalidad religiosa. Mas es que, hasta en el mismo círculo de los llamados creyentes, se ha operado un fenómeno que contribuye a engrosar y fortalecer las filas de los que militan en la incredulidad, el cual ha consistido en que muchos de ellos han perdido la tensión religiosa que ha menester haciendo de la creencia un ritual que se cumple sin emoción o lo que es peor aún, un comodín para satisfacer y encubrir ambiciones desmedidas y apetencias materialistas.

Por ello no es de extrañarse que la jerarquía eclesiástica esté constantemente dando la voz de alerta sobre los peligros que se ciernen en la actualidad en

torno a las costumbres y vida de los pueblos, pues es un hecho que se viene observando que la moralidad pública pierde progresivamente de nivel en todo el mundo, si bien sea a ritmos distintos, aunque en todas partes se produzca con vertiginoso desfrenamiento. Esto influye decisivamente en que con frecuencia se marchiten las ideas más puras y bellas, y aquellos principios en que debiéramos hallar vitalidad y dinamismo se vean reducidos a meros cascarones ideológicos, sin el menor incentivo para estimular a los hombres al sacrificio y arrastrar a las masas populares a la lucha. Por esto ha exclamado el Obispo de Málaga, Excmo. don Angel Herrera Oria: "Hemos creado un tipo de cristianismo que es muy pobre en virtudes sociales... Hay extensos sectores de nuestra sociedad que practican la caridad de manera muy deficiente: hasta carecen de un sentido verdadero de justicia."

Esta grave situación que viene confrontando la sociedad de hoy sin duda crea al menos una tácita rebeldía en aquellos sectores ciudadanos que, educados y atentos al cumplimiento de la Ley de Dios, se percatan de que la desorganización social que perturba a la humanidad procede de la negligencia y la maldad de sectores humanos que tratan de explotar y denigrar a sus semejantes, bajo las apariencias de una creencia religiosa que no sienten ni tampoco observan. Nada tiene, pues, de particular, que cada vez se extienda más por la faz de la tierra, aquella fuerte voz de rebelión de todos los espíritus buenos a que se refirió Pío XII, en unas vibrantes palabras que dirigió a los Jóvenes de la Acción Católica Italiana en solemne conmemoración. Pues ya es tiempo de que los hombres exijamos una estricta observancia de la ley moral cristiana y un res-

peto cuidadoso de los deberes que tenemos para con nuestros semejantes, superando el egoísmo que nos devora en detrimento de nuestra conciencia social y trascendente. Porque no creó Dios al hombre—escribió León XIII en la **Rerum Novarum** del 15 de mayo de 1891—para las cosas quebradizas y caducas, sino para las celestiales y eternas, ni nos dió la tierra por habitación, sino por lugar de destierro... Las varias penalidades de que está tejida la vida mortal no las quitó Jesucristo con su copiosa redención, sino las trocó en acicates de virtudes y materia de merecer, de tal suerte, que ninguno de los hombres puede alcanzar los bienes inmortales si no es caminando sobre las huellas ensangrentadas de Jesucristo. “Si sufrimos con El, reinaremos también con El”, dice San Pablo. Y continúa diciendo el Apóstol: “Si morimos con Cristo, también con El viviremos”⁶⁵. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios... coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El, para ser con El glorificados.” Es decir, que todos los esfuerzos del cristianismo en la tierra deben encaminarse a desarrollar dentro de sí esta vida divina, esta vida de Cristo⁶⁶.

No rechazamos la posibilidad de que en un futuro, acaso más cercano del humanamente previsible, el mal sea atajado en su marcha, y el bien pueda tener pacíficas y constructivas victorias. Mas esta restauración social tan deseada debe ser precedida por la renovación profunda del espíritu cristiano, del cual se han apartado, desgraciadamente, tantos y tantos hombres seducidos por el egoísmo de que hablábamos anteriormente.

¿Dios ha muerto?

LA PERSONA HUMANA Y SU PROYECCIÓN SOCIAL

En esta reestructuración cristiana de la sociedad que propugnamos para contrarrestar el egoísmo de los unos y el extravío de los otros, lo primero que urge reconocer, independientemente de toda creencia religiosa, es que **el hombre**, es ante todo y sobre todo, un **ser comunitario**; es decir, el ser sociable por naturaleza de que ya nos hablara Aristóteles. Por eso, su vida no puede serle indiferente a sus semejantes, de la misma manera que él está obligado a comportarse teniendo en cuenta las repercusiones que sus actividades personales tendrán en la sociedad en que vive. De este modo, nadie podrá considerarse desamparado o desheredado de la fortuna y justificar su odio hacia una organización social que no le toma en consideración para nada, y que, sistemáticamente, le tiene apartado del bienestar que los milenios de civilización cristiana han procurado a otros seres menos infortunados que él.

Con este enfoque sociológico de la cuestión vital que ofrece en nuestra época la humanidad doliente y angustiada, superaríamos el liberalismo político y nos pondríamos en camino de alcanzar la meta de una democracia social. Ya que la persona humana ha dejado de ser un pequeño dios, como se quiso hacer de ella en el período floreciente del racionalismo filosófico, no vamos a consentir que, por influencia de las doctrinas marxistas, se nos convierta en número, en masa amorfa sin sentido de su dignidad y de su responsabilidad. Hay que hacerla libre dentro de la solidaridad humana que requiere nuestro tiempo, donde los unos no podamos permanecer inactivos frente a las necesidades de los otros, pues

cada uno en particular condicionamos con nuestra conducta la realización del bien común. Pero todo esto, claro está, sin despersonalizar al hombre, sin cortarle las alas de su libertad, considerando que nacimos al mundo en la cuna del cristianismo que ha luchado siempre por un ser humano de honda raigambre espiritual y de amplia dimensión social ⁶⁷.

Este es el gran valladar que podremos ofrecer contra la miseria de los cuerpos y el embotamiento de las inteligencias. Hemos de procurar desproletarizar a las masas despertándoles su conciencia individual y enseñándoles cuál es su misión social, porque la desproletarización de los humildes encierra en sí la salvación histórica de las sociedades ⁶⁸. Es por lo que no podemos permanecer cruzados de brazos ante los problemas que afectan a nuestros ciudadanos por mínimas o insignificantes que pudieran parecernos sus personas. Todo ello sin falsas demagogias y con ancho criterio de justicia y caridad. Porque un mundo de concordia sólo es hacedero con tolerancia y buena voluntad.

Mas no basta el reconocimiento teórico de la personalidad humana, si a éste no le sigue en la práctica una realidad social que lo confirme y sancione. Se ha de tratar a todos los hombres sin distinción como personas y hacerles vivir con higiene, casa decente, vestido adecuado y la alimentación necesaria, para después poderles enseñar sus deberes morales y sociales. No puede haber vida sana—espiritualmente hablando—sin pan, aun cuando éste por sí solo es insuficiente para satisfacer y colmar nuestras ansias humanas. Todos tenemos, pues, que

¿Dios ha muerto?

cumplir una misión social en la vida; pero que no se olvide nunca: somos hombres de un mundo cristiano.

EL HOMBRE CRISTIANO

Este es el tipo de hombre que hemos de volver a resucitar en nuestras tierras: **el hombre cristiano**, para que el mundo viva con urgencia el retorno de ese Dios abandonado. Así conseguiremos que afloren de nuevo en la sociedad las maravillosas virtudes morales que dan sentido religioso a la vida y hacen prosperar a los pueblos en el orden espiritual. Porque las naciones que sólo aspiran al bienestar económico se quedan a mitad de camino, ya que mutilan al hombre en su parte fundamental: en su dimensión eterna.

Precisamente porque hasta ahora entre nosotros ha privado esta visión chata de la vida de creer que lo único importante es apurar el vaso del placer y satisfacer nuestros egoísmos descontrolados, se ha producido como reacción esas enormes legiones de hombres "sin Dios", asqueadas de la vida disipada y de mal ejemplo de muchos que se llaman pomposamente cristianos, cuando ellos están dispuestos a los más grandes sacrificios por su ideal, mientras ven que entre los cristianos son minoría los que tienen delicados gestos y viven la fe con reciedumbre y amor hacia el prójimo. "Hace falta que toda nuestra conducta sea tal que convenza a los incrédulos de nuestra fe en algo que sobrepasa todas las posibilidades humanas y naturales. Cuando hablemos de Dios y con Dios no lo hagamos como si

habláramos de un teorema de matemáticas. Así no se convence a nadie”⁶⁹.

Necesitamos de nuevo en la sociedad el tipo humano de acendrada fe en Cristo dispuesto a servirle hasta el extremo de ofrendar su vida en holocausto de su causa. Sólo de esta manera seremos capaces de plasmar en la realidad social un mundo ideológico por el que se está dispuesto a sacrificar vidas y haciendas. Este divorcio entre la realidad social y el mundo ideológico es quizá una de las más espantosas comprobaciones que se da en los pueblos occidentales de raíz netamente cristiana. Se dice comúnmente profesar una fe y se vive en total desacuerdo con ella; como si no existiese. Cuando la fe es el primer elemento esencial de la espiritualidad cristiana; el grado de ésta se mide por el grado de aquélla. “El que cree tiene vida; el justo vive de la fe; ésta es la vida que conozcan...”⁷⁰.

A esto hemos de llegar si no queremos que los destinos del mundo pasen a manos de hombres que viven alejados de Dios. Pues los ideales se imponen en la Historia a base de tesón y de heroísmo; y nosotros últimamente llevamos más bien un vida plácida sin importarnos demasiado la que arrastran nuestros otros semejantes. Por eso en la humanidad actual el comunismo tiene abonado el campo para sus fechorías; el intelectual y el obrero se hallan indefinidos para contrarrestar el virus y la falsa mística que él trae. Nuestros pueblos se encuentran minados por el laicismo y el liberalismo frío en materia religiosa.

Por tanto, urge limpiar de ponzoña liberal y laica la sociedad de nuestro tiempo para que así crezcan con pujanza las plantas recias y frondosas del cristianismo, y el hombre cristiano sea el tipo de hom-

¿Dios ha muerto?

bre—como lo fuera en la época del medioevo—común y frecuente entre nosotros para ejemplo y grandeza del mundo, disponiéndonos a salir así de este marasmo corrosivo en que vivimos. Ha de producirse, pues, el desbordamiento del hombre que viviendo una intensa vida sobrenatural, se proyecta sobre los demás en una entrega amorosa, íntegra y constante haciendo de su misión apostólica toda una vida consagrada a un quehacer humano y eterno. Nada de yuxtaposición de vidas—espiritual y de acción—pues ésta necesita de aquélla para que sea fecunda y auténtica. La vida activa no puede prescindir de la espiritual, y ésta tiene su máxima expresión en la acción ⁷¹.

De este modo el humanismo moderno no solamente será capaz de superar la crisis que se ha planteado con la escisión del mundo en creyentes y no creyentes, sino que enriquecerá la vida humana imprimiéndola un sentido religioso que hoy aparece difuso y diluído; pues a la unidad de los hombres en torno a la idea de Dios, al abrazo fraterno de los hermanos en Cristo, sucederá un nuevo esplendor religioso que arrase a los falsos profetas y a los que utilizan la religión como “opio de los pueblos”. Para ello el cristiano que quiera contribuir a rehacer este mundo de vida espiritual, ha de enfrentarse con las riquezas, con la familia, con los negocios y con las otras preocupaciones terrenas. Su espiritualidad no podrá cifrarse en abandonarlas o en rechazarlas, sino en santificar, en cristianizar, en usar—por así decirlo—con la Voluntad de Cristo esas riquezas, esas familias y esos negocios; de donde su espiritualidad será eminentemente activa ⁷²; pues en la medida que fertilice y enriquezca su vida natural encontrará una vida sobrenatural fecunda y pu-

jante⁷². O sea, no se trata ya de que el cristiano como tal renuncie al mundo o castigue su naturaleza humana, creyendo que así alcanza más rápidamente su perfección espiritual. En nuestros tiempos no cabe apartarse de la lucha diaria para lograr la elevación a lo sobrenatural; al contrario, es peligroso la evasión de la vida del tiempo en que vivimos, porque necesitamos llevar nuestra actividad y nuestro hálito a todos los campos del quehacer cotidiano, con espíritu de fraternidad en la única Paternidad, y de una caridad en nombre de la Cruz eterna⁷⁴.

Al hombre cristiano de hoy no le basta tan sólo con limitarse a anunciar la Buena Nueva, sino que ha de esforzarse por conducir a sus semejantes a las fuentes de la salud espiritual, siempre, claro es, con un escrupuloso y pleno respecto de su verdadera libertad, pues hay que hallarse atentos a reprimir la deformación patológica de ésta; el libertinaje. Todo ello sin intentar imponerles partidismos temporales, aunque existen principios sociales—como el respeto a la personalidad humana y la primacía del bien común—que han de ser aceptados y practicados por todos los que se dicen militar en el campo cristiano. Por eso los seculares—como veremos en la segunda parte de este trabajo—han de tomar sus iniciativas y sus responsabilidades en el campo de la acción. Han de buscar ellos mismos los medios eficaces para asegurar la evangelización de su medio. La Jerarquía pone en ellos una confianza filial⁷⁵.

No hay que insistir después de lo que llevamos expuesto, en que el cristianismo de nuestra época por la gravedad que ha significado la apostasía y el grado de madurez religiosa que presenta en la actualidad, requiere contar con una preparación es-

¿Dios ha muerto?

pecial y unas cualidades peculiares para que su misión pueda cumplirse a cabalidad. Pues acaso muchos creyentes que hoy nos parecen egoístas y tibios lo sean porque se dejaron quedar atrás en el torbellino de la vida presente. Quizá si se los hubiera llamado a tiempo la atención haciéndoles ver lo descarriada e insulsa de su conducta, no tendríamos en la actualidad tantos enemigos del cristianismo, y, como secuela, tantos hombres que viven apartados de Dios o combatiéndole con saña y odio en sus corazones descarriados. El cristiano de hoy ha de ser: 1) En lo **humano**, poseer una formación integral, viviendo una vida intensamente humana, siendo hombre de su época, sintiendo los problemas de la obra presente y poseyendo una cultura extensa y, aún más, profunda⁷⁶. 2) En lo **sobrenatural**, procurando la adaptación de la eterna espiritualidad cristiana a nuestro tiempo, sin que ello implique alterarla en lo sustancial y permanente; pues ha de tenderse a hacer imperar el estilo de lo evangélico⁷⁷.

Sólo hombres con este talante religioso serán capaces de hacer que cale hasta los cimientos pagанизados de nuestra sociedad la savia vivificante del nuevo espíritu cristiano que aflora con pujanza—como imponente cosecha primaveral—en los corazones de nuevas generaciones humanas que no se resignan a soportar más el mundo materialista que trata de asfixiarnos desde el Oriente y el Occidente. Porque es inútil seguir haciéndose ilusiones: la redención social no nos vendrá ni del comunismo ni del capitalismo. La curación espiritual de esta humanidad agonizante únicamente puede lograrse volviendo a beber en las esencias del cristianismo. Y esta labor requiere hacerlo casi todo de nuevo. Hay

que cristianizar de nuevo hasta los pueblos que se llaman cristianos; al menos alimentar en los pechos fatigados que ya no laten y en las mentes extraviadas y desorientadas, y por lo mismo, miopes, el fuego de la fe. Hemos de procurar para ello comenzar cada uno de nosotros poniéndose primero de acuerdo con sus propias convicciones. Esto ya será una buena iniciación: el ejemplo servirá de estímulo para los demás. No se puede hacer a los otros partícipes de la vida de la fe, cuando ésta es tibia. De aquí la necesidad de un catolicismo activísimo, despierto, batallador, audaz, que sepa afrontar los problemas con serenidad y resolución. Para ello es menester dar de lado con firmeza al cristianismo vacilante y rutinario que acepta la religión por conveniencia o tradición y procura adaptarla a sus necesidades contingentes. Hay que apartar también en esta lucha a vida o muerte, a los que se escandalizan fácilmente y juzgan y condenan, obstinándose en no querer comprender, porque ya es hora de abandonar las posiciones encastilladas y bajar a la arena del circo a perdonar y a esforzarse por penetrar las conciencias de los que llamamos nuestros enemigos y verlas por dentro, porque el mundo es de los que se dirigen a él, con los ojos abiertos y con entendimiento de amor ⁷⁸.

LA RESTAURACIÓN DE CRISTO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Este es el camino a seguir para alcanzar la **restauración de Cristo en la sociedad actual**. Porque si Cristo ha de ser restaurado en los campos de la educación y del gobierno, de la industria y de las

fábricas, de los negocios y de la familia, en estas esferas se mueven los hombres y mujeres cristianos que no han de dejar de actuar con dicho fin. Pues hay que procurar influir a toda costa el pensamiento y la acción de nuestro tiempo de modo que la realidad social respire cristianismo por todos sus poros. Pues hasta aquí han faltado hombres decididos para llevar a cabo la conquista de la humanidad con el ejemplo virtuoso ⁷⁹. Más bien parece que los cristianos de hoy se divierten en luchas intestinas y controversias terrenales, como si fueran incapaces de sustraerse a los caprichos de las pasiones políticas y a los procesos de descomposición ⁸⁰.

Difícilmente conseguiremos los cristianos arrebatarse la bandera de la victoria a los que se mueven en posiciones doctrinales opuestas a nosotros, mientras persistamos entretenidos en reyertas y luchas intestinas que no hacen más que debilitarnos y conducirnos al borde de la derrota. Acaso demos este mal ejemplo en la actuación política porque nuestros dirigentes no estén a la altura de las circunstancias; pero si ello es así, nuestro deber inmediato es relevarlos de su liderazgo y poner al frente hombres más en consonancia con el correr de los tiempos modernos. Porque "no todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda". Esto lo dijo Jesús cuando aconsejó la castidad ⁸¹. Es decir, que no todos los individuos están en disposición espiritual de sentir el llamamiento hacia una misión de apostolado social o político o intelectual, en razón de que ello exige una sensibilidad humana muy acusada al mis-

mo tiempo que un temperamento de lucha muy decidido para romper con los moldes clásicos y conservadores en una época histórica que requiere enrumbar los destinos cristianos por un cauce de progresismo auténtico y de convivencia política.

Ya quedó atrás la etapa de un cristianismo estrecho, propio de la política de campanario de aldea; pues ahora necesitamos poner la mirada en lo alto para acertar a no equivocarnos en nuestros vaticinios de batallas ganadas frente a unos opositores avezados a la pelea y que saben adonde se dirigen, a pesar de que los consideremos errados en el camino que han decidido tomar. Hoy necesitamos llegar a la convicción de que tenemos por delante un cristianismo de amplios vuelos con un ideal de sentido cósmico. De aquí nuestra tristeza al contemplar que las huestes de la Cruz se hallan desunidas en el combate, cuando hay que instaurar ante todo en los hombres el convencimiento profundo de que existen valores e ideales de orden religioso y moral, que valen más que todas las riquezas materiales juntas ⁸².

Y es que hemos de llegar al convencimiento—y así hacérselo saber a los demás—, de que las cuestiones de la renovación económica, política, moral y filosófica son una cuestión sola, que las abarca todas: la cuestión de la renovación religiosa. Se ha puesto en primer plano lo que ha de venir después, y no culpemos de ello a los que se nos han colocado en la acera de enfrente—a los incrédulos—, porque fuimos nosotros primero, al olvidarnos de sus problemas vitales, los que dimos pie para que se cayese en la subversión de valores que actualmente lamentamos. Quizá no hubiese habido materialismo ideológico si antes algunos sectores cristianos no hubie-

¿Dios ha muerto?

sen practicado el materialismo religioso. Es por lo que se hace conveniente a todas luces una renovación auténtica en la conciencia religiosa, que tienda sinceramente a reconducir la humanidad al seno de Cristo, porque sólo en El hallaremos la más completa felicidad.

Una cosa se nos aparece cierta—como ha escrito José Ferrater Mora—, que si ha de haber una renovación—aun relativa e incierta, como todo lo humano—tendrá que ser auténtica, no una realidad parcial elevada a única; no una caricatura. La forma de vida que se imponga tendrá que asimilar y, en cierto modo, nivelar las grandes masas del planeta sin por ello degradarlas o envilecerlas; tendrá que hacer de la persona un fin sin por ello divinizarla; tendrá que mantener la organización sin destruir completamente la libertad; tendrá que seguir fomentando la técnica sin matar el espíritu. Tendrá, en suma, que atender a Dios, a la sociedad, al hombre y a la naturaleza sin inmovilizarlos en un estático equilibrio. De lo que no hay peligro, es de que brote algún día sobre esta tierra una comunidad de santos en vez de nuestra querida sociedad de hombres⁸³.

Por la grandeza de la empresa que nos compete abordar, hemos decidido tratar a continuación de la misión del apostolado seglar. Actualmente se necesita para esta ardua labor de recristianización del mundo que las “élites” y minoría de hombres y mujeres de todos los rincones se organicen y coordinen su acción. El mal que aqueja a la sociedad actual es demasiado grave para que el remedio aplicado pueda ser simplísimo. Los grandes problemas requieren resoluciones tajantes, que no pueden llevar a término los hombres comunes, sino que se necesita poner

en juego los grupos selectos que, plenos de Cristo y sensibilizados a las mínimas palpitaciones de la humanidad, vengan a tomar el timón en esta obra redentora que exige la máxima capacidad de comprensión para los egoísmos y flaquezas ajenas y una fuerte energía para ser capaces de señalar rumbos sin atentar al principio de solidaridad humana. Pues ya bastante tiempo lleva escindido el mundo por rivalidades de creencias religiosas y políticas, para que nosotros dejemos de intentar galvanizar esta terrible separación de los hombres, ofreciéndoles con este objeto una doctrina comunitaria de amor y libertad.

¡Prestos, pues, a la tarea los cristianos de todos los países! Por ello, convengamos en que es menester primero que arriemos la bandera de nuestras discordias y diferencias intestinas, para así poder ofrecer unidos un amplio estandarte de reivindicaciones humanas que satisfaga y entusiasme a todos los hombres de buena voluntad ⁸⁴. A este fin enarbolamos como postulados de esta cruzada cristiana los dos principios siguientes:

a) **La convivencia en la Verdad.**—La actual condición de los hombres y de los pueblos en sus mutuas relaciones—según decía el Pontífice en su mensaje de Navidad de 1955—, se presentan bajo un triple aspecto: la coexistencia en el temor, la coexistencia en el error y la coexistencia o la convivencia en la Verdad. Cicerón daba dos consejos para poder conseguir la verdad: no tomar nunca como conocido lo que desconocemos; no prestar nuestra adhesión a lo que no está suficientemente demostrado, para lo cual será imprescindible que se examinen las cosas con todo cuidado y durante el tiempo que sea preciso ⁸⁵.

¿Dios ha muerto?

Creemos nosotros que es más acertado el uso del término “coexistencia” para los dos primeros supuestos, mientras que es más apropiado el de “convivencia” para el postrero de los citados. Ello es así, porque el hombre impulsado a vivir en sociedad por mandato natural y divino, no cumple su misión con un mero estar junto a sus semejantes sin importarle los quehaceres, alegrías y desgracias del mismo. Por el contrario, Dios le imprimió este sello de sociabilidad, y, por ende, le puso al hombre aquí en la tierra junto con los demás hombres, no para que vivan en la mayor indiferencia entre sí, o, lo que es peor aún, para que desaten entre ellos las más sangrientas discordias y guerras, sino para que convivan dentro de la ley natural del amor procurando la realización del bien común social, del que se derivarán ventajas y prosperidad para todo el género humano.

Hoy día más que nunca se hace patente esta necesidad de convivencia en la verdad, pues la interdependencia de los pueblos es más intensa que en los tiempos pasados, en los que, las relaciones internacionales, pacíficas o contrarias a la paz, no tenían aún la extensión o el influjo moderno. La relación entre los pueblos y los hombres se hallaba muchísimo más localizada y presentaba el carácter de la extemporaneidad, por lo tanto se hacía fácil la coexistencia a base de un **modus vivendi**, ya que los mismos conflictos bélicos se demoraban años y transcurrían entre largos períodos de trato en que se operaba la fusión social de los enemigos.

Es menester grabar en nuestras conciencias a golpe de cincel la importancia del hecho universal incontestable de que todos los hombres somos—ante todo y sobre todo—miembros de la sociedad hu-

mana y de que existe una comunidad de pueblos, por la unidad de origen, de naturaleza y de fin, lo que nos impone ser respetuosos con los patrimonios morales y culturales de los diversos grupos. No hay que decir, que entre los elementos que las comunidades de los Estados deben tener en consideración contamos también la religión. Esta—como ha dicho el Papa—puede ejercer en las relaciones internacionales una acción altamente conciliadora y pacificadora, pero también, a veces, disgregadora y excitante, cuando, bajo el pretexto religioso, se hace del fanatismo el verdadero móvil de las luchas religiosas. Entonces se olvida que el hombre viene a este mundo, fundamentalmente, a convivir con sus semejantes en una obra de amor que el Creador ha impreso en nuestros corazones.

b) **¡Bendita sea la pobreza!**—Repasando uno mentalmente el calendario de las fiestas sagradas que conmemoran el cristianismo con motivo del nacimiento de Cristo, no se puede por menos de verse uno embargado por una profunda fe en la vida de El y exclamar: “¡Bendita sea la pobreza!” aun cuando sepamos que nuestro grito suene a estentóreo en los oídos de los más y extraño en los de los menos. Por algo nuestra sociedad moderna se desenvuelve alejada y de espaldas a todo principio que suponga abnegación y sacrificio. Por algo nuestra sociedad está anegada en la molicie, en la diversión y en las riquezas materiales ⁸⁶.

Nuestra sociedad, nuestros ambientes, están muy alejados del verdadero cristianismo. El afán de lucro y de goces materiales nos domina hasta la saciedad. Muchas veces hemos oído repetir que la humanidad constituye un solo pueblo con alma fenicia. Tierra promisoro para el aventurero y el audaz

¿Dios ha muerto?

y el hombre sin escrúpulos. ¡Qué nos importa el alma si regodeamos el cuerpo! Y pobres de nosotros, ignoramos que si matamos el alma difícilmente podremos sacar a flote el cuerpo. Por ello vivimos sumergidos en un pésimo ambiente espiritual, hasta el extremo que consideramos que, cuando al correr de los tiempos, se contemple nuestra época histórica con la serenidad que impone la lejanía para el juzgamiento de los acontecimientos pasados y la perspectiva que facilita la distancia de los hechos que se van a enjuiciar, seremos tratados quizá como hombres que en el aspecto técnico supieron lograr conquistas maravillosas y geniales, pero que, sin embargo, en el ámbito espiritual fueron incapaces de dar un paso más allá de los avances que alcanzaron los que nos precedieron en el orden del tiempo; más bien nos aventuraríamos a decir, que nuestra edad ha de ser valorada desfavorablemente desde el ángulo del espíritu, pues los progresos materiales que se han conseguido parecieran que están embotando nuestras conciencias para las cosas del espíritu y de la cultura, como si fueran antagónicos aquéllos con éstas, todo ello debido a un mal planteamiento de esta cuestión, en razón de que la técnica ha de hallarse siempre al servicio del hombre y jamás debe convertirse lo contrario que es lo que está sucediendo en la actualidad.

Nos cuenta Jenofonte un diálogo que tuvieron Sócrates y Antifón. Este decía a aquél: “Yo creía que la filosofía hacía feliz, así que lo que tú practicas más me parece lo contrario. Comes y bebes mal y tienes un mismo miserable manto para el verano y para el invierno. No vives elegante y libremente, y lo que yo creo que eres es maestro de mala suerte.” Y aquí viene la sabia réplica del Maestro, que

por desgracia pocos son los que llegan a entender en nuestra sociedad: “Tú crees que yo vivo mal, pero fíjate: como no cobro dinero, hago lo que me parece sin que nadie me pueda exigir ni obligar, y como me conformo con poco, no necesito más. Mi salsa es el hambre, lo que da sabor al agua que bebo es mi sed. Porque tú ingenuamente crees que la molicie y lo caro es la felicidad, mientras que yo ya sé que lo divino es no necesitar nada. Yo no quiero necesitar nada”⁸⁷.

Y esta es la gran tragedia del mundo de hoy. Se cree que sin plata, sin mucha plata, no se merece vivir, haciendo así de lo accidental lo esencial de nuestra vida. Y de esta guisa hemos convertido la plata, el dinero, que no debe ser más que mero instrumento para buscar y lograr la auténtica felicidad, el fin de nuestros esfuerzos a alcanzar rápidamente y como sea. Por ello, la claudicación constante de nuestros hombres y mujeres ante el vil metal y el atraso moral y espiritual en que vivimos, nos hacen exclamar una y mil veces: “¡Bendita sea la pobreza!”

Estos son los dos principios—la convivencia en la Verdad y la aceptación de la pobreza como norma de vida—que proponemos en nuestra tarea reformadora del mismo campo cristiano y que, por consiguiente, han de practicar con fruición los que sean elegidos con el fin de llevar adelante la misión de proselitismo entre las gentes.

Si conseguimos que en cada uno de nosotros vuelva a vivir el Cristo, pronto nuestro ejemplo irradiará logrando que mueva los corazones de los demás. Pues contemplando a la humanidad sin apasionamiento no se deja por menos de apreciar que existe en los corazones humanos una clara tendencia a se-

¿Dios ha muerto?

guir y emular a quienes viven de verdad la doctrina que proclaman con sus labios y rubrican con el sacrificio. ¡Estos son los hombres que dejan huella en la Historia! ¡Estos son los hombres que verdaderamente son hijos del Espíritu!

MISION DEL
APOSTOLADO SEGLAR *

* Este estudio fué en parte dado a conocer en la ponencia que presenté en el «Encuentro Bolivariano de apostolado seglar» que se celebró en Caracas del 7 al 11 de diciembre de 1956.

I. CONCEPTO DEL APOSTOLADO

Debido a la circunstancia de que se hace difícil en principio la delimitación del tema, acudimos para su mejor desarrollo, primeramente, a una exposición del concepto del apostolado que nos facilite el conocimiento del papel que les toca jugar en suerte en nuestra sociedad a los hombres que se entregan a la causa cristiana y así ya resulta más fácil después señalarles los medios de que han de equiparse para cumplir a cabalidad con su misión. Por eso tratando de ceñir lo más posible el cometido que le corresponde desempeñar al apóstol en la vida le indicamos posteriormente la meta a que debe dirigirse. De esta manera, sabiendo por lo que lucha y la trascendencia de la tarea a que se entrega en cuerpo y en espíritu, no puede extrañarse de la rigurosidad que se le impone en su etapa liminar de preparación. Sin un adiestramiento ajustado a los fines buscados malamente podría estarse en condiciones de alcanzarlos; pues el saber la importancia de ellos anima y es un acicate para no desfallecer frente a

Misión del apostolado seglar

las adversidades y a los sacrificios que a cada momento hay que hacer para no ser indignos ante la vida y la doctrina del Divino Maestro.

* * *

Apóstol, en su acepción etimológica, significa “enviado”. Así decía Pío XI el 19 de abril de 1931, Jesús, enviado por su Padre para salvar lo que se había perdido⁸⁸, perpetúa su misión de salvador de las almas por medio de sus doce Apóstoles, que son escogidos entre los discípulos y a quienes confiere la triple potestad de enseñar, de santificar y de gobernar⁸⁹. El objeto propio del apostolado es la predicación del Evangelio en sentido pleno y con autoridad. Pablo se llama a sí “apóstol, escogido para el Evangelio de Dios”⁹⁰. Es decir, que aquí se toma el vocablo apostolado en su sentido restringido, ya que no se extiende a toda labor de proselitismo sino tan sólo a aquella que va respaldada por la autoridad del mismo que la practica; no bastando que la persona que realiza el apostolado tenga autoridad moral, pues se requiere que sea jurisdiccional, ya que se le atribuye una potestad de gobierno. Es por lo que se ha escrito, que los apóstoles han sido comparados a los actuales misioneros, no ciertamente cualesquieras, sino a los jefes de misión enviados a anunciar el Evangelio entre los gentiles y a fundar nuevas cristiandades con autoridad apostólica⁹¹.

Dentro de un sentido más amplio Santo Tomás nos da del apostolado esta definición clásica: “Contemplar las cosas divinas y comunicarlas a otros.” **A otros** es el término del apostolado. **Comunicar** es la actividad oral o escrita. **Contemplar** es estudiar, meditar, ver la verdad, el amor, la santidad que hay

en Dios, en Cristo, para comunicarlo a los demás que ven y escuchan al apóstol. Es lo que enseñaba el místico medioeval Echart: "Lo que he asimilado en la contemplación debo restituirlo en el amor." Como explica el P. Garrigou-Lagrange, comentando la doctrina del Aquinatense en su obra "La perfección cristiana y la contemplación según Santo Tomás de Aquino y San Juan de la Cruz", la contemplación no está ordenada a la acción apostólica como un medio subordinado a un fin, como un estudio frío e interesado hecho con vistas a un sermón, sino que la produce como causa eminente y sobreabundante, puesto que el punto de mira culminante de la vida del apóstol es la hora de unción con Dios, en la que se llena el alma de verdad y de luz que luego transmite a los demás hombres⁹². O sea, que según este concepto de apostolado basta la autoridad espiritual de quien lo ejercita, pues viene a configurarse como una explosión natural de quien está rebosante de algo que por su significado trascendente considera debe participar a los demás que le rodean para que así puedan gozar del mismo bien que embarga al apóstol.

Es por lo que el apóstol aparece siempre rodeado de la aureola del iluminado, pleno de vida espiritual, que va transfundiendo en las almas de sus semejantes para conducirles a las alturas del cielo. Como Cristo, pasa aliviando todas las miserias: limpia al leproso, resucita a los muertos a la vida de la gracia, toca a los ojos cerrados a la luz de la verdad; y por donde pasa, penetra la fe como un rayo de sol en las crueldades de una celda. Su familia, es la humanidad; su paternidad, las almas; su anhelo, la gloria de Dios; su enseñanza, el Evangelio; su penión, su bandera, la Cruz⁹³.

Estas son las diademas que adornan la corona de espinas del apóstol que no lucha ni se sacrifica nunca por obtener ventajas para sí; pues por el contrario, casi siempre se hace menester que entregue su vida en holocausto antes de contemplar sus ojos físicos—no los del espíritu que si, ciertamente alcanzan a gozar el triunfo—el radiante amanecer por el que empapan la tierra y el espíritu humano con su sangre, con sus lágrimas y con sus goces para gloria de Dios y de su reinado.

INTERVENCIÓN DE LOS SEGLARES A TRAVÉS DE LA HISTORIA

La **intervención del seglar** en la obra de apostolado de la Iglesia no es hecho que se haya producido recientemente, aun cuando si lo es que en nuestro tiempo—por circunstancias de todos conocidas—va adquiriendo cada día más beligerancia por exigirlo así—entre otras causas—la ampliación del reinado de Cristo, y, por otra parte, debido a la virulencia de los sectores ateos quienes han hecho de su incredulidad un arma de combate contra los principios religiosos. Este peligro materialista es más difícil de eliminar también por la escasez de elemento eclesiástico que pudiera influir en el pueblo a través de su actividad apostólica, lo que se debe en buena parte al indiferentismo religioso del ambiente moderno, sobre todo en las familias, lo que no facilita las vocaciones sacerdotales, máxime si tenemos en cuenta la severidad de las reglas que se impone al aspirante al sacerdocio. Por ello, cada vez destaca con mayor relieve la necesidad de un “clero culto”; la importancia de exhortarle a que se haga estudian-

te— aunque haya sectores que brillan con luz propia en el seno de la Iglesia—, para que represente una cultura cristiana nacional, viva y actual, y no una cultura que nace y muere en los seminarios sin ninguna influencia “extramuros”⁹⁴.

Todo esto— como decimos— acrecienta la intervención seglar en la actividad apostólica, si bien ella se inicia a partir del Concilio de Trento, progresando desde entonces de una manera maravillosa. Baste recordar dos **hechos históricos** patentes entre otros muchos: Las Congregaciones Marianas de hombres que ejercitaban activamente el apostolado de los seglares en todos los terrenos de la vida pública, y la introducción progresiva de la mujer en el apostolado moderno. Y a este propósito podemos evocar la figura de María Ward, aquella mujer incomparable que, en las horas sombrías y más sangrientas, la Inglaterra católica dió a la Iglesia; otra, la de San Vicente de Paúl, indiscutiblemente en el primer plano entre los fundadores y los promotores de las obras de la caridad católica⁹⁵. Así las organizaciones apostólicas se multiplicaron y difundieron a pesar de los avances contemporáneos del laicismo. En tiempo de Pío IX comienza a actuar la Acción Católica en Italia y Francia y León XIII reitera sus llamadas al apostolado de los laicos. Destacan sin duda alguna la contenida en su encíclica **Sapientiae Christianae** y la más conocida **Rerum Novarum**. El Beato Pío X dedica un largo documento a configurar la Acción Católica Italiana. Diríamos que con la guerra europea de 1914 se cierra una etapa preparatoria de lo que en años sucesivos había de ser la Acción Católica de la plenitud. Pero a pesar de esta gestación laboriosa hemos de señalar al Pontífice Pío XI, como fundador de la Acción Católica,

ya que fué su definidor y difusor universal⁹⁶. El fué quien abrió una perspectiva fundamental al catolicismo del porvenir; hoy ha llegado la hora del laicado a través de la Acción Católica, de los Institutos seculares o bien realizados por elementos independientes, pero poseídos de una voluntad de apostolado y testimonio cristianos. Tras los monjes aparecieron los frailes y tras ellos los simples religiosos. Después ha tomado vigencia con impetuosidad el sector seglar en este instante de secularización religiosa, puesto que para consagrarse a Dios no es menester divorciarse del mundo y encerrarse en la Cartuja, ya que el dramatismo de la época exige hombres apóstoles que vivan cristianamente dentro de este mundo desorientado ideológica y moralmente. Por esto mismo, actualmente hay que vivir el catolicismo con verticalidad, en tensión de lucha y de muerte, y no como una “tabla de salvación” donde se siente uno seguro después que se logra un cierto bienestar económico. Porque en nuestra hora se carece de seguridad presente y futura, hallándose ligada de manera indisoluble la suerte individual a los avatares colectivos. Luego el catolicismo ha de vivirse comunitariamente—en estrecha fusión de nuestra alma con la del prójimo—si queremos que sea efectivo frente a las corrientes disociadoras del materialismo moderno. Esto ha conducido a algunos autores a proclamar con énfasis, que el laicado ha alcanzado la mayoría de edad, quedando atrás la época del “paternalismo clerical”⁹⁷.

El Papa Pío XII se lamenta que haya “quienes gustan de decir frecuentemente que durante los últimos cuatro siglos la Iglesia ha sido exclusivamente clerical, por reacción contra la crisis que en el si-

glo XVI había pretendido llegar a la abolición pura y simple de la jerarquía; y con este fundamento se insinúa que ha llegado el tiempo de que ella amplíe sus cuadros”⁹⁸. Pues la verdad es que, en el trabajo apostólico, es de desear que reine entre sacerdotes y seglares la más cordial inteligencia. Sería ridículo y peligroso pensar que el apostolado de los unos está en competencia con el de los otros. Por ello al reinante Pontífice tampoco le agrada la expresión “emancipación de los seglares”, que, además, es históricamente inexacta según dejamos indicado más arriba. ¿Es que eran niños menores de edad y necesitaban esperar su emancipación aquellos grandes pioneros a los que aludíamos al referirnos a los movimientos católicos de otros tiempos? Por lo demás, en el reino de la gracia todos son mirados como adultos. El concurso de los seglares no es debido a la incapacidad o al fracaso del clero frente a su tarea presente. Que haya defectos individuales desgracia es, inevitable, de la naturaleza humana, y se les encuentra por doquier. El seglar está llamado al apostolado como colaborador del sacerdote⁹⁹.

Aseveraciones del Papa como ésta que acabamos de transcribir, tienden a borrar—o al menos a mitigar hasta el máximo—las diferencias entre “Iglesia docente” e “Iglesia discente”, por lo pronto en el sentido de querer identificar a la Iglesia con el clero, considerando al “pueblo cristiano” y a los “fieles” como un sector relegado en la esfera de las responsabilidades y de los derechos. Precisamente, el que tuviera algunos visos de realidad el fenómeno a que hacemos referencia, explica el hecho de que los hombres se despreocupasen más y más de la religión haciendo dejación de ella en la mujer, y a que, por

lo general, se produjese una especie de negligencia religiosa entre los sectores seculares que más bien persistían en la creencia por inercia tradicional o por cerrazón fanática, dejando que la explicación razonada de la fe católica incumbiera exclusivamente al consagrado al servicio de Dios mediante el sacerdocio. Escribía hace algunos años el Padre E. Roche: “Con frecuencia encontramos en el mundo hombres y mujeres que no creen poseer ningún medio de santificación en su trabajo y abnegación cotidianos; piensan que sólo la regla de un convento les permitiría realizar actos verdaderamente dignos de ser ofrecidos a Dios”¹⁰⁰.

Lo anterior explica que se marcaran hondas diferencias entre la jerarquía eclesiástica y el pueblo creyente, creándose en éste un complejo de inferioridad que a veces llevaba a aquélla a extender su autoridad indiscutible más allá de su esfera espiritual. Quizá esto llevara al cardenal Verdier a pronunciar ante su clero de París a su regreso de Roma el primero de enero de 1931, las siguientes palabras: “Si se realiza la misión que el Papa me ha confiado—organizar esta acción general de los católicos—, tendréis un ministerio un tanto nuevo. Hasta ahora érais sacerdotes indiscutibles, casi reyes de derecho divino. Estábais en vuestra iglesia obligando a todos vuestros fieles a callarse; debían callarse en la iglesia, sobre todo, las mujeres, según la Escritura. Obligábais a vuestros fieles a inclinar la cabeza ante todo lo que decíais. Si el día de mañana los seculares se colocan al lado de la Jerarquía para dirigir la Acción Católica exterior, seréis desde entonces reyes constitucionales. Estaréis obligados a consultar la opinión de este Parlamento que estará siempre en torno vuestro. Lo cual no

resultará siempre cómodo. Tenéis mentalidad de teólogos dogmáticos; ellos quizá la tengan de parlamentarios...”¹⁰¹. Incluso hubo quien empleó lenguaje más tajante para resaltar esta situación desigual entre la “Iglesia docente” y la “Iglesia discente”: “Esta opresión, esa dictadura sacerdotal con mucho espíritu de casta no podía durar. Y hemos vuelto, por comprensión de unos y por presión de otros, al restablecimiento del “valor seglar”. Los seglares son parte más fundamental de la Iglesia de lo que muchos piensan. Pero se nos antoja que la dificultad no está en reconocerlo como tal, sino en la función que en la Iglesia se les haya de asignar. Y ¿no se habrá dificultado una solución a este problema con esa enconada distinción de clérigos y seglares?”¹⁰².

Sin embargo, la corriente que nos ocupa y que responde a las frases de Pío XII que antes citábamos, tiende a borrar la falsa idea, de que la perfección y la actividad apostólica esté reservada a los religiosos. Pues todos son llamados a ella, por cuanto a todos indistintamente se dice: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”¹⁰³. Y la Santa Sede, en contestación a una consulta del obispo de Namur acerca del estado sacerdotal y religioso, ha dicho frases como estas: “El individuo, como tal, es tanto más perfecto delante de Dios, cuanto más perfectamente cumple la voluntad divina. Y en esto, poco importa que el estado en que vive sea laico o eclesiástico; y para un sacerdote, el que sea secular o regular”¹⁰⁴.

La importancia del laicado ha sido puesta de relieve, entre otros, por Newman para quien es siempre la medida del espíritu católico, hasta el

punto de que de él ha dependido a veces la salvación de la Iglesia, como en Irlanda, o su hundimiento, como en Inglaterra. También Congar dice, que si la Iglesia, firme en sus cimientos, se abre valerosamente a la acción de los seglares, conocerá una primavera de la que no tenemos hoy ni idea. De esta manera, el seglar católico, antes negligente o demasiado confiado comienza a tomar sobre sí la preocupación religiosa. Ello era una necesidad espiritual si en verdad queríamos que el católico medio pasara a un estadio de vigía y de combate, que se diera el salto de la promoción de la "Iglesia discente" al "laicado". Fuerte intervención tuvo en este movimiento la reincorporación del seglar a la actividad religiosa el llamado liberalismo religioso con su tendencia a definir y delimitar el poder del Papa frente a los obispos y el de éstos frente a los fieles. Es preciso reconocer que Lord Acton ha sido, en medio de sus exageraciones, quizá el primer católico que tuvo conciencia del laicado, aún cuando la desviase, generalmente, por erróneos derroteros políticos y del gobierno eclesiástico. Defendió con muy buen sentido, el derecho del fiel a ser escuchado por la Jerarquía, demasiado inclinada de ordinario al "paternalismo" (Newman estuvo a veces junto a Acton). El dogma de la Infallibilidad frenó los excesos del liberalismo religioso, pero a la vez fljó con mayor precisión que antes, y con una certeza incomparable, cuándo es infalible el Romano Pontífice y cuándo no ¹⁰⁵.

Esta es la forma en que se va asegurando la certera participación seglar en el apostolado de la Iglesia estimulada por la visión profética de sus grandes hombres que han comprendido la trascendencia de la incorporación del pueblo creyente

para lograr la recristianización del mundo en estos tiempos de apatía e irreligiosidad, volviendo en cierto modo la mirada al cristianismo primitivo en el que los fieles tenían directa intervención en la elección de la jerarquía eclesiástica. Por eso el Papa de la Eucaristía, Pío X, decía en su primera Encíclica: “Instaurare Omnia in Christo”: “No sólo los sacerdotes sino todos los fieles, sin excepción, deben ocuparse en servir los intereses de Dios y de las almas”. Y en una conferencia que tuvo con varios cardenales sobre las necesidades de la Iglesia preguntó: “¿Cuál es en el momento presente, el más necesario y eficaz de los medios para la salvación de la sociedad?” Uno contestó: —Erigir escuelas—. “No es eso”, replicó el Papa. Otro dijo: —Multiplicar las iglesias—. “Tampoco es eso”. Un tercero añadió: —Activar el reclutamiento sacerdotal—. “Tampoco es eso”, replicó el Santo Padre”. Lo que al presente es más necesario es tener en cada parroquia un grupo de seglares esclarecidos, resueltos, intrépidos, verdaderamente apóstoles¹⁰⁶. “Nos gustaría que grandes falanges de apóstoles —ha dicho Pío XII en la “Homilía de la Pascua de Resurrección” (1952)—se levantarán como aquellas que la Iglesia conoció en sus primeros días. Que los sacerdotes prediquen desde los púlpitos, en las calles y en las plazas, dondequiera haya un alma para ser salvada. Y al lado de los sacerdotes, dejad al pueblo seglar que ha aprendido a penetrar mentes y corazones con sus palabras y su amor, dejadle hablar”¹⁰⁷. Así es como surge un laicado consciente de su responsabilidad eclesiástica desde el momento que las figuras más representativas de la Iglesia depositan en él su confianza y admiran en su colaboración un valor inapreciable para la

causa cristiana. “Los seglares tienen una libertad de movimientos de que carecen los clérigos: Pueden emitir una opinión avanzada y tomar partido discutible sin comprometer a la Jerarquía, sin ser “piedra de escándalo”... Tienen, en fin, una más ancha zona de contacto con la cultura mundana, con la cultura moderna (misión del intelectual católico) y también con la vida profesional en la fábrica, en el taller, en la oficina, en el trabajo del campo, en las asociaciones obreras (misión de la acción social católica)”¹⁰⁸.

MIEMBROS DE LA IGLESIA

La Iglesia ensambla lo divino y lo humano en una armoniosa conjunción de las riquezas espirituales eternas y temporales. Por ello conserva la lozanía de una primavera inmutable, aun cuando se sirva de instituciones que pueden luego estar en desajuste con los tiempos venideros. Mas su experiencia acumulada en siglos la hace saber cuando se hace prudente variar con arreglo a las circunstancias históricas sin atentar contra su esencia perenne de seguridad y permanencia. Así en nuestra época ha puesto mayor afán en la intervención seglar en tareas antes privativas de las órdenes religiosas¹⁰⁹, puesto que ella es un cuerpo vivo resultado de la complementación de las funciones propias de todos sus miembros, que se hacen indispensables para la buena marcha de la institución, independientemente de que se produzcan en la cima o en la base de la escala jerárquica.

Unidad de vida y diversidad de funciones constituyen la realidad histórica de la Iglesia impri-

miéndola una belleza polícroma. Todos los cristianos, sin alguna excepción, son miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, por cuanto reciben el don del Espíritu para ejercer una función activa en el crecimiento de la Iglesia mediante la acción apostólica. Luego el seglar debe tener iniciativa en su actividad para evitar convertirse en un órgano atrofiado, causando entonces graves perjuicios al desarrollo del organismo en razón de que su participación es una ley esencial de la vida de la Iglesia, una ley que ha existido siempre desde el principio, pero cuya importancia y exigencia se han manifestado en toda su plenitud en los tiempos modernos. Así se afirmó en la conclusión segunda del Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares, cuando se dijo: “Los seglares de la Iglesia, fieles a su vocación de pueblo de Dios, colaboran con la Jerarquía en la salvación de las almas”. Por eso se ha puesto en movimiento esa fuerza grandiosa de Dios que es el mundo cristiano seglar, dentro y fuera de la Acción Católica, hacia el objetivo concreto de “la edificación de la Iglesia” ¹¹⁰.

Esta caracterización del seglar como **miembro de la Iglesia**, le obliga también a pensar, por la oración y el sacrificio, no solamente en sus necesidades privadas, sino en las grandes intenciones del reino de Dios en el mundo, según el espíritu del “Padre nuestro”, que el mismo Jesucristo enseñó ¹¹¹. Ya no se encuentra, pues, en condiciones de rehuir la responsabilidad de las grandes tareas apostólicas puesto que ha tomado una conciencia más plena de su pertenencia a la Iglesia orgánicamente, como miembro activo, con pleno derecho y pleno ejercicio ¹¹². Empero, el seglar de hoy día, precisamente por la posición de preeminencia que se le ha otor-

gado en la misión redentora, no puede ejercer legítimamente su magisterio laico si se sustrae a la autoridad jerárquica instituída por el mismo Dios-Hombre, pues caso de intentar hacerlo se privaría de la inspiración y de la guía de Cristo, haciendo ineficaz su apostolado en cuanto vendría a convertirse en las personas falaces y dolorosas que nos describe San Pablo: “Tiempo vendrá en que... a medida de sus deseos se darán una turba de maestros, y en su afán de oír apartarán sus oídos de la verdad para volverse hacia las fábulas”¹¹³.

SUBORDINACIÓN A LA JERARQUÍA ECLESIÁSTICA: VIVIR DENTRO DE LA ORTO-DOXIA CATÓLICA

Lo anterior acredita nuestro aserto de que **el apostolado de los seglares está subordinado a la Jerarquía eclesiástica**, como corresponde a la estructura tradicional de la Iglesia, institución divina de caracteres universal e inmutable, cuyo intento de subversión de valores—o el menor desconocimiento del principio de autoridad—minaría en su misma base el muro sobre el que Cristo la edificó. Su Santidad Pío XI habla de “la feliz necesidad, de la entera confianza, de la ilimitada generosidad y firme disciplina, la disciplina es siempre un deber, deber de sentimiento, deber de inteligencia, deber de corazón y de obra”. El jefe supremo es el Romano Pontífice que guiará a todos al puerto de la verdad y de la virtud. Después vienen los obispos, sucesores legítimos de los Apóstoles, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia y conducir a los hombres hacia la

consecución de sus destinos eternos; los sacerdotes, y de una manera especialísima los párrocos, “operarios evangélicos y labradores” de la Viña del Señor. Estos son los brazos poderosos de la Iglesia y bajo su dirección y acción han de militar todos los que quieren ser útiles en el reino de Cristo. Los seglares, que forman las aguerridas fuentes de combate, han de laborar por el restablecimiento del reino universal de Jesucristo en la tierra ¹¹⁴.

La palabra “participación”, con que se ha querido poner de manifiesto que los laicos tomen parte correspondiente en la obra y necesidades de la Iglesia, según la interpretación del Dr. Blanco Nájera, significa entrar a la parte con la jerarquía en lo que es propio y exclusivo de ella, transformándose por ello el apostolado seglar en apostolado jerárquico, sino por naturaleza, sí por participación; y explica el P. Avelino Esteban Romero, que el apostolado seglar es jerárquico, no por la participación de la potestad, sino en la actividad, haciéndose por tanto necesario discernir entre potestad y actividad, entre función jerárquica y actuación jerárquica ¹¹⁵. De todos modos, el mandato de participar—de acuerdo con lo que dice Congar—, es un título “quasi ex officio”, que constituye un medio jurídico decisivo para esa acción organizada de los seglares junto al Apostolado de la Jerarquía. Modernamente parece haberse consagrado el término de “colaboración”, con la explicación de que “es evidente que no se trata de una participación formal del apostolado, sino de una participación en la actividad apostólica”, hecha por el Cardenal Piazza, miembro de la Comisión Cardenalicia para la Acción Católica italiana. Esto no es óbice para que puedan existir, por otra parte, obras de aposto-

lado seglar extraparroquiales y aun extradiocesanas, o como dice Pío XII, supraparroquiales y supradiocesanas, cuando el bien común de la Iglesia así lo exija ¹¹⁶.

Es evidente, por consiguiente, que esta delimitación del campo de operaciones del seglar dentro de la órbita de la Iglesia, ha servido para activar en él sus preocupaciones apostólicas. Pues si hoy reconocemos que el laicado continúa como siempre subordinado al mandato jerárquico, también lo es que su mayor intervención en la actividad apostólica en posiciones importantísimas para la acción evangelizadora del mundo, contribuyen a destacar su papel como miembro de la Iglesia con un lugar propio y con funciones específicas. Tiene una misión específicamente religiosa en la Iglesia, a la vez que en lo científico, se afirma que la teología no es sólo para los sacerdotes, y en el culto de la Misa, todos tenemos una participación analógica, pero real ¹¹⁷. Además, por el sacramento del matrimonio tiene una función típica en la construcción de la comunidad cristiana, hallándose obligado en todo instante a llevar el mensaje de salvación a las estructuras profanas y empresas temporales, pudiéndose observar así que su apostolado es parte esencial del cristianismo.

Queda claro que el seglar dispone de iniciativa para el ejercicio del apostolado de acuerdo con la amplitud que exigieron los objetivos perseguidos. La definición de sus funciones dentro del organismo eclesiástico le permiten esta libertad de movimientos siempre que no ponga en peligro romper la unidad de orden del mandato divino que estructura jerárquicamente el Cuerpo Místico de Cristo, a cuyo objeto nunca debe rebasar en su acción los límites

de la ortodoxia ni oponerse a las legítimas prescripciones de las autoridades eclesiásticas competentes ¹¹⁸.

Sin duda alguna son prudentes estas medidas de control sobre el laicado como medio de evitar cualesquier intervención precipitada o maliciosa que pusieran en peligro la unidad de vida de la Iglesia, que no puede exponerse a intervenciones no lo suficientemente maduras. A fin de evitar estas desviaciones en el seno del cristianismo, sin por otra parte desconocer la libre acción de los seglares, conviene resaltar el cometido de la dirección espiritual para formar la personalidad de aquéllos hasta hacer de ellos hombres capaces de afrontar sus deberes y, por tanto, de enseñarles a comprenderlos por sí mismos y saber realizarlos sin necesidad de estimulantes externos. Por eso el director espiritual, como todo educador, debe inculcar a los seglares a no tener necesidad de acudir a él ¹¹⁹. Sólo así tendremos en el apostolado seglar hombres capaces con criterio propio que en todo momento están en disposición de emitir ampliamente un juicio personal sin temor a indecisiones y a equívocos.

Para que sea posible la formación de estos cuadros seglares que tengan la suficiente fortaleza de espíritu para afrontar las cuestiones con serenidad de ánimo y juicio personal, se hace menester que cada día se dé mayor flexibilidad a la organización jerárquica de la Iglesia respetando la natural relación de subordinación. Esto es, reviste capital importancia que se propicie la crítica sana de las cosas no esenciales para la unidad de orden y de vida evangélica. Son esenciales e inevitables los principios divinos en que Cristo fundamentó la Iglesia. Pero hay otros elementos humanos que surgen de

Misión del apostolado seglar

la necesaria proyección de la Iglesia en el tiempo y en el espacio, que pueden variar y ofrecen un amplio campo de estudio y experimentación, aunque en definitiva haya de ser la Jerarquía la que determine los cambios y las formas. Inclusive existen otros elementos que pudiéramos llamar demasiado humanos, atribuidos a defectos naturales de las personas, que son los verdaderamente reformables ¹²⁰.

ACTIVIDAD CONTEMPLATIVA Y ACTIVA

En el programa de la Acción Católica se atiende a dos momentos en la vida del apostolado. El primero, que llamaremos preparatorio, consiste en la formación de los socios (actividad interna). Según las enseñanzas pontificias, el apostolado de la Acción Católica es: laico, auxiliar, obligatorio, universal, organizado, necesario, legítimo e insubrogable. Su misión, como institución-miembro de la Iglesia, es "instaurare omnia in Christo", es decir, no sólo de los individuos sino también de la familia y de la sociedad entera. Si la cristianización de las conciencias individuales es el fin específico de las diversas asociaciones religiosas, la Acción Católica va más allá, puesto que aspira a llegar a través de cada uno de sus afiliados a todo el cuerpo social ¹²¹.

Esta dinámica de la Acción Católica que la hace aparecer con un afán proselitista incuestionable, ha llevado a algunos a considerar que la espiritualidad seglar debe ser **activa** esencialmente, por oposición a la **contemplativa**, planteándose el problema de si ha de tener un sentido apostólico de encarnación, con la consiguiente transformación de las realida-

des terrenas, o, por el contrario, le corresponde exclusivamente una labor de trascendencia, limitándose el seglar a trabajar por el reino de Dios, con absoluta despreocupación por conseguir hacer de este mundo un paraíso cristiano.

Con todo, se viene indicando que la corriente partidaria de una estructuración cristiana de la sociedad, aspira a dar una relevancia a los valores humanos que, por lo pronto, supone una más o menos velada acusación contra el ascetismo cristiano. Por eso el Papa Pío XI dejó consignado que el alcance de la formación cristiana ha de mirar siempre al hombre integral, es decir, tomar en cuenta en la tarea modeladora tanto los valores sobrenaturales como los culturales y sociales, puesto que, independientemente de que pensemos o no cambiar la faz de este “Valle de lágrimas” por la acción bienhechora del cristianismo, hay que convenir que nuestros tiempos reclaman una formación equilibrada del individuo atendiendo a los diferentes factores que deben influir su personalidad, lo mismo que en el ámbito social—aún cuando se propugne una posición espiritualista extrema—existe en todo caso una imperiosa necesidad de hacer frente a las necesidades materiales del ser humano, si queremos lograr una mayor eficacia en la actividad apostólica.

Actualmente resuena por todos los ámbitos del mundo la voz potente y clara de Jesús dirigiéndose a los hombres para decirles: “Sed Perfectos”. Por lo pronto, se pronunciaron para que llegasen a los oídos de todos sin distinciones de rangos ni de clases sociales. Esta fué la interpretación de San Agustín: “No creáis que aquellas palabras de Jesucristo: “Sed perfectos, se aplican a las vírgenes y

no a los casados; a las viudas y no a los que tienen esposo; a los religiosos y no a los padres de familia; a los clérigos y no a los laicos. La Iglesia toda entera, acompañada de sus miembros, debe seguir a Jesucristo con la cruz a cuestas”¹²². La misma doctrina proclamó Pío XI con motivo del centenario del humanísimo Francisco de Sales: “Nadie piense que la perfección es cosa de unos pocos escogidos, y que a los demás les es permitido detenerse en un grado inferior a la virtud. Todos están obligados, sin exceptuar ninguno”¹²³.

Logrado extender el anhelo de perfección a todas las capas humanas se incorporaron al apostolado a la totalidad de los hombres sin distinciones, por cuanto la acción beatífica del Espíritu Santo no conoce fronteras. Así se puede llevar su aliento hasta el último rincón de actividad humana, despertando la ilusión evangelizadora incluso en los corazones dormidos por un exceso de conformismo o de indiferencia. Es la manera de hacer entrar el mensaje de Cristo en el último estrato de la vida social moderna.

No cabe duda que esta concepción evangélica lleva ínsita la idea de movimiento como característica del apostolado. Tal es el mandato explícito de Cristo: “Id e instruíd a todas las gentes...¹²⁴; id por todo el mundo y predicad”¹²⁵. Y no solamente serán viajeros los Apóstoles, sino también pescadores. “Seréis pescadores de hombres”¹²⁶, les dice Jesús, llamándoles para que le siguieran.

Pero antes de echar andar, de ponerse en camino para la pesca espiritual se hace preciso haber arraigado bien en el alma las convicciones que se lleva la intención de propagar. Son las ideas las que se hacen carne y sangre, inteligencia y voluntad

conquistando el prurito de la inmortalidad. Y esto es precisamente lo que tiene que alcanzar el seglar: ser hombre de ideas, de convicciones, de principios, de vida cristiana. Sobran los hombres-creyentes pero hay falta absoluta de hombres-apóstoles. Tenemos hombres de fe, mas nos falta el hombre de acción. Hay muchos hombres católicos pero no hay hombres de propaganda. Cada uno vive para sí, cada uno se preocupa de sus negocios; todos se encierran dentro de su egoísmo feroz. Están muy ocupados para atender a sus doctrinas, sus principios, su religión, su prensa, sus obras de apostolado, aún cuando se creen muy buenos católicos porque cumplen con el culto externo. Ni que decir tiene que con esta clase de catolicismo tenemos asegurada la derrota y el triunfo de los enemigos de Dios ¹²⁷.

El ritmo vertiginoso de la vida moderna impone al hombre una vida extravertida. Desde luego que no es nada extraño toparnos en las calles de nuestras grandes ciudades con seres humanos que caminan desahucados, gesticulan ellos solos, sienten la irritabilidad al menor contratiempo y hacen una escena pública de histerismo en un santiamén, tragicomedia que apenas hace unos años únicamente estaba reservada a alguna pobre mujer vieja ya casi en estado de desahucio social. Todas estas lacras y anormalidades de la sociedad coetánea—modelo por otra parte de avance tecnológico—ponen a las claras el palpable desajuste que se ha producido en el hombre interior de esta hora aciaga de la humanidad en lo que respecta al imperio de los valores espirituales. Es por lo que se hace más difícil la acción del apostolado que ha de procurar adaptarse a este ritmo rápido de la época, multiplicándose para lograr atender a tantas necesida-

des como requieren las almas de los mortales expuestas a peligros sin fin en el duro bregar cotidiano.

Esta inmersión del hombre en lo social, hasta el extremo de que siente la angustia del vacío en medio de un mar proceloso de pasiones, exige de los seglares-apóstoles que desarrollen su labor sin renunciar al mundo, porque hoy ya no puede ni siquiera haber sosiego y tranquilidad tras los muros de un convento que antes servían para vivir apartados y fuera del peligro tentador de las atracciones mundanales. Actualmente hay que emular a Cristo en la calle, lo mismo en el triste y desgraciado arroyo malholiente que en la rica y fascinante mansión burguesa. Hoy todos los estados civiles son buenos y útiles para el cristianismo, sea el celibato, el matrimonio o la viudez; o hijo de familia, padre, trabajador, patrono, militar o intelectual. Lo importante es que en cada momento halle la fórmula para hacerse eficaz en su auxilio espiritual de acuerdo a las contingencias de hogaño. Por lo pronto ha de aprender a ser comprensivo hacia las ideas y actitudes ajenas, luchando con tesón contra las enormes dificultades que nos rodean sin dar nunca muestras de cansancio, ni de superioridad sobre la ignorancia de los demás, ni de hastío y desprecio frente al desorden y los yerros del prójimo. Ha de poner en acción, pues, una espiritualidad atrayente, persuasiva, adaptada de tal forma a las modas, maneras y costumbres del siglo, que sirva de estímulo para cualquiera otra persona que se mueva en el mismo ambiente. Para conseguirlo con fecundidad creadora se requiere que previamente se haya asimilado hasta los tuétanos los recursos inagotables del Evangelio cuya virtualidad operativa apenas si tenemos ensayada en la vida

ordinaria. Tenemos que crear un estilo de vida cristiana independiente de la seguridad que se alcanza con la profesión de los votos de las religiones, sin que por ello nos veamos arrastrados por las flaquezas de la carne o la atracción desorbitada de la ambición humana. Ello impondrá sobre todo que cultivemos con plena conciencia la función vital que nos corresponde como cristianos entregados a la actividad apostólica, en la aventura y el riesgo de un mundo que nos amenaza constantemente con sus fauces insaciables, como si el valor del espíritu no tuviera fuerzas suficientes para sobreponerse y vencer las urgencias de la exigencia humana. Así conseguiremos forjar una vigorosa mentalidad católica consciente de sus responsabilidades y dispuesta a la entrega heroica y abnegada a la causa porque se lucha y se está dispuesto a morir.

Esta empresa de esfuerzos incalculables exige de los seculares que la acción no la escindan del reclamo de la contemplación, pues la tarea proselitista en el mundo ha de efectuarse por medio de las ideas y de las obras, en razón de que la contemplación y la acción no dividen la vida, sino que la desarrollan en toda su plenitud. Por lo mismo, ha sido condenada una excesiva preocupación por la acción, por cuanto convierte el apostolado en una máquina parlante sin alma ni inteligencia que la sirvan, ocasionando trastornos que el propio actual Pontífice ha carecterizado como de "herejía de la acción", de igual manera que resulta también absurdo encastillarse en la fortaleza de las doctrinas y teorías sin prestar atención y rehuendo el contacto con las realidades sociales urgentes que llaman constantemente a las puertas de los cora-

zonas generosos en demanda de bálsamo para sus infinitos y agudos dolores y adversidades.

A propósito de los abusos de la acción ha escrito Mons. Fulton Sheen: “Hoy en día son ya demasiados los que están sustituyendo la oración con la acción, procurando cambiar a otra gente en lugar de cambiar ellos mismos. Algunos son como Pedro, que, invitado a orar, cuando llega el enemigo se dedica a la acción; saca su espada y corta la oreja a un enemigo, y luego el Señor tiene que reparar el mal causado por su tontería”¹²⁸. Esto nos pone de relieve que la actuación acertada del seglar debe conducirse por los cauces serenos de una acción acompañada del estudio y de la oración a fin de siempre sentirse fortalecido en la hora amarga y de confusión. Así nos ha dicho Pío XII: “Acoger con noble ímpetu de entrega, reconociendo como llamada de Dios, y digno criterio de vida, la santa consigna que vuestro Pastor y Padre os confía: dar comienzo a un potente despertar de ideas y de obras”¹²⁹. Lancémonos resueltamente a cumplir la consigna pontifical siguiendo el consejo de Giovanni Papini: “No os adormezcáis, pues, como los viejos, no desertéis como los decrepitos. El deber de los jóvenes es triple: aprender, combatir y conquistar: aprender las eternas verdades de la Fe, combatid la vejez del error, conquistad nuevas almas para la verdad, y seréis dignos de nuestra muy joven Madre”¹³⁰.

EJÉRCITO DE VANGUARDIA

Queda obviamente demostrado que no le basta al cristianismo de nuestro tiempo para alcanzar los laureles de la santificación emular una vida llena de prácticas piadosas y de una intachable conducta profesional pasando a la vez por el mundo sin reparar en los problemas de nuestros hermanos o esquivándonos en una falsa prudencia de no intervenir en la vida ajena por temor a lastimar sentimientos o sembrar recelos, a trueque de que haya almas languidecidas o vacilantes en la fe, cuando por el contrario el mundo católico debe ser la avanzada, la **vanguardia del ejército de Cristo**, siempre dispuesto a actuar ante la menor emergencia. Pues hay almas infelices que en los peligros de la primera edad no tuvieron quien las instruyese, las guiase, las corrigiese, las afirmase en la fe y en la piedad; o, si lo tuvieron, pronto la indiferencia, la despreocupación, el mal ejemplo de los compañeros, el hervor de la juventud, las diversiones y las ocupaciones cotidianas les oscurecieron la lámpara de la fe y de las prácticas religiosas, apartando de ellas su pensamiento y enfriando su corazón, trasformándoles su buena raíz casi en árido tronco que tornará a florecer en la hora de la desventura, ya al calor de una palabra amiga y compasiva, ya en el helado ocaso de la vida. Sólo la ayuda de los seglares coordinada con la del sacerdote, puede subvenir a tanta tragedia humana en un mundo descreído y materialista. Por eso el celo de llegar a todas las ovejas descarriadas, iluminarlas y conducir las de nuevo al redil del Divino Pastor de las almas, es misión que incumbe a todos los cristianos—eclesiásticos y laicos—

pero que a veces únicamente está abierta a la buena voluntad de los seglares¹³¹. “Vosotros mismos conocéis cuán profunda es la ignorancia religiosa, cuán varios y a veces cuán groseros son los equívocos sobre las verdades más elementales de la fe, lo cual se da no solamente entre el pueblo sencillo, sino también entre aquellos que se lisonjean llamándose intelectuales”¹³².

Descartemos la ostentación de las manifestaciones colectivas de nuestra fe como medio de realizar una actividad apostólica eficaz y duradera, aun cuando en ocasiones sea provechoso la demostración pública con carácter esporádico como medio de hacer vibrar el sentimiento soterrado del pueblo y sacar a la luz la fuerza de la creencia religiosa y demostrar el arrastre mítico de las ideas ante los círculos hostiles y así poder atraer a los rezagados y dudosos a la vez que se pone en tensión a los fríos e indiferentes. Pero eso sí, no llamarse a engaño de que se necesita que la demostración exterior sea expresión de algo que vive en el alma de los que se congregan para evitar la repetición de gestos grotescos de quienes vociferan sin la menor emoción electrizante y arrolladora. Por eso atendamos a la calidad interior de los prosélitos, rechazando en nuestra filas a ese mundo católico que Roberto Meder calificó de inmenso hospital de inválidos en su célebre “Die Ganzen”, despertando enorme sensación en Europa, refiriéndose a ese agregado humano de gente honrada y tranquila que carece de inteligencia y voluntad para organizarse y trabajar en defensa de sus más sagrados ideales y de sus más vitales intereses, ignorando tan siquiera lo que saben algunos animales cuando los atacan; es decir, juntarse en corro al primer

Concepto del apostolado

amago de peligro y colocarse todos con astas vueltas hacia el enemigo ¹³³.

Los seculares se encuentran en la línea avanzada de la Iglesia, son los zapadores de un mundo nuevo, por lo que necesitan hallarse muy compenetrados con el ideal que van a defender y sabiendo que su actividad apostólica es razón suficiente para su santificación. Sólo el hecho de ser vanguardia, según Spiazzi, les permite operar en las zonas de contacto entre la Iglesia y el mundo; tarea dura y difícil, que, por lo demás, ellos únicamente pueden, en muchos casos, desarrollar con competencia y llevar a cabo con éxito ¹³⁴.

II. FORMACION DEL APOSTOL

La cristiandad que está reclamando desesperadamente el mundo de hoy se debate entre aspavientos y estertores de dos fuerzas paganizantes igualmente estentóreas y negativas, es la que de verdad se atenga a los preceptos de Dios y de la Iglesia, y se mantenga, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo. Sólo una concepción cristiana así podrá servir de ejemplo y guía a una humanidad profundamente enferma, que busca sostén y dirección, si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible ¹³⁵.

Nos hallamos urgidos de una plenitud de vida cristiana que, además de la paz interior, brote como espontáneamente otro fruto muy exquisito que redunde egregiamente en no escaso provecho social: el ansia de ganar almas para Cristo, lo que llamamos espíritu apostólico. Para ello es menester que surja como efecto natural de la caridad que convierte el alma en justa, donde Dios mora por la gracia, y enciende a aquélla en maravillosos y loables deseos de comunicar a las demás almas

aquel conocimiento y aquel amor de bien infinito que ella misma ha alcanzado y posee ¹³⁶.

EL AMOR A CRISTO Y AL PRÓJIMO

Harto notorio es el principio: “Nadie da lo que no tiene”. Por ende, nadie puede ser apóstol si antes no tuviese las debidas virtudes cristianas, en sazón de que difícilmente podrá imbuir a los demás con el espíritu de Cristo el que no arda en ese mismo espíritu. Esta formación cristiana de las almas, confiada en primer lugar a la actividad sacerdotal, es tan necesaria que, si ella falta, el apostolado no podría durar largo tiempo ni ser fructífero ¹³⁷. Porque después de bañados en el Jordán de la fe viva es cuando podremos aspirar a verternos en la tarea redentora de salvación de las almas, debido a que la misión de apostolado no es cuestión de adiestrarse a la perfección en una técnica, sino de saber llegar a los hombres a través de Dios. Luego el dinamismo propulsor de que está investido el seglar-apóstol no le proviene ni del hábito de la acción ni siquiera de la práctica de la contemplación, sino que, por el contrario, tanto una como otra e incluso la conjunción de entrambas se haría francamente ineficaz si no se hallasen impregnadas y vivificadas por el amor de Dios. Únicamente la identificación con el espíritu y la vida de Cristo puede trocar nuestra débil materia humana y nuestros escasos recursos persuasivos en fortaleza inexpugnable y en impulso vital avasallador e incendiario de las almas refractarias del prójimo. “La razón que tenemos para **amar al prójimo** es Dios—escribe Santo Tomás—. Lo que

debemos amar en él es que esté en Dios". San Juan de la Cruz no se expresa de distinto modo: "Tiene el alma aquí por el grande amor que tiene a Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios, y si le fuese lícito deshacerse mil veces por El, estaría consolada". Este amor de Dios, impulsándonos a desear que El sea conocido y amado, es el que hacía exhalar a San Pablo su grito magnífico: "Charitas Christi urget nos" ("El amor de Cristo nos constriñe")¹³⁸.

Apartemos pues, de nuestra mirada los reparos y temores que nos infunda la atracción del alocado mundo que está a nuestros pies y dirijamos la vista a lo alto del cielo para ensimismarnos en la contemplación de la obra maravillosa del Eterno Padre, la que por sí sola puede hablarnos de la grandeza y magnificencia de lo que encierra en sí la Voluntad Divina. Dejemos a un lado el respeto que degrada y envilece, y seamos sinceros con nosotros mismos en la apreciación de los valores de la eternidad por lo que nos dicen las cosas creadas siendo fieles intérpretes del mensaje evangélico. ¿Cuál es el mandamiento más importante de la ley cristiana? Y Jesús responde: "Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo es semejante a éste: Amarás al prójimo como a ti mismo. En dos mandamientos está cifrada la ley y todos los Profetas". He ahí enunciada por labios divinos la fórmula de esta ley: amad, el objeto, el término de esta ley: el prójimo, la medida de esta ley: como a nosotros mismos. Amar a Dios y al prójimo es, pues, la primera y la última palabra de la ley cristiana. Desgraciadamente el hom-

bre se ha olvidado de este precepto fundamental. Un gemido sordo descubre a toda la tierra el enfriamiento de los corazones. Por eso la caridad, no sólo es un precepto de la ley cristiana, sino una necesidad social. Hay un abismo que la llama: el egoísmo que reina en el corazón de la sociedad. Y para ese egoísmo, el único remedio es una efusión abundante de caridad, la acción de la caridad cristiana ¹³⁹.

La lección divina que acabamos de aprender nos enseña que en el combate la bandera que hemos de enarbolar con frenesí y coraje es la Cruz, vencedora del mundo, del pecado y de la muerte; el capitán que debemos obedecer ciegamente, es el Cristo del templo de Jerusalén y del Calvario; y nuestra fe, la fe de la humanidad que, postrada de rodillas ha recitado el símbolo de la creencia, en lo alto de las montañas, en la soledad de los desiertos, a la orilla de los lagos, en medio de los océanos, en el silencio de los templos, en la paz de los sepulcros ¹⁴⁰. Es con estas divisas con las que incuestionablemente seremos capaces de llegar al corazón de los hombres. Porque esta debe ser la consigna del apóstol: la voluntad de contacto con ellos. Un contacto efusivo y caliente, de corazón a corazón; pero no con el corazón del filántropo siempre dispuesto a dar algo de lo que le sobra después de haber atesorado riqueza. No. La generosidad de la actividad apostólica ha de ser muy otra: darse todo, aun de lo que no tiene, como muestra patente de que en ningún recodo de su alma queda escondido o disimulado un ápice de su egoísmo o de cosa que se le parezca. Todo él ha de ser abnegación, pureza de alma, cordialidad efusiva—ni empalagosa ni afectada—, tendiendo al

contacto humano que busca camaradería, confianza, intimidad, entrega. Y para conseguirlo ha de hallarse muy lleno de Dios y muy convencido de sus debilidades humanas, como único camino de predisponerse auténticamente a una mejor penetración de caracteres y actitudes con sus semejantes. De no ser así, el apostolado no pasará de ser la fría transmisión de una consigna o la desagradable postura de incomprensión y apartamiento de los demás. Y que no se diga que los hombres no abren el corazón al que les sabe comprender y amar, porque ello es tanto como negar, en un plano puramente humano, hasta las raíces mismas de la amistad¹⁴¹.

“Los otros”, han de ser en todo momento la preocupación y el objetivo del seglar en el campo de sus actividades apostólicas, en el cumplimiento de su vocación, o en la realización de sus proyectos. Todo ello realizado a través de las estructuras temporales a que vive arraigado y en medio de los avatares de la vida moderna, en un clima de falsa libertad, puesto que hoy más que nunca el hombre vive esclavo de sí mismo y dependiente de su prójimo. Por tanto su misión se hace más difícil en cuanto tiene que afanarse por buscar la verdad, descubrir la senda de la única verdadera felicidad, entre un tupido ramaje que si no anda con perspicacia le puede conducir al desaliento o al espejismo de explorar caminos alejados de su meta. Y a la vez que atiende al enderezamiento de su vida, no cejar un instante de procurar la coincidencia con otros semejantes que es menester empujar hacia los mismos fines para que la humanidad logre su regeneración y Dios en las alturas bendiga

Misión del apostolado seglar

el uso que hacemos del libre albedrío que nos otorgó al crearnos.

Es cierto que hay que tener mucha audacia para emprender la conquista de un mundo que se halla en tales condiciones de amargura y desorientación. Pero también la tuvo Cristo cuando salió a desafiar con su doctrina el poder arrollador del paganismo romano. Y la tuvieron Pablo y Bernabé, cuando desde aquella primera iglesia de Antioquía se proponen la conquista universal con el objeto de rescatar al mundo descarriado y salvarlo. Lo mismo en la actualidad hay que gritar energicamente a los mortales que frenen sus ímpetus insustanciales y se aparten del camino de una muerte sin esperanza ni redención. Zarandeemos a los hombres indiferentes para que reaccionen en su vida inútil, y nos puedan escuchar a los cristianos lo mucho que tenemos que decirles¹⁴². Si no lo hacemos caiga sobre nosotros la culpa de la maldad humana.

El apostolado seglar ya no puede concebirse como una serie de bien alineados cofres guardando el paño de las virtudes cristianas en la intimidad del hogar por el temor de que se contaminen. Esta recomendación sería estéril y contraproducente. Actualmente necesitamos legiones de apóstoles saliendo a las calles con sus antorchas para iluminar las inteligencias y encender los corazones. Somos hijos de la luz, dice San Pablo, y debemos caminar como hijos de la luz. Nada de nebulosidades ni de posturas escurridizas en nuestras actuaciones. Al pan, pan, y al vino, vino. Cada cosa nombrarla por su nombre y a Dios hacerle partícipe de todas. Que nadie se llame a engaño sobre la postura que adoptemos. Ni que la calidad de cristiano sea excusa

para que nos creamos los intocables y los elegidos. Pues sólo el día del Juicio sabremos toda y la única verdad. Mientras tanto llega el momento de rendir cuentas finales, exhortemos a nuestros semejantes a procurarse el vínculo de la perfección humana mediante la caridad mutua. Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque la caridad procede de Dios. Esto es lo que hacían los cristianos de los primeros tiempos que seguían los mandatos de Cristo y los Apóstoles; pues, aunque fuesen de naciones diversas y aun contrarias entre sí, borrando el recuerdo de las discordias con un olvido voluntario, vivían en perfecta concordia. Por ello, tal unanimidad de mentes y de corazones chocaba de manera admirable con los odios mortales que ardían en toda la sociedad humana de aquel entonces ¹⁴³.

Yo amo a Jesucristo—decía San Alfonso de Liguorio—, y por eso ardo en deseos de darle almas; pero primero la mía, después las de los demás ¹⁴⁴. Esta es la mejor prueba de caridad, la que comienza por uno mismo. Por tanto, si queremos amar a nuestros enemigos, ya que también son hermanos en Cristo, iniciémonos amando de verdad a los amigos dando así una muestra de lealtad y de amistad sincera. Y es que los seculares en su apostolado—y, por consiguiente, en su plenitud de vida—tienen que practicar una cordialidad que les vincule en intimidad sobrenatural y humana con el prójimo. Es por lo que no podrán esgrimir otras armas que la de la verdad y la de la caridad. “El que coopera al apostolado de la Iglesia, coopera a la acción de Cristo en la sociedad, y el que coopera a la acción de Cristo, trabaja por el mejoramiento intelectual y moral de esta sociedad que, tendida a orillas del camino, bajo un cielo

nebuloso y triste, está esperando que el buen Samaritano venga a curar las heridas de su espíritu”¹⁴⁵.

LA INFLUENCIA DE LA ORACIÓN

Frente al materialismo imperante en nuestro siglo vayamos a la reivindicación de los valores espirituales. Estos son los únicos que pueden devolver a la humanidad la paz verdadera, que sólo irradian los seres que viven a Dios en su espíritu. Ya hemos visto que el bullicio, la confusión y la disipación del mundo moderno nos han apartado del camino de la verdad y de la vida. Volvamos a él renunciando a los oropeles y a los lastres de una sociedad envanecida y triste. Y exhortamos a que nos sigan todos los hombres de buena voluntad que sinceramente quieren instaurar a Cristo en sus corazones. Que vuelva a reinar entre nosotros con su esplendor el Espíritu Divino. Así ha escrito Alexis Carrel: “Lo espiritual aparece tan indispensable para el buen éxito en la vida como lo intelectual y lo material. A consecuencia de ello urge hacer en nosotros mismos, un renacimiento de aquellas actividades, que, mucho más que la inteligencia, dan su fuerza a la personalidad”¹⁴⁶.

Facilitará nuestra perfección apostólica para elevar el alma más a Dios el acto de la **oración**, que temple el espíritu y le ayuda a su supremo desenvolvimiento. Ella nos permitirá realizar el milagro de convertir nuestra fuerte tendencia de egoísmo en una concepción de la vida que tenga un sentido trascendente de la realidad y de las cosas, hasta el extremo que nos permita contemplar

como servicio cada una de las actuaciones sociales que llevemos a cabo, v. gr.: el matrimonio, la profesión. Aprenderemos orando a dar seriedad a las cosas sin perder por eso la alegría y la jovialidad de quienes se proponen gozar de una paz interior, porque lograremos en lo humanamente posible la conversión de la inmoralidad de toda clase—individual, familiar, social—, a una idea recta de nuestras obligaciones y a la exacta guarda de todas ellas ¹⁴⁷.

Recordemos las palabras de Cristo: “Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá.” Esto obliga sobremanera al seglar a tender por todos los medios a su perfección dentro de las posibilidades de su concreta realidad de hombre. Y vimos ya que se es tanto más hombre cuanto más arraigadas están las virtudes humanas en nuestra naturaleza, y podemos conseguirlo mediante un esfuerzo reiterado tendiente a ponernos en contacto con Dios por la técnica de la oración que, sobre todo, requiere la entrega auténtica de quien la efectúa tanto en mente como en sentimiento. Debemos, pues, crear el hábito de la oración entre los que se sienten con vocación de apostolado, pero que nunca se convierta en una práctica rutinaria, ya que entonces perdería toda su bondad y eficacia. La oración o el ruego hacia Dios ha de brotar de las profundidades del alma y elevarse hasta la inteligencia para despejarla de las malas inclinaciones, logrando de este modo una mayor compenetración con el espíritu de Cristo.

Le preguntaban al P. Ravignan qué había hecho durante su noviciado:—Eramos dos hombres en uno—contestó. Y durante mi noviciado no hice sino lanzar a uno de ellos por la ventana. De esta manera tan gráfica nos expresaba el venerable religioso la

enorme labor de formación propia mediante la renunciación de cuanto la naturaleza viciada le indicaba. Este es el secreto de la serenidad que suele inspirar la oración en quienes la practican con sincera intención de mejorarse para servir más útilmente a Dios. Un hombre de Estado, lleno de negocios, preguntaba a un señor obispo, harto ocupado también, cuál era la razón de su serenidad en medio de tanta balumba de ocupaciones. “Añadid a todas vuestras ocupaciones media hora de oración—contestó—y no sólo despacharéis más rápidamente los negocios, sino que encontraréis tiempo para otros”¹⁴⁸.

Sin conseguir nosotros previamente la renovación espiritual necesaria que nos sitúe en disposición de abrirnos a Dios y al prójimo, difícilmente podríamos lograr hallarnos en aptitud personal para desarrollar una actividad apostólica cerca de los demás. Y a esto es a lo que puede predisponernos la oración con éxito. Pues al orar nos revestimos de una confianza y seguridad sobrenaturales que nos da el sentirnos confortados y apoyados por Dios en nuestras peticiones y obras. Es la única posibilidad que tiene el hombre de establecer relación con la trascendencia a lo temporal, con el Ser que crea y sostiene todo lo que existe en el cosmos. Así vemos que el seglar en actitud orante sobreestima la realidad natural al ponerla al servicio de lo sobrenatural, considerando que Dios puede conseguir con su gracia la realización plena de nuestra naturaleza; por consiguiente, tiene poder suficiente para elevarnos a naturaleza perfecta si no nos dejamos arrastrar por el “ser desfalleciente” que todos los hombres llevamos dentro de sí.

Así, pues, la oración es imprescindible para quien se entrega a la actividad apostólica en razón de que

coadyuva a la perfección de nuestra naturaleza humana caída para proseguir la lucha por la causa divina en este mundo pecador. Y tan sólo el santo—ha escrito A. Rademacher—es capaz de la plena realización de nuestra verdadera naturaleza ¹⁴⁹. La oración es el eslabón necesario para alcanzar la santidad, puesto que es la puerta que se abre al hombre para llegar a la contemplación de Dios. “Un viejo campesino se hallaba sentado solo en el último banco de una iglesia vacía. ¿Qué esperáis?—le preguntaron—. Yo le miro—respondió el interpelado— El me mira” ¹⁵⁰.

Cultivemos, por tanto, la oración como medio de acercarnos a Dios para que nos dé fuerzas en nuestra actividad apostólica entre nuestros hermanos. El apostolado podrá santificarnos si sabemos ayudarnos de la oración, pues los santos de la hora presente tienen que ser batalladores y andarines como lo fué Teresa de Jesús y tantos otros. Porque la sociedad se dirige hacia nuevos tipos de santidad que han de forjarse en medio de los hombres contribuyendo a la perfección de la obra creadora divina. “Los santos de ayer han ensayado principalmente la manera de librarse de las criaturas; los santos de mañana enseñarán principalmente el modo de usarlas, no para hacerse esclavos de ellas, sino para hacer presente a Dios en la vida. Los santos futuros, más que penitentes, serán los reyes de la creación” ¹⁵¹.

Entonces, cuando nos hallemos empapados de Cristo en el recogimiento y ensimismamiento del tiempo dedicado a la oración, es cuando podremos hablar del valor divino de lo humano, puesto que nos veremos transformados en fieles representantes de su espíritu, dispuestos a volcar nuestra fe y op-

Misión del apostolado seglar

timismo incluso entre los hombres más insensibles y refractarios hasta hacerles sentir la emoción y la belleza de la buena nueva predicada. Así acabaremos con esa vieja tristeza y ese negativo pesimismo que corroe las entrañas de muchos seres humanos, a los que tenemos que devolver la sonrisa a los labios y la esperanza a sus corazones en una sociedad más perfecta.

LA ELOCUENCIA DEL EJEMPLO; TAMBIÉN CUENTAN LOS PECADOS DE OMISIÓN

Acabamos de hablar de la influencia de la oración en la formación del apostolado seglar y de su repercusión en los individuos sobre los que va a hacer labor de proselitismo, pues ella sirve para transmitirles un hábito de espiritualidad que es consustancial y previa a toda acción cristiana. Ahora nos toca ocuparnos de otro ingrediente apostólico que es por sí mismo más elocuente que el más bello escrito o fogoso discurso que se pudieran imaginar, por ejercer una acción persuasiva en el pueblo de efectos sorprendentes: es **el buen ejemplo en su vida del seglar** que se dedique al apostolado. Ha dicho Monseñor Hulst: “Quien se honra en ser cristiano y quiere pasar por tal, es deudor a toda la sociedad de sus buenos ejemplos; si no los da, no será él a quien se acusará; sino a la fe que representa”¹⁵². Y es que no interesa tanto el obrar, el moverse desmesuradamente y agitarse en todos los sentidos, sino la ejemplar conducta cristiana, que en el seno de vuestras familias y de la sociedad, cuyos miembros sois, rinda el testimonio de los hechos a vuestro multiforme apostolado”¹⁵³.

No existe mejor propaganda para una doctrina o una idea que a ella se ajusten en sus vidas los que dicen profesarlas, pues la hipocresía es algo a que tiene horror el hombre por eso mismo que es muy fácil topársela de bruces a cada paso; sin embargo, ya es más difícil encontrarse con individuos que sepan sustentar con sus actos lo que predicán en razón de que tal posición demanda aparte de una fuerte convicción en los ideales una vigorosa voluntad para sostenerlos contra viento y marea. Por eso, quien asegura el fiel cumplimiento de sus deberes individuales, profesionales y sociales (y, claro es, religiosos), también completa la eficacia de la influencia católica.

Hoy, que el descreimiento y la indiferencia religiosa han llegado a extremos insospechados, es más necesario que nunca la predicación con el ejemplo. El mundo está muy cansado de escuchar y hasta de seguir a falsos profetas y a los fariseos de todos los tiempos. Y, sobre todo, los cristianos que contamos con un martirologio de vida ejemplar tan nutrido y brillante, estamos más obligados que cualesquiera otros a ser auténticos representantes de la doctrina que profesamos. Así, pues, debemos poner de acuerdo nuestros principios con nuestra conducta, y nuestras acciones con nuestras creencias. Decía Paul Bourget: "Hay que vivir como se piensa; de otra manera, llegaremos a pensar como hemos vivido"¹⁵⁴. "Porque no son suficientes las apologéticas y los tratados teológicos, tan secos y cuadrículados algunos." "¡Demostradnos con vuestras vidas que Cristo vive!"¹⁵⁵.

De otra parte, máxima importancia tiene ser consecuente en la vida con las ideas que se proclaman en los momentos de adversidad, amargura y do-

lor. Ellos son los que forjan los verdaderos titanes de la Historia. Si la lucha diaria fuese un camino de rosas no habría razón para preocuparse en afianzar las creencias y en vigorizar las voluntades. Entonces el hombre sería una criatura sin méritos que presentar ante Dios. Precisamente por ocurrir todo lo contrario es por lo que se hace preciso encomiar al ser humano a que no se deje vencer por las contrariedades y reveses, sino que debe luchar con todas sus energías y con plena confianza en la Voluntad Divina para de este modo llegar a cumplir a plenitud con su destino de salvación eterna. ¡Que nunca escuchemos de labios seglares dedicados a la actividad apostólica las amargas quejas que exhaló un hombre de Dios como Jeremías!: “Tú me sedujiste..., tú eras el más fuerte y fui vencido. Soy de todos los hombres la irrisión, la burla del mundo entero... Oigo muchas maldiciones y por todas partes me amenazan: ¡Delatadle! Aun los que eran mis amigos me espían para ver si doy un paso en falso.. ¡Maldito el día en que nací! ¡Maldito el día en que me parió mi madre! ¡Maldito el hombre que alegremente anunció a mi padre: ¡Tienes un hijo! ¿Por qué no me mató en el seno de mi madre, y ella hubiera sido mi sepulcro y yo preñez eterna de sus entrañas?... ¿Salí del vientre de mi madre para no ver más que trabajos y dolor, y terminar mis días en la ruina?”¹⁵⁶. Así trata Dios a los hombres que quiere hacer fuertes para que sirvan de faro y paradigma a sus semejantes. De aquí que la mayor virtud del apóstol sea familiarizarse con el dolor a fin de evitar ser pasto de las flaquezas humanas que tan poco dicen a favor de su aspiración sobrenatural.

Mas el seglar-apóstol no sólo debe sentirse fuerte en la acción, en la ejecutoria de sus tareas, sino

también en la inactividad; no únicamente en el don de la palabra y sí al mismo tiempo en el silencio. Porque ha de saber callar con dignidad cuando lo exija su postura evangélica. De igual modo, ha de saber hablar cuando el no hacerlo le haría tan responsable moralmente como si hubiese actuado mal. Porque hoy día se dan por desgracia con demasiada frecuencia los **pecados de omisión**. Y el pecar por omisión es casi más deleznable que cuando se incurre en una acción desviada por la sencilla razón de que ello supone cobardía en quien se inhibe de opinar cuando en conciencia sea llamado a hacerlo. Esta clase de pecados están haciendo mucha mella en nuestra sociedad presente, porque constantemente se quieren encubrir bajo el ropaje de una acertada postura de prudencia. ¡Pobre virtud cardinal de la prudencia a que triste papel social pretende relegársele para disimular la cobardía intolerable de muchos hombres!

En verdad que es fácil y cómodo eludir una respuesta sobre un problema intrincado cuando hay obligación de hacerlo con el objeto de evitar después una recriminación si el parecer que se hubiera dado resultase equívoco. Es como el que nunca fracasa en los negocios porque jamás se atreve a arriesgar nada. Quizá después pretenda alardear de su perspicacia, cuando en el fondo es un cobarde y un frustrado porque carece de virilidad suficiente para enfrentarse con las situaciones espinosas de la vida; y esto lo intuye la sociedad a la que él trata de engañar bajo su falsa capa de hombre prudente; y por eso le rechaza y le desprecia en sazón de que su actitud pasiva es a todas luces infructífera y caduca, por cuanto que de generalizarse entre los hombres nos hallaríamos abocados a la ruina y al ocaso

por un quietismo y una inacción que no va con nuestra dinámica vital. Es por lo que hay que prevenirse contra el no hacer frenados por la prudencia, como si ésta no incurriese en herejía cuando se trata de frustraciones humanas y de esterilidades sociales.

Gracias a que no siempre triunfa la prudencia mal entendida el mundo sigue su curso evolutivo y existe una historia de las grandes personalidades humanas. Que no olvide esto el seglar que se dedica a la actividad apostólica tratando de evitar siempre no dar un buen ejemplo en su vida por lo que debe cuidarse de incurrir en los pecados de omisión. ¡Fruto, pide el Señor! ¡Fe operativa! Una fe que no se traduzca en obras; una fe que no conozca de sacrificios por los hermanos; una fe sin vigilancia, es la fe de las vírgenes necias que no entran en el reino de los cielos. ¡Muy vírgenes!, pero ¡muy necias! Les faltó el aceite: un pecado de omisión. La vida cristiana consiste en contribuir realmente al progreso espiritual de los fieles y, por tanto, al incremento de toda la Iglesia¹⁵⁷. No volvamos a incurrir en el error de cerrar a Cristo la entrada en nuestros corazones a la manera que lo hicieron quienes en la noche de su nacimiento le negaron posada a José y María, negando así la colaboración a la realización del plan divino.

Por ello, si la prudencia es una virtud también hay una santa imprudencia, que el seglar debe tener muy en cuenta en su apostolado para servir mejor a los fines del cristianismo. "Imprudencia es venir al mundo para ser la luz de él, y de treinta y tres años que había de vivir entre los hombres, pasar treinta completamente escondido. Imprudencia es, que un señor particular, sin autoridad oficial nin-

guna, ni religión, ni civil, se arme un día con un látigo y, por su propia autoridad, arroje del atrio del templo a los mercaderes que hasta entonces tranquilamente hacían ahí su negocio. Imprudencia es, y de las máximas, querer influir en el mundo, acabando la vida como un criminal, tratado de loco, pospuesto al peor malhechor y en el más horroso y humillante de los suplicios. Imprudencia, es, predicar que son bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren persecución y que precisamente es uno bienaventurado cuando le maldicen, humillan y calumnian. Imprudencia es, escoger para convencer al mundo a doce hombres de poca cultura y de tan pocos alcances, que, al acabar el aprendizaje con la vida de su maestro, todavía no sabían de qué se trataba y disputaban cuál de ellos sería mayor en el reino que esperaban se había de fundar en la tierra. Imprudencia fué, el pretender quedarse en la tierra bajo la forma de inerte pan para ser amado y adorado, el que apareciendo en la forma de hombre agraciado fué menospreciado por todos. Imprudencia fué mandar a revolucionar el mundo que se encontraba muy a gusto con su paganismo y pretender ganarlo para su causa por medio de unos pocos hombres sin cultura, sin riquezas, sin poder, sin recursos y que, además, debían proponer una doctrina que tenía el precedente de haber fracasado en el único sitio donde había sido predicada, que había acarreado la muerte a su primer predicador y se la acarrearía a los primeros emisarios. Estas y otras imprudencias santas encontramos en el Evangelio ¹⁵⁸.

III. RECRISTIANIZACION DEL MUNDO

Por doquier se insiste en que la actual sociedad vive apartada de un auténtico cristianismo, hablándose incluso del cansancio de los buenos—como lo hiciera Pío XII—al referirse a la vacilación y abandono de los cristianos en todas las esferas de la vida humana, faltando su presencia en el nacimiento y en la orientación de las estructuras nuevas, lo contrario de lo que sucedió en siglos pasados en los que ocupaban todas las posiciones claves, porque la humanidad entera se hallaba impregnada del hálito de la fe, que constituía su levadura¹⁵⁹. Y es que el mundo de hoy padece una enfermedad muy grave; la más grave, posiblemente, de cuantas le han aquejado desde la caída del imperio Romano. Un mal que habrá de serle de las más fatales consecuencias. No es la guerra, ni son las perturbaciones políticas, ni las económicas que a éstas se siguen. No, nada de eso. Esta enfermedad es el vacío interior, es la falta de profundidad, es la falta de fe en lo trascendental¹⁶⁰.

Este desquiciamiento religioso actual se debe a

que no se vive auténticamente el cristianismo, sino que, por el contrario, se practica sólo formalmente, con hipocresía, como los sepulcros esconden podredumbre debajo de sus blancas piedras. De idéntica manera, nos hemos hecho una religión interesada, de ostentación, en la que se busca “ser visto por los hombres”, tratándose de utilizar los privilegios de la vida sobrenatural para dispensarse de las obligaciones del deber humano ¹⁶¹. Nada de extraño tiene que ocurra esto, cuando el sentido religioso de muchos de nuestros fieles únicamente es el caparazón que recibieron de sus ascendientes, por la tradición de la rutina, a veces, del sentimiento; pero carente de vibración y de ansias renovadoras capaces de influir nuestra vida ordinaria y nuestra actuación profesional y pública ¹⁶².

Triste es reconocerlo, pero muy cierto el que actualmente tienen vigencia en nuestro tiempo tres plagas que son estos tres materialismos: el materialismo capitalista, el materialismo marxista y el materialismo religioso de la mayor parte de los cristianos ¹⁶³. A las personas que se mueven en estas desviaciones conceptuales y humanas les va como anillo al dedo la imagen de la Sagrada Escritura: son “nubes sin agua que los vientos se llevan: árboles de otoño desprovistos de frutos, dos veces muertos, arrancados de raíz, astros errantes” ¹⁶⁴. Podrían cantar, como himno suyo, estas expresiones del libro de la Sabiduría: “Paso de sombra es nuestra vida; no hay retorno de nuestra muerte, porque se puso el sello y nada vuelve; venid, pues, y disfrutemos de lo bueno que existe, aprovechémonos de lo creado; llenémonos de vinos exquisitos y de perfumes; no se nos pase flor de primavera; coronémonos de capullos y de rosas, antes de que se mar-

chiten; no hay prado que no corra nuestra gallardía; dejemos por doquiera señales de nuestra jovialidad, porque ésta es nuestra herencia y nuestra suerte”¹⁶⁵. O como expresa más descarnadamente el verso blasfemo de Enrique Heine: “Dejamos el cielo a los gorriones y a los ángeles. Nosotros queremos champán, rosas y la danza de las ninfas sonrientes...”

Obvio es que nos hallamos ante una sociedad terriblemente temporalista. No quiere saber nada de la eternidad, porque ésta conlleva muchas renunciaciones a las apetencias materiales que tanto gustan al animal que cada uno de los hombres llevamos dentro de nosotros. Es por ello, que de esta enfermedad no nos curarán ni las victorias militares, ni los planes políticos, ni los económicos, ni los movimientos culturales, ni ninguna fórmula médica por muy innovadora que ésta sea. La solución a este mal, sólo puede venirnos de arriba¹⁶⁶. Es decir, de un mundo en que penetren los valores del cristianismo inyectando su savia en la raíz de las cosas para que éstas hagan relación a Dios, sin la cual han perdido su fundamento, su justificación y su eficacia. Porque su referencia a Dios es lo que les da el valor renovador y progresivo¹⁶⁷.

Para encauzar la vida humana por los derroteros de Cristo establezcamos la referencia divina de las cosas propugnando una estructuración social teológica para que todos los seres se ordenen entre nosotros a Dios. Es lo que algunos han calificado de “retorno al Evangelio”; posición rechazada por Giovanni Papini, quien arguye que difícilmente se puede volver donde ninguno de nuestros antepasados—a excepción de los santos, pocos en número en comparación de las turbas exterminadas de las genera-

Misión del apostolado seglar

ciones—ha traspuesto el límite del Reino de los Cielos. Luego es imposible retornar al Evangelio, puesto que jamás hemos llegado a El, siendo el cristianismo un bien que no hemos querido aceptar. Por ende, no pertenece al pasado; tal vez pertenezca al porvenir en razón de que es la cosa más virgen y nueva en el mundo. La palabra del Evangelio tiene mil novecientos años; como efectividad práctica posee la virtud de un constante nacimiento. Es necesario que intentemos convertirnos, por primera vez, en cristianos ¹⁶⁸.

Esta conversión no supone tener que inventar nada para hacer del mundo una cristiandad auténtica; esto es, basta con lograr la recristianización de la sociedad, poniendo en acción un amor humano que se traduzca en obras; un amor que lleve a buscar la verdad, viviendo de acuerdo con sus cánones. Lo cual no es del todo fácil para una humanidad que la domina un ambiente de comodidad a la que, por lo general, se la sacrifica demasiadas cosas importantes. Luego faltan personas verdaderamente abnegadas que sepan renunciar a los halagos y comodidades del mundo. Salvo excepciones, podemos decir que la abnegación no es fruta de nuestro tiempo. Y éste es un principio en que el seglar debe insistir en hacer carne de su vida y de la de los demás, si es que sinceramente aspiramos a la recristianización de la humanidad.

SUPERACIÓN DE LA DECADENCIA RELIGIOSA

Se proclama a los vientos que el **cristianismo está viejo**, la Iglesia está deshecha. Que es un fruto seco en su interior aun cuando su exterior ostenta una

bella figura debido solamente al augusto color de su cáscara. Ciertamente que hasta hace quinientos años—dicen los que defienden esta tesis de la actual decadencia religiosa—conservaba su lozanía participando en la universal vida de los hombres. Pero vino el Renacimiento, la Reforma, la Revolución inglesa, la Revolución Francesa, la Revolución rusa, la Revolución industrial, la Revolución filosófica y ya la vida se ha retirado de la orilla del mar católico dejando en su lugar el paludismo e inhabitables cenegales. Motivo por el que los modernos sostienen que el catolicismo no se halla a la altura de los tiempos. Resiste aún, debido a su sólida osamenta de dogmas y jerarquías, un hermoso revestimiento de liturgia y de poesía, mas la fosa le ha sido cavada, la sentencia la tiene firmada y ya ha entrado en los estertores de la agonía ¹⁶⁹.

Replicamos a esta posición ideológica, que es inexacto pretender que la frivolidad es producto privativo de nuestros tiempos, de nuestros hombres y de nuestras mujeres. Si es que queremos ver en el aumento de la frivolidad la causa de la decadencia religiosa. Porque la trayectoria que aquella ha recorrido hasta adueñarse de nuestra época no es tan corta. Ni tampoco el período de revoluciones ha secado las fuentes vivas del cristianismo que tiene reservas perennes por su mensaje evangélico de eternidad. Lo importante, como decíamos en el epígrafe anterior, es que el hombre se decida a dar el paso de vivir con autenticidad clásica la doctrina viva de Cristo. Por eso, es falso—como ha sostenido Benedetto Croce—que la heredera del cristianismo es la moderna civilización laica, que ha tenido el mérito de absorber cuanto merecía serlo de la revolución de Cristo, rechazando al mismo tiempo

todos los elementos religiosos. Por ello—según esta teoría—, la Iglesia católica ya no tiene motivo para sobrevivir; está al filo de la muerte; pues no representa al cristianismo operante en la civilización moderna, sino a un cristianismo arqueológico y retrógrado, bueno para los nostálgicos o para los ignorantes. Es decir, de acuerdo con la actitud de Croce, se puede ser verdaderamente cristiano aboliendo la Iglesia y los dogmas ¹⁷⁰.

Tratar de construir un cristianismo ateo supone no haber penetrado con afán de investigación seria en la esencia cristiana que es fundamentalmente religiosa, hasta el punto que si le faltara esta cualidad tendríamos cualesquiera otra posición ideológica menos la de Cristo. Pues para el cristiano El no es tan sólo un hombre maravilloso y genial, sino, ante todo y sobre todo, es el Hijo de Dios. Luego lo que El predicó y legó a la humanidad como su doctrina tiene que llevar necesariamente el sello de Su Divinidad. A esta eterna impronta se debe la grandeza de sus principios y la permanente vigencia de su contenido. De haber sido de otra forma, la doctrina cristiana hubiese sido ya pasto del olvido trocándose en polvo al correr de los tiempos, como ha sucedido con las más excelentes conquistas de los hombres en la Historia. “El Cristianismo es el Verbo de Cristo, conservado y difundido en su integridad por los Apóstoles y después por Roma; y el Verbo es Dios Encarnado, Cristo es Dios y es Hombre; es el Crucificado y el Resucitado, sin escindir la derrota de la victoria. Crucificado por amor, glorioso por amor: Cristo es el Amor. Sólo sobre estos fundamentos es posible una concepción auténtica del Cristianismo y de su función en la historia de la civilización” ¹⁷¹.

En cuanto a la otra cuestión planteada de que el aumento de la frivolidad ha desfondado a muchos cristianos, no afecta de ningún modo a la esencia del cristianismo que, en cierto modo, sigue virgen en su aplicación universal conforme a la posición adoptada por Papini. Pero decíamos que la frivolidad ha tiempo que surgió. Arranca en el paganismo refinado de Grecia y Roma, que al desconocer el alma exaltaron el cuerpo y los bienes temporales. El cristianismo, con su lección de trascendencia, enseñando a vivir con la mira puesta en el cielo, dió a la vida un peso que hasta entonces había desconocido. Por eso en el cristianismo primitivo y aun en el de la Edad Media hay tan pocos síntomas de frivolidad como fenómeno colectivo. Hoy puede decirse que la frivolidad se ha hecho un mal endémico y será difícil borrarlo del mundo ¹⁷².

Por eso frente al contagio de la frivolidad que lleva a autores serios como Benedetto Croce y tantos otros a elaboraciones doctrinales sobre religión de una pasmosa ligereza, conviene insistir en la renovación de la vida cristiana como medio de superar la actual decadencia religiosa. Para ello tenemos los cristianos que adaptarnos a la vida moderna sin traicionar lo que de eterno hay en el mensaje del Redentor, para así volver a recuperar la eficacia y la influencia individual y social que tuvimos en otros tiempos. A este fin, el seglar dedicado a la actividad apostólica ha de revisar criterios, procedimientos y conductas. Si el Papa dice que la renovación ha de ser total, justo es que preceda a ella una revisión también total ¹⁷³.

Y ante los temores de quienes presagian la desaparición en breve del cristianismo de la faz de la tierra, es necesario responder con Papini, que una

Iglesia que cobija trescientos millones de hombre, y que constituye el más grande imperio religioso que jamás haya visto la tierra, no demuestra, por lo pronto, su próxima y total desaparición. Aun suponiendo que los dos tercios de los católicos son únicamente de nombre, católicos por tradición familiar o por conveniencia, quedarían siempre cien millones de buenos creyentes: un ejército que no puede ser exterminado de la noche a la mañana ¹⁷⁴

EL PODER HUMANO DE LA GRACIA

Todo cristiano ha de partir de la doble dimensión de su vida: una de tipo natural o social y la otra de orden sobrenatural. Por eso la individualidad es el sustrato material del hombre mientras que la espiritualidad es la raíz última de la personalidad. Porque el hombre se hace persona, adquiere una trascendencia a lo temporal. Es por lo que todo ser humano es superior a la sociedad política; su vida se proyecta en lo eterno. Pero, además, el hombre es un “ser desfalleciente” como consecuencia del pecado original; es decir, que ha perdido el equilibrio armónico de las facultades con que Dios le dotó al crearle. Ya las facultades inferiores no se encuentran subordinadas a las superiores; o lo que es lo mismo, la razón no tiene sometidas a su imperio las facultades sensitivas y vegetativas. Luego, desde el momento de su caída el hombre perdió su paz interior, motivo por el que continuamente ha de esforzarse por recobrarla luchando y creándose hábitos que le conduzcan hacia el estado de perfección que tenía en el período anterior al pecado. Fue después cuando a la paz de dentro sucedió la guerra,

y a la subordinación la rebeldía. San Pablo lo decía: “No hago el bien que yo quiero, y hago el mal que no quiero... ¿Quién me libraré a mí de esta muerte? Gracias a Dios: “Jesucristo Nuestro Señor”¹⁷⁵.

Mas para que Dios acuda en nuestro auxilio es menester que nosotros, los hombres, acudamos antes a El depositando nuestra plena confianza. “Es completamente justo—escribe Alexis Carriél—implorar el auxilio de Dios para obtener aquello que necesitamos. No obstante, sería absurdo pedir la realización de un capricho o aquello que depende de nuestro esfuerzo. La petición constante, obstinada y tenaz obtiene un feliz resultado. Un ciego sentado a la vera de un camino lanzaba sus súplicas en voz cada vez más alta, a pesar de que las personas que le escuchaban le ordenaban callar. “Tu fe te ha curado, le dijo Jesús al pasar”¹⁷⁶.

La ayuda sobrenatural nos la presta graciosamente Cristo mediante la Gracia, siempre que observemos una profunda vida espiritual. Por eso la primera formación que el joven necesita es la de su espíritu cristiano. Ella es el alma de todo apostolado y la base necesaria de toda acción. Por este medio alcanza la vida de Gracia, o sea, atrae las bendiciones de Dios, sin cuyo apoyo toda obra es inútil. Si el seglar no cosecha fruto en su trabajo se consolará con la garantía de la recompensa que le aguarda. Si lo cosechara no podrá engreírse, “porque sin Mí nada podéis hacer”¹⁷⁷, y “nadie puede venir a Mí si el Padre que me envió no le atrae”¹⁷⁸, ya que “ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que es el que hace crecer”¹⁷⁹, “no porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún pensamiento, como de nosotros mismos: sino

que nuestra suficiencia viene de Dios”¹⁸⁰. Por tanto el seglar dedicado a la actividad apostólica después que se llene de la Gracia habrá de difundirla entre sus semejantes, siendo el imperativo categórico de su vida, como lo fué de Cristo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia”¹⁸¹.

Esta unión del seglar-apóstol con Cristo es la única garantía posible para que su acción sea fecunda y su esfuerzo fructifique en bien propio y en bien ajeno, llevando todas las cosas a El. “Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado, es preciso la gracia divina, gracia que el apóstol no recibe si no se une a Cristo. Solamente cuando hayamos formado a Jesucristo en nosotros, podremos formarlo en las familias y en la sociedad. Cuantos participan en el apostolado deben tener una verdadera piedad”¹⁸². Así, viviendo el seglar en gracia de Dios establece su filiación divina, y con ella la Comunión de los Santos y la bendita fraternidad cristiana.

Sólo entonces ha llegado su hora de perfección cristiana, logrando que su naturaleza humana caída se oriente hacia Dios y le viva, le encarne en sus pensamientos y en sus obras, hasta llegar a la armonía y equilibrio en su ser que le faltaba antes de vivir el don de la Gracia. Es cuando puede estar en disposición de verterse en sus semejantes para agradecerles con generosidad del mismo beneficio divino que él ha recibido. Toda su mente y su ser se transfigurarán por haber conseguido el dominio de sus potencias inferiores, orientando ahora su vida a una misión abnegada de apostolado y de salvación. Ya libre de las lacras humanas, sometido el animal que llevamos dentro, su rostro y su vida entera reflejan el optimismo que le embarga en su

loable tarea de hacer carne de Cristo incluso a los que alardean de odiarlo, proyectando siempre en su torno el fuerte amor que le sacude e impele a ser siervo fiel de Cristo. “En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis”¹⁸³.

He aquí **el poder humano de la Gracia** inyectando de divinidad la vida entera del hombre hasta colocarle en situación de que consiga el dominio de sus tendencias egoístas y se entregue amorosamente a buscar el bien de su prójimo mediante la instauración del Reino de Dios. Podemos decir que la gracia divina es el ingrediente necesario para que la naturaleza humana llegue a su plenitud de hombría, de ser. Y es que el hombre se perfecciona por la ayuda sobrenatural, adquiere conciencia de sí mismo y se inviste de un auténtico poder: el que nos da siempre el estar respaldados por Cristo.

Ultimamente se ha señalado por el Arzobispo de México el peligro de que las almas bajen del plano sobrenatural, humanicen su vida, afirmando que “el alma humanizada es de una mediocridad insostenible”, y que “por este camino se nos ha esfumado el espíritu y humanizado la vida”¹⁸⁴. Es frecuente—dice Enrique Miret—, de encontrarse en esta cuestión con dos extremos igualmente equivocados: el de aquellos que olvidan demasiado lo humano, y el de otros que se acuerdan demasiado de ello¹⁸⁵. Empero, no debe enfocarse el planteamiento en el sentido de que haya incompatibilidades entre lo divino y lo humano, puesto que ya hemos dejado arriba patente como lo humano necesita de lo divino para perfeccionarse y ser incluso más humano, sin que por ello se menoscabe la trascendencia del alma que siempre cumple su función cerca del cuerpo sin descender de su rango espiritual y, por ende,

superior. Tampoco es admisible la posición contraria que llega a una volatilización del cuerpo como si no fuese algo sustancial al hombre, y por consiguiente, necesario para la existencia de lo humano.

Positivamente la Iglesia reconoce el valor de las cualidades naturales. Todo aquello que es bueno es aceptado y sublimado en la concepción cristiana de la vida. Todo lo que es cristiano es también humano; pero no viceversa, cuando lo humano se aparta del orden teológico establecido por Dios y cae en el desbarajuste de dejarse arrastrar por las inclinaciones desordenadas que se producen en su seno. Luego queda claro que el edificio de la vida espiritual se apoya en la naturaleza, que, como observa Santo Tomás, “no es destruída por la gracia, sino que es perfeccionada”. En otras palabras: “La gracia no destruye, sino supone y perfecciona la naturaleza como lo perfecto lo perfectible”¹⁸⁶.

Dejamos, pues, sentado con la mejor intención de claridad, las bases sobre que han de establecerse las relaciones entre lo divino y lo humano y la trascendencia que juega la gracia en la vida del hombre y, muy especialmente, en la del cristiano, que no sólo quiere vivir de acuerdo con el Evangelio, sino también dar testimonio de El. Por tanto, no caben aquí exclusiones innecesarias, porque el hombre vive en el mundo y camina en su ascensión hacia el cielo. Aspira a Dios en medio de una senda de abrojos. Sería una estulticia, por ello, desconocer lo que le une a la tierra, la que fué hecha para nutrirle y de cuyo barro salió por el hálito divino. De aquí la importancia de las palabras de Peguy: “No basta despreciar lo temporal para elevarse a lo eterno. No basta despreciar la naturaleza para elevarse a las alturas de la gracia. Es error propio de

la gente devota. Como no gozan de las fuerzas de la naturaleza, creen poseer las de la gracia. Como no tienen energías para lo temporal, creen estar penetrados por lo eterno. Como no poseen arrestos para ser del mundo, creen serlo de Dios. Como no tienen decisión para amar al hombre, creen amar a Dios. Pero Jesucristo mismo se hizo hombre”¹⁸⁷.

CARÁCTER UNIVERSAL DE LA ACCIÓN SEGLAR

El crecimiento de la vida cristiana es constante porque de lo contrario sería señal de que le faltaba el poder de la Gracia. Esta hace que aumente el número de almas que alimentándose de Jesús, se transformen poco a poco en El. Así ellas después luchan tenazmente por su triunfo en el mundo, por la soberanía de Dios en todas las cosas, para transformar aun el mundo mismo de humano en divino en todas sus estructuras¹⁸⁸. Sólo este continuo avance de la naturaleza humana hacia el Reino de Dios mantiene en nosotros la esperanza de que aun a pesar de los hombres que viven apartados del camino del bien, será posible algún día llegar a una sociedad más perfecta si los que verdaderamente sienten a Cristo en sus venas y en su corazón, persisten con denuedo en su apostolado en todos los terrenos de la vida humana, individual y social, tratando de abarcar a todos los sectores que requieren de la contribución evangélica: apostolado al servicio del matrimonio cristiano, de la familia, del niño, de la educación y de la escuela; en pro de los jóvenes y de las jóvenes; apostolado de caridad y de asistencia bajo sus aspectos hoy innumerables; apostolado para una práctica mejora de los desórdenes so-

ciales y de la miseria; apostolado en las misiones o en favor de los emigrantes; apostolado en el sector de la vida intelectual y cultural; apostolado del juego y del deporte; por fin, y no es cosa pequeña, apostolado de la opinión pública ¹⁸⁹.

El desarrollo de esta ingente obra de apostolado que se multiplica cada día por las exigencias de la sociedad moderna, requiere para su mejor encauzamiento que se realice a través de una organización tan acabada como la Acción Católica y en otras instituciones aprobadas por la Iglesia. Pero los caminos que llevan a Cristo no es menester que estén trillados y con mojonos; a campo traviesa y con mucho corazón y espíritu se puede llegar lo mismo. Luego puede haber—y de hecho los hay—apóstoles seglares, hombres y mujeres, que piensan en el bien que hay que hacer, en las posibilidades y los medios de hacerlo; y lo hacen preocupados únicamente por ganar almas para la verdad y para la gracia. Porque de lo que se trata, en definitiva, es de enseñar en su derredor la doctrina cristiana, instruyendo en la vida religiosa y en la precisa manera de pensar en cristiano, exhortando a la frecuencia de los sacramentos y, especialmente, a la devoción eucarística. Vosotros veis a todos estos seglares empeñados en su trabajo; no os preocupa el preguntarles a qué organización pertenecen; más bien admirad y reconoced de buen grado el bien que hacen ¹⁹⁰.

No puede ser más contundente la advertencia del Pontífice sobre la acción apostólica. Por el Reino de Cristo hay que trabajar abiertamente y sin dobleces ni preferencias; pues no es cosa de los hombres dividir y seleccionar, sino aspirar a aunar los esfuerzos para que la obra de Dios en la tierra sea más fecunda y de mayor extensión. De aquí que no

quepan entre los seculares los “celos de grupo”, porque los afanes de la obra redentora se aplicaron por igual a los sabios y a los ignorantes, a los ricos y a los pobres, a los judíos y a los gentiles. No contaminemos el apostolado con pretensiones egoístas y de amor propio. No estemos únicamente atentos al índice de crecimiento de nuestras organizaciones o a los puestos escalados en la sociedad por los miembros de nuestro “grupo”, con evidente menoscabo de nuestra misión de cooperación a la obra de salvación de las almas ¹⁹¹.

Así que es de todo punto contraproducente dedicarse a empequeñecer el Cristianismo pretendiendo “acaparar” almas para un mezquino apostolado personal, cuando todos tenemos un campo extenso y grandioso en que poder trabajar, y en él nadie tiene derecho a monopolizar parcelas para su particular actuación. Tengamos “espíritu de cuerpo”; pero que sea el Espíritu del Cuerpo Místico de Cristo. Dejemos de capillitas y pequeños grupos que son miopes para la visión de conjunto. Alcemos los ojos por encima de las fronteras. No podemos dedicarnos a ganar a los hombres para una minúscula fracción o partido, sino que tenemos que ganarlos para Cristo. Somos universales ¹⁹².

Los tiempos de ahora en los que el marxismo ha lanzado la consigna: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”; no son para permanecer aislados o encerrados en pequeños grupos. Vivimos la época de los apóstoles, de la levadura en la masa ¹⁹³. Por eso si queremos ser fieles a la hora presente y a las indicaciones de la Iglesia, hemos de comprometernos a la construcción de un mundo nuevo y mejor, tareas que nos corresponde a los laicos. Empresa que exige de nosotros presionar sobre el ambiente

actual hasta adaptarle de manera que se abra a la siembra del Evangelio, cambiando las costumbres y la mentalidad de las gentes, a fin de hacer el mundo favorable al desarrollo de una vida humana y cristiana. Y esta labor ingente no puede ser fruto ya del simple testimonio personal—aun cuando siga siendo una condición necesaria—, porque hoy día el esfuerzo aislado no basta, es insuficiente; ni tampoco de la actividad de grupos dispersos e inconexos, sino que se precisa una acción concertada, según un plan, en la que intervengan todos **los seglares con espíritu ecuménico**, como corresponde a la naturaleza universal de nuestra Iglesia.

HITOS Y VALORES

I. HITOS

ABANDONO Y ENTREGA (SEÑOR, ¿DÓNDE MORAS?)

Este pasaje del Evangelio de San Juan resalta la capacidad de abnegación de los discípulos de Cristo.

Quizá a quienes procedemos del “mundanal ruido” el contraste de luces que se nos presentan al principio cuando nos recluimos en un ambiente claustral, puede que nos deslumbre. Estamos ante los mundos de la luz y de la sombra. Aquí afuera, entre las gentes, todo es ruido, bullicio, mentira, si queremos decir verdad; allá, en el ambiente recolito de las bóvedas del convento, destaca el silencio, la serenidad de ánimo, la tranquilidad del alma. Por eso, al meditar acerca de esta contraposición de conceptos, acudimos a dos vocablos que por sí solos definen la pericia de estos mundos respectivos: el abandono y la entrega.

Puede que nuestras denominaciones se acerquen bastante a la veracidad, que no siempre es la exactitud rigurosa que exigen las matemáticas. El hom-

bre ha comprobado que el Robinson Crusoe es un mito histórico, carente de proyección real por cuanto el hombre solitario niega las exigencias de la naturaleza humana, desde el momento que en su soledad está haciendo gala de las vestiduras que adquirió en y de la sociedad. De aquí que al percartarse de tan gran verdad, se vierta locamente en la sociabilidad sin cuidarse de guardar las distancias con su prójimo que requiere toda exigencia espiritual vivida, y busca sin escrúpulo y sin tino el contacto de los cuerpos hasta producir la sacudida eléctrica que despierta en él la entrada en juego del factor pasional. Los hombres se olvidan en este momento de aquella afirmación tan sabia de San Agustín a propósito de la naturaleza de los placeres mundanos, cuando decía “que causan un sinsabor verdadero, una alegría falsa, un dolor cierto, y un goce incierto”. Y así, ante lo placentero del primer momento del abandono del cuerpo en la ola de los tiempos y el cieno de las pasiones, ya la razón queda ofuscada para pensar más en la vida interior humana, en las necesidades del alma. Es entonces cuando se recurre al subterfugio de montar una vida artificial que cubra las apariencias y satisfaga las exigencias diarias de la vida sin poner la vista en el mañana, en lo que puede reservarnos el futuro.

Es decir, quedan ya pocos Rolandos por este mundo de Dios que volviendo sobre sus pasos se decidan gustosamente a abandonar una vida disipada en el afán de entregarse a la búsqueda de una vida auténtica, acongojado por los vanos pensamientos que se le sugerían después de una noche de orgía: “¿Si tan lleno de melancolía me hallo—exclamaba—después de un día de placeres y mayores gustos, como voy a esperar alegría en este mun-

do?... ¡Este corazón no fué creado para los deleites de la tierra, sino para los goces del cielo!... ¡Oh mundo engañoso que estás lleno de vanidad!”

A pesar de estos ejemplos, son los menos quienes se deciden a seguir este camino, porque él está lleno de asperezas y sacrificios sin fin. Muchos son los llamados y pocos los elegidos, pues se necesitan voluntades fuertes al servicio de una causa divina. Siempre los inicios de una empresa noble y bella son duros, suponen una cuesta arriba difícil de culminar, casi imposible de escalar si no acude en nuestra ayuda quien tiene poder para ello. Y es en el continuo desvivirse que impone inexorablemente un destino vivido con alutra espiritual, cuando se amplían considerablemente las posibilidades de vida interior.

Ya tenemos frente a frente los dos mundos: el de la carne y el del espíritu. El de las satisfacciones materiales y el de las espirituales. El del cuerpo y el del alma.

También hemos hecho referencia al ambiente propio para cada uno de ellos. Y ambos conviven en la vida humana: el alma, como hálito divino; el cuerpo, a manera de vestidura. Por algo el ser humano es un compuesto de materia y espíritu, de bestia y ángel.

Sigue, pues, la senda del mal y satisfacerás tus sentidos, tus mezquindades, tus apetencias terrenas. Toma la del bien, y alegrarás tu alma. Abandónate en el cieno o entrégate a los designios de Dios.

RAYOS DE LUZ (LA GRACIA DIVINA)

Pareciera que la humanidad en su conjunto, sin entrar en disquisiciones, causara la impresión de una gran nebulosa en la que semejaran idénticas la totalidad de las cosas. Es decir, lo más que acertaríamos a distinguir, después de concentrada nuestra atención, serían dos clases de seres: los que se mueven con afán de entrega hacia Algo, en una palabra, Dios; y los que se abandonan al fluctuar de la vida. He aquí los dos mundos de que ya hablamos en otra ocasión.

Sin embargo, aun conseguido este discernimiento entre las cosas del universo y la consiguiente captación de los fines a que tienden en la vida, no por ello logramos disipar del todo la neblina que confunde nuestra vista cuando nos enfrentamos con la magnificencia del cosmos, si por otra parte, intuimos la necesidad de penetrar en los arcanos del misterio que nos rodea con un deseo muy justo de llegar a explicaciones más explícitas, puesto que la apariencia sólo nos descubre o que las cosas son buenas o son malas.

Empero este razonamiento natural sobre la calificación de las cosas nos deja un tanto confusos, por cuanto parece conducirnos a un círculo vicioso. Los valores absolutos son incomprensibles para nuestra naturaleza; esto es, cierto que los presentimos, que experimentamos un dolor o una contrariedad cuando ellos son desconocidos y vulnerados, pero nos resulta harto difícil definirlos, concretarlos de manera precisa desde nuestra posición subjetiva, de tal modo que sobre ellos existen las interpretaciones más variadas (v. gr. Dios, la Belleza, el Derecho natural). No obstante, esta gran comprobación se

explica, a nuestro modo de entender, porque si la razón humana en su finitud estuviera en capacidad para captarlos en toda su plenitud, se darían uno de estos dos fenómenos: o la inteligencia humana cesaría de ser limitada o dichos valores perderían su característica esencial de grandeza absoluta, con lo cual ya no serían tales, sino que, por el contrario, pasarían a la categoría de relativos, de la misma manera que, en el primer supuesto a que nos referimos, el hombre se elevaría a la posición de Dios.

Por eso, allí donde la razón es incapaz de llegar por sí sola, porque es superior a su raciocinio, el poder del misterio y la maravilla de lo creado, puede no obstante vislumbrarlo si en su ayuda acuden los rayos de luz que exhala el hálito de lo Divino.

Entonces, cuando encontremos que en nuestras vidas el intelecto no acierta a discernir determinados problemas, que la razón se cansa o se ofusca en su denodado empeño, no nos esforcemos vanamente exponiéndonos al extravío o a desvirtuar el auténtico pensamiento de lo que con tanto anhelo buscamos. Por el contrario, acudamos en estos casos a suplicar humildemente la ayuda de ese "algo" Todopoderoso; pues nuestra propia debilidad e insuficiencia son la mejor prueba de su existencia. El hombre por sí solo, ni puede crearse, ni desenvolver su vida, ni salvarse. Ya nos advierte una sentencia divina, que en el mundo todos es "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida".

Mas la mayor o menor abundancia de esta "gracia" divina tan necesaria para alcanzar nuestro afán de redención, depende en buena medida de nuestras buenas obras y acciones, con lo que se atrae sobre

nosotros estos rayos de luz o lluvia divina de celestiales dones que Dios nos concede gratuitamente. Para ello debemos proponernos aliviar con imperio de justicia y de caridad los sufrimientos de los menesterosos y desvalidos; hemos de preferir a las cosas caducas de este siglo los bienes impercederos que existen para mayor gloria de Dios; y aceptaremos con alegre resignación los trabajos y adversidades de la hora presente. Porque así—como ha dicho Pío XII en la Encíclica **Mystici Corporis Christi**—, según el Apóstol, cumpliremos en nuestra carne lo que resta que padecer a Cristo, en pro de su Cuerpo místico que es la Iglesia.

BUSCANDO LA SERENIDAD

Es curioso contemplar en las grandes ciudades cómo la gente se mueve—entre artefactos técnicos de toda especie— atolondrada y neurótica, con signos visibles de haberse esfumado la personalidad individual de cada cual para quedar reducido a simple muchedumbre amorfa. No es extraño, por ello, que se multiplique el furor de las urbanizaciones residenciales, con hoteles cercados por vallas y rejas y con un pequeño jardín como añoranza del contacto con la bella natura, adonde los hombres van a buscar la soledad y la paz de su alma que les niega el bullicio alocado de la vida moderna.

La familia de nuestro tiempo se desplaza del campo a la ciudad buscando la distracción, el mejorar de vida e incluso—las más de las veces—el vicio. Llegará el momento, si así continúan las cosas, en que los campos queden desolados por no haber brazos que los quieran trabajar atraídos por el espe-

jismo de las capitales; y, al mismo tiempo, tenemos el fenómeno de los habitantes de éstas que empiezan a huir del corazón de las mismas para irse a residir a las afueras, a su periferia, con el propósito de hallar tranquilidad conque solozar el espíritu mortificado y machacado en la lucha diaria.

Así que unos van y otros vienen en el **mare magnum** de esta incomprensible vida humana. Pero es lo cierto que, sólo el hombre que posea frente a la ventana de su aposento el lienzo del paisaje fresco y exuberante con olor a tierra húmeda del campo, está en disposición de ensimismarse y revivir en sí mismo todos los dones del cielo. Por algo el azul de la bóveda celeste llega a un punto en que se confunde con el verde de las llanuras o de las montañas, como conjunto armónico sublime que evoca la grandeza de la Creación y la magnificencia de su Autor. Únicamente se hace el hombre capaz de recobrar toda su entereza de ánimo, cuando subsumido en las manifestaciones puras de la naturaleza se eleva a las más altas esferas de la espiritualidad extasiado por lo maravilloso de la obra divina. Aquí es donde encuentra la verdadera paz.

Decimos paz verdadera, porque va acompañada del sosiego del alma, y, a la vez, se halla exenta de la turbulencia interior que lleva consigo siempre lo que es aparente tranquilidad o paz ficticia. Este hecho es además palmaria manifestación de la trascendencia que en la vida humana juega el ambiente. Ese ambiente que agosta sin misericordia la flor fresca y lozana y ese otro que da vida al raquíptico tallo convirtiéndolo en arbusto de ancha y tupida copa de flor y de abundantes frutos y sombra. Del mismo modo que el hombre, expuesto a los vaivenes de la vida y al fluctuar de los espacios, sufre el

impacto de lo que le rodea cuando carece de un fuerte caparazón de serenidad que resista y repela con éxito las embestidas de la acción social perniciosa. Por eso debe agarrarse a su fe con esperanza de salvación, tratando él de influir en su exterior y no esperar a una adaptación peligrosa. Es por esto que el hombre de fe—como dijo Pío XII en su mensaje de Navidad en 1943—, consigue una serenidad interior, una confiada fortaleza moral, que no sucumbe ni siquiera ante los más crueles sufrimientos.

Así la Historia vence a la Geografía y el hombre a la naturaleza, cuando él busca la serenidad de espíritu y la encuentra. Aquí nos diferenciamos del animal y de la planta. La serenidad humana que podemos gozar no es motivada sustancialmente por el ambiente en que vivimos sumergidos, por cuanto tenemos capacidad para sustraernos a él y recogerlos en la interioridad de nuestro espíritu. Resulta un tanto extraño, pero está dentro de las posibilidades. el que una planta hermosa alegre la triste y sucia vida de un cenegal. Por tanto, la cobertura que nos circunda influye nuestra vida en tanto en cuanto lo deseamos y consentimos. Es decir, la serenidad de espíritu proviene de la vida interior, del ambiente íntimo que vivamos. Porque el ambiente vital es peculiarísimo a cada uno de los mortales: se perfecciona a puro esfuerzo y sacrificio. Y la proyección exterior, no es más que mero reflejo de nuestro yo íntimo. Porque cada uno de nosotros es como quiere ser, poniendo en juego el pensamiento y la voluntad.

RENOVACIÓN

Cuando la sociedad humana se enloda hasta el extremo que fallan los principios morales rectores que sirven de faro a toda organización social, no se puede pensar en una solución de paños calientes o en un lenitivo suave que no cale hasta lo hondo del ser humano para hacerle reaccionar virilmente. Pero, la forja de un mundo futuro mejor, en el que no pueden tener cobijo ni las rencillas ni los odios, es difícil conseguirlo con una subversión revolucionaria, a no ser que la podredumbre política del Estado sea tan alarmante que haya serio y racional peligro de que si no se acude a este radical remedio acabará por perderse incluso lo poco bueno que reste de contagiarse. Porque, en principio, todo hecho revolucionario lleva aparejado una serie de acontecimientos (pérdidas de vidas humanas, destrucciones irreparables, etc.) que aconsejan prudencia y tacto a los hombres antes de que se decidan a desatar de este modo las pasiones, cuando una vez sueltos los jinetes de la Apocalipsis resulta casi imposible retornarlos al cauce de la medida y la moderación.

Obyio es también que, si acogemos con recelo la primera vía que acabamos de contemplar para resolver una encrucijada histórica, aun goza menos de nuestra simpatía tratar de atajar una desviación social de diagnóstico grave con reformas someras que a todas luces permitan la continuación de la raíz del mal de las cosas preexistentes, en los momentos en que el edificio nacional esté siendo socavado en sus pilares fundamentales. Pues lo importante—en esos casos—, no creemos consista en empezar trastocando esto o lo otro, sino en ensayar un

llamamiento al orden al individuo, como hombre y ciudadano. Sólo en el supuesto de que éste fracase y, por consiguiente, el desvarío colectivo siga avanzando a pasos agigantados, cabe decidirse por echar mano de fórmulas más tajantes y atrevidas con el firme propósito de contar en el más corto plazo con una nueva conciencia social que permita realizar los cambios políticos que hayan de devolver la paz y la concordia a los corazones de los hombres.

La perfección moral y cívica de una comunidad nacional no puede alcanzarse por generación espontánea. Toda obra de proyecciones históricas necesita hombres que la sirvan con plena convicción ideológica y con entereza de ánimo. Cuando éstos existen dispuestos a los mayores sacrificios por un ideal, su ejemplo arrastra a los demás mortales con rapidez increíble y con interés creciente. Porque el progreso espiritual y material de la humanidad sólo se ha logrado hasta ahora con el esfuerzo denodado y entusiasta de unos pocos, de los elegidos y convencidos de una causa auténticamente humana y popular. Es por esto, por lo que la Iglesia siempre ha contado con grandes innovadores en sus filas entregados con abnegación y coraje a las empresas más trascendentales de nuestra humanidad. "Tomás de Aquino en el orden de la cultura, y Vicente de Paúl en el campo social, fueron notables ejemplos de auténticos e intrépidos innovadores cuyas iniciativas dieron lugar a cambios fundamentales en la historia de la civilización. Durante muchos siglos, el progreso temporal en el mundo ha sido favorecido por los santos" ¹⁹⁴.

Y es que el hombre debe formarse su ambiente con una vida interior de sacrificio y goce espiritual. Necesita concentrarse en sí mismo con la intensidad

incluso del éxtasis, a fin de que sea capaz de hacerlo con serenidad y objetividad. Ningún hombre mezquino y miope tendrá impulsos suficientes para indicar una tarea de impronta social. Los humanos de espíritu arrojado han de procurarse una perfección (en lo moral y en lo intelectual) de las mayores ambiciones. Así no se serán víctimas propiciatorias de las bajas pasiones o de los sobornos claudicantes. Marcharán alegres al combate en posesión de ansias espirituales infinitas. Y sabrán resignarse en los instantes de adversidad, porque tendrán plena conciencia del propio valer y de la integridad del prójimo.

Únicamente seres humanos de esta estirpe estarán en disposición de volcarse hacia los demás, de electrizar el ambiente y dominarlo y de irradiar una luz brillante y cautivadora que ponga de relieve su "elegancia espiritual". Cuando el número de estos hombres constituya un grupo humano ya sus seguidores serán legión, porque no hay doctrina que haga más proselitistas que el arrojo y el buen ejemplo ante los demás. De esta manera, la sociedad comenzará a perfeccionarse con la renovación interior de cada uno de sus miembros.

Intentar otra solución para resolver los agudísimos problemas que tiene planteados la sociedad moderna es no ver con claridad o afán sincero el meollo de la cuestión. Las grandes transformaciones humanas no se han alcanzado jamás con meras aportaciones de la técnica. Sólo la renovación profunda de la conciencia humana a través del crisol de un auténtico sentido religioso, podrá devolvernos a los mortales la paz a los espíritus de que en la actualidad carecemos.

INDIFERENCIA Y VIRILIDAD

La santa indiferencia de que nos habla San Ignacio no significa despego a las cosas, falta de sensibilidad viril. El cristiano ha de sentir los problemas humanamente, pero, sobre todo, con gracia sobrenatural. A veces sucede que dejándonos llevar de un excesivo temor al mundo, nos retraemos de él con exageración creyendo que sólo su contacto mancha y perjudica nuestra salud espiritual. También se da el caso opuesto, cuando el seglar y el clérigo—y, en particular, este último—se enfrascan en la vida mundana movidos por el principio que modernamente se predica tanto de Cristo debe estar presente en todas las actividades humanas. Está bien que así sea, pero menos; es decir, en todas aquellas acciones o espectáculos que no hagan desdecir su representación y dignidad; pues hay ocasiones en que la presencia de un creyente—cualesquiera que sean su jerarquía y naturaleza—viene a servir de malísimo ejemplo para los demás. Valga como botón de muestra la asistencia a proyección de películas morbosamente inmorales cuyo disvalor consiste en corresponder y embotar los sentidos del público, aun cuando pretenden presentarse bajo las apariencias de un sentido artístico de la vida o de un conocimiento de la sociedad moderna.

El deber del cristiano ha de ser siempre sentirse en todos los lugares y en todos los momentos vasallos de Dios. “Nada de dormir, nada de reposar; velar siempre, tieso junto al yunque. Pelear hasta conseguir la victoria completa, tal es nuestra misión y deber de vasallos. Porque nos dijo el Señor: Cuando regreséis a vuestras casas tarde, agobiados por

el trabajo del día, no os sentéis, servirme; el deber del vasallo es velar las armas día y noche, salir a pelear en mis filas, hacer la guardia y exponer la vida. Y si caemos en la pelea, que nos coloquen de pie en la tumba, para que en cuanto suene el clarín, nos hallemos dispuestos a la defensa”¹⁹⁵. Por algo el hombre, como escribe San Agustín, es el más elevado y perfecto de todos esos seres de los cuales usa y disfruta con el imperio de su razón. Ello lo pondrá de manifiesto en el uso que sepa hacer de las criaturas que le rodean.

Las cosas pueden ejercer en nosotros una atracción o repulsión, sernos agradables o desagradables. Ello nos tiene sin cuidado. Lo interesante es que el hombre religioso, como vasallo de Dios, sepa contemplarlas, usarlas o sacrificarlas, de acuerdo a las exigencias de su naturaleza. Y esto no se consigue tratando de refrenar nuestros propios impulsos matando las explosiones naturales del sentimiento humano o proponiéndonos de antemano mediante una actitud a todas luces forzada, no desasosegarnos por nada ni por nadie, cuando tanto la cabeza como el corazón deben ocupar en todo instante su sitio y cumplir a cabalidad con sus funciones. Por ello, comportándonos conforme a nuestro fin y empleando las cosas también adecuadamente a su finalidad, no precisaremos violentar nuestra naturaleza, ni reprimir la sensibilidad humana.

Quizá todo esto visto desde el ángulo racional no parezca muy fácil de llevar a la práctica, teniendo en cuenta la presión que ejercen en nosotros las pasiones. Mas éstas se contrarrestan mediante el poder de la “gracia”. Porque únicamente seremos capaces de encauzar nuestros sentimientos y de vencer las pasiones que nos azotan, acudiendo a esa

santa indiferencia de que nos hablaba San Ignacio. Que la presencia de las cosas no llegue a anular el imperio de la voluntad humana. Hoy que el mundo capitalista, en un alarde de superproducción y competencia insensata, nos mete por los ojos a todas horas las más inútiles máquinas y modas en un afán insaciable de “comodidad”, sepamos reaccionar virilmente contra esta tentación que hipoteca nuestras vidas y precarias economías domésticas, sabiendo elegir y tener lo necesario para un austero pasar sin dejarnos arrastrar a una esclavitud de las cosas. Porque si mala es la esclavitud del hombre por el hombre, peor es aún la esclavitud del hombre por las criaturas que han sido creadas para servirle en su lucha para alcanzar un “más allá eterno”.

Cultivemos, pues, la indiferencia hacia las cosas que nos rodean; nunca nos dejemos atar por ellas. Aquí radica el secreto de la felicidad humana. Que las cosas estén al servicio del hombre, no viceversa. Sólo de este modo el hombre será capaz de comportarse como tal e irradiar su felicidad en el ambiente, por cuanto, según Aristóteles, no cabe perfección y dicha social si los que componen el Estado no son perfectos y dichosos. Y así la virilidad consistirá en el hombre en llegar a poseer un dominio integral sobre sus pasiones y sentimientos de manera que éstos no le aparten del cumplimiento de los designios que Dios le ha señalado.

AUSTERIDAD

Los dos caballos desbocados del mundo moderno son: el desmesurado ánimo de lucro y el afán insaciable de lujo; precisamente dos caminos que llevan muy lejos de la austeridad.

Cuántas veces nos hemos recreado en la contemplación de una bella obra de arte, atraídos por la perfección de sus líneas, por el tono de su colorido, la simetría de sus formas, la armonía de su conjunto... Aquí se extasía el espíritu del hombre ante un ambiente de belleza austera. Pero la austeridad es un hábito virtuoso enemigo de la ostentación y de la vida de despilfarro; su posesión es algo que requiere conservar viva la llama interior; llenarse de vida espiritual y sublime para no tener necesidad de presumir con las bagatelas del mundo. Por eso quien alcanza tan elevado estadio mira con serena indiferencia las atracciones mundanas que enloquecen a tantos seres humanos. No necesitan de los aplausos, de los honores, de los amigos en razón de que saben hasta dónde llegan con exactitud las verdades y los afectos temporales. Porque tienen fe en cosas más hondas y no se conforman con ser juguetes de la frivolidad y de lo pasajero, cuando tenemos por delante una vida trascendente que nos habla de la felicidad eterna.

Por ello el hombre austero, metido en todo y sencillo en su trato, no puede por menos de reflejar en su exterior el mundo interno que se ha creado, sonriendo comprensivamente antes las desfachateces y alharacas de quienes pasan por la tierra engañando y siendo engañados con sus desplantes y desvaríos de grandeza humana. ¡Qué apartados se hallan éstos últimos de la rigidez y severidad de vida que acompañan siempre al que practica la austeridad! De éstos puede decirse que les son familiares el lenguaje de la modestia, de la dignidad y de la abnegación. De aquí, que cuando uno se enfrenta con este mundo cómodo y despreocupado—donde se vende lo más querido por un plato de lentejas—

se peca al instante cuán harto difícil es que se dé en él esta hermosa cualidad de lo austero.

Quien se abandona al placer y sólo gusta de las cosas por los sentidos se forma un concepto falso de la verdadera belleza, de la verdadera elegancia de la verdadera vida. Vive de apariencias, de lujos; y pierde su tiempo corriendo tras el vil metal para ir a parar después a una fosa entre risas y desprecios de los más y lágrimas y sentimiento de los menos, cuando de éstos últimos cabe citar alguno.

La austeridad se percibe por los ojos del alma; ella no se puede ocultar, como nunca se puede ignorar una acción noble y buena por humilde y sencillo que sea su autor. Por eso la austeridad, generalmente, acompaña al ser de altos sentimientos, de vida espiritual elevada, discreto en el decir, sobrio en el comer y más en el beber y recatado en el vestir. Hombre que goza de dicha espiritual, porque es el mundo que le gusta cultivar, viviendo ensimismado, como vivió Don Quijote, con sus hazañas.

El afán desmedido de dinero y la ostentación de lujo llevan normalmente a un ambiente cargado de sensualismo; pero este mundo de colores chillones no pasa de ser más que una triste y dolorosa mueca de la auténtica Verdad. Muy lejos de la moral estoica resumida en el principio "sufrir y abstenerse", tomando nosotros el sufrimiento como medio de liberación espiritual. De donde, ¡limpia el alma, sano el cuerpo, despiertos los sentidos, captaremos la pureza que exhala siempre un lugar en que impere el gran principio de la austeridad!

CONVIVENCIA

Cada flor que nace en medio de la majestad de la campiña viene a aportar nueva vida y tonalidad a la belleza multiforme que nos brinda la Naturaleza fecunda. Así el hombre, también surge a la visibilidad de este mundo con un destino inescrutable; él se vincula a la humanidad cuyo bien debe buscar con tesón y gallardía, encaminando todos sus pasos a la consecución de este importante fin. Para ello, se le presentan dos caminos: o decidirse a vivir inmerso en el mundo arrojando deslealtades y luchas si quiere mantenerse en una línea de conducta austera y justa, o alejarse de la convivencia humana recluyéndose en la soledad de un retiro claustral.

No hay que decir que ambos modos de vida tienen sus ventajas e inconvenientes. En el mundo actual la misma Iglesia hace hincapié en la misión trascendente que toca jugar al seglar en medio del mundanal ruido. Hoy se hace preciso que haya hombres en la plaza pública dispuestos a proclamar la verdad sin tapujos y sin temor. No es nada fácil que éstos abunden en una época en que el poder del Estado es tan absoluto que las voces disidentes tropiezan con grandes obstáculos para hacerse oír. Porque de la máquina estatal suelen apoderarse en las épocas de crisis las mediocridades que piensan más en su provecho personal que en la realización del bien común.

De aquí que el hombre cristiano debe procurar en todo momento adaptar su conducta a las normas éticas que proclama, esforzándose porque su paso por esta vida sea legado de una potente luminaria para orientación y bálsamo de sus prójimos. Y que no olvide cómo el Apóstol entre las gentes nos

recuerda la siembra de los campos, donde a pesar de arrojar semilla escogida no siempre fructificó. Por tanto, aun cuando sus actos vayan encaminados a lograr el beneficio ajeno, no dejará de tropezarse en ocasiones en que se le devuelva el mal por el bien que hizo. Mas esto no debe desesperarle ni hacerle renegar de su raza, pues es una consecuencia de la pobre calidad de la naturaleza humana.

Con recogimiento sincero, reviviendo con hechos su Ideal, regando con amor el surco de su vida, conseguirá hacer ver a los demás que, una vida conducida con tanta abnegación y entrega a los demás, sólo puede llevarse si existe una convicción profunda. Este debe ser el afán que mueva a quienes conviviendo en sociedad, quieran dar testimonio permanente de la doctrina de Cristo, cuya sublimidad es mucho más hermosa y desconcertante que todos los inventos modernos juntos. Porque sin negar la importancia y la conveniencia de los adelantos técnicos de nuestra época, hemos de reconocer que ellos no han logrado entre las gentes una convivencia de amor como consiguiera el humilde carpintero de Galilea.

II. VALORES

LA BELLEZA

¿Acaso nunca habéis pensado por un momento lo que influye en nuestra vida la consideración de la Belleza? Hay un afán en todo ser humano por figurarse la vida y todas sus manifestaciones adornadas por formas bellas. Es decir, que se da en todos nosotros una inclinación hacia lo bello, una gran pasión por lo estético. Pero he aquí el peligro: en la pasión desordenada cuando nos lleva a profanar ese don de Dios. Y el hecho acaece en todo momento; así se erigen falsos ídolos que, poco a poco, van sojuzgando nuestra voluntad hasta anularla y desvirtuar en nosotros el sentido de la auténtica belleza.

Por eso cuando los pueblos se enfurecen y hacen jirones sus obras de arte y sus monumentos, o los sepultan en el olvido, se están negando a sí mismos y poniendo de manifiesto la ramplonería de sus espíritus. Es así como se rebaja el máximo del nivel moral de los pueblos, es así como se masifica el hombre, convirtiéndose en el proletariado de las na-

ciones, hasta perder su personalidad y aparecer como algo amorfo y sin conciencia a merced de sus instintos primarios y de sus bajas pasiones.

El hombre-masa pierde la noción del valor y el sentido de lo estético; se convierte en un ser amoral y adocenado. La belleza llega incluso a dañarle la vista. Cultivemos, pues, el sentido de la belleza para elevar la vida de nuestros pueblos a un nivel de decencia y espiritualidad suma. Porque todas las conquistas materiales serán por sí solas inútiles y perniciosas si antes no conseguimos educar el gusto del ser humano incitándole a una vida más bella y más sublime.

Hay que reaccionar con todas las fuerzas contra la chabacanería de nuestro tiempo; protestar airados de ella; luchar con ahinco contra los que la permiten y la sostienen hasta desenmascarar a los culpables de la situación. Hagamos cosas bellas para que el hombre se embellezca y pierda el rictus de su fealdad.

LA VIDA ETERNA

La muerte es otra de las verdades fundamentales de la vida, siendo la que, sin duda alguna, se nos muestra con mayor fuerza y vigor. Pero ante ella, según los tiempos, reaccionan los hombres de muy diferente manera.

Se comprenderá fácilmente que pensamos en la muerte, teniendo en cuenta a los que siguen su peregrinar en esta vida, con sus gestos y reacciones. En pocas palabras: atentos a su mayor o menor apego a despojarse de la envoltura terrena.

Habrà quien piense que en las actuales circuns-

tancias de la vida, se da, por regla general un gran desprecio a vivir, un no importa la muerte. Pero muy lejos de la verdad se halla el que así piensa. Hoy que diariamente sacrifican sus vidas tantos y tantos seres; hoy que el mundo contempla muertes con más abundantes medios abyectos; hoy—volvemos a repetir—, se la teme más que nunca; pues se apegan los cuerpos a la tierra con estertores y agonías que siembran la perplejidad entre las gentes que sienten escalofríos al pensar en las secuencias del pecado.

La explicación es obvia; en la actualidad los hombres se olvidan de un buen vivir y, por ende, nunca están preparados para un buen morir.

Se olvidan de un buen vivir. Eso es, tan terrible verdad es fruto sazonado, porque la vida se vive con histerismo o neurosis; si queréis, todo pensamiento que pueda recordarnos nuestro fin, nuestro destino aquí entre los mortales, se procura apartar de la mente, buscando un modo de existencia falsa, sin fundamento, pudiéramos decir, que se pretende vivir aprisa, muy aprisa, huyendo de la vida y huyendo de la muerte. Ni más ni menos. Es el sentido verdadero de la frivolidad de la sociedad moderna.

Y si por un instante—por breve que sea—nos paramos a pensar, nos decimos: la muerte de los cuerpos, la muerte del alma. ¡Qué horror la muerte de los cuerpos!

Y se mata el alma.

He aquí la causa de que con frecuencia conocamos a hombres por esas tierras de Dios que ya en verdad no viven, que han dejado de existir ha mucho tiempo; por eso cuando les llega la hora de conducirles a la tumba no se hace más que cum-

plir con otro formalismo más—carente de realidad—que impone la sociedad.

¡Qué terrible la muerte del cuerpo!, oímos clamar por doquier. Y uniendo la palabra a la acción, contemplamos anonadados como el hijo que ha perdido a su padre, al marido que se le muere la mujer..., en vez de penetrar en su alma y llorar su pena, su dolor, con resignación, no hacen ésto, no adoptan esta postura santa, sino que ríen, ríen, en la vida, danzan por los espectáculos, beben en la copa que llaman del olvido y acaban matando su alma.

Pero como reacción a esta postura de muchísimos seres humanos, surgen los héroes y los mártires; hombres de carne y hueso que sienten en sus entrañas un ansia indecible de resurrección y se lanzan en pos de un ideal, por el que luchan con fe hasta morir si es menester.

Así se nos recuerda en esta vida del pecado la profunda verdad de lo que fué la Pasión de Cristo, renovada en estas criaturas creyentes que saben tejer con mano firme y segura los hilos de oro de la Historia.

LA SABIDURÍA

He aquí, pues, otro de los principios fundamentales, que tenemos que defender a toda costa, que se viene atacando con terco empeño de desvalorización. Unamuno dijo: “El objeto de la ciencia es la vida, y el objeto de la sabiduría es la muerte. La ciencia dice: “hay que vivir, y busca los medios de prolongar, acrecentar, facilitar, ensanchar y hacer llevadera y grata la vida”; la sabiduría dice:

“hay que morir”, y busca los medios de prepararnos a bien hacerlo”¹⁹⁶.

Porque ya no me refiero ni me preocupa al hombre que no encuentra en su pasión egoísta, bastantes horas para entregarse a los libros; no, hago alusión, a la verdad de la sabiduría, al verdadero saber. No olvidemos que todo un Dios fué engendrado en el vientre de una sencilla mujer y que su profesión fué carpintero.

Luego el saber no se encuentra en aquel que cuenta con más materias acumuladas en su cabeza, o en aquel otro que se contradice constantemente siendo su vida una continua paradoja. El saber, no es privilegio reservado únicamente a los intelectuales, aunque nosotros somos los más indicados para alcanzar un conocimiento pleno y santo de la verdadera sabiduría.

Estamos, pues, ante un concepto de gran textura, y en el cual nos conviene penetrar con sano criterio buscando en él también un sentido de la valoración. La sabiduría solamente está en posesión de un valor real y justo cuando ella consiste en aprender a conocer la pequeñez ínfima del hombre y la infinita misericordia y justicia de Dios. Todo lo demás será falseado saber, en cuanto falta la presencia más elemental, cual es el conocer.

Digo bien: quien en su profesión, cualquiera que sea (carpintero, arquitecto, abogado, médico, etc.), y en su estado de vida, tenga amplia convicción de sus deberes como criatura obra de un Autor y los lleve con optimismo a la práctica, caminará alegremente en pos de la Verdad. Y la posesión de la Verdad es el anhelo permanente del sabio, mejor dicho, del docto que consume su vida encima de los libros o en el laboratorio por alcanzar un míni-

mo de esa Verdad Eterna, y a veces, muere, en el más lamentable de los errores.

Es por lo que debemos tener muy en cuenta que el principio de la sabiduría se halla innato en cada uno de nosotros y, de aquí, que el perfeccionarlo sea misión especial nuestra, valiéndonos de las facultades que Dios nos ha concedido.

La sociedad moderna se ha querido desentender de esta gran verdad, para lo cual ha colocado al hombre, por ser tal, en el pináculo de la ciencia y le ha dado atribuciones para usar de libertades que no le pertenecen, para proferir palabras que no le corresponden. Y el hombre con todo su bagaje se ha hundido en el más escandaloso de los caos y resulta que por tanta vanagloria de elevarse, se encuentra en la mayor de las ignorancias, olvidando la verdad más elemental, el catecismo.

Este es otro de los grandes pecados de la Humanidad y uno de los peligros que también se cierne sobre las inteligencias de nuestros jóvenes cristianos.

La razón que siempre la encontramos dispuesta a proclamar unos principios, muchas veces sin fijarse en la consistencia de los mismos, halla un campo muy abonado a su exaltación, a su desbarramiento. cuando poseídos del prurito de sobresalir de entre el común de nuestros semejantes, dejamos deslizarse como aquel que no dice nada de importancia algún concepto frío y sin sustancia, pero que viene como anillo al dedo para quienes sólo buscan un pretexto que les permita disculparles de su vida licenciosa, sea en lo tocante a su avaricia, concupiscencia o cualquier otro pecado.

Por eso hemos contemplado con sorpresa cómo durante estos últimos lustros se viene levantando aquí y allá altares a ídolos que no tienen otra vir-

tud que el haber llevado con sus palabras y escritos la duda a miles de seres humanos, de haberse ufano públicamente de su irreligiosidad, aunque luego hayan muerto con el “¡Pequé, Señor!”, entre dientes.

O sea, que todo esto por sí, más claro, a simple vista parece una ingenuidad que raya en lo inconcebible. Por ello, cuando nosotros pasamos a tratar el tema entre los peligros ante los cuales deben reaccionar las juventudes saturadas de Cristo, es porque nos tememos que dentro de toda esta comedia de extremada candidez se oculta una tragedia viva y unas intenciones perversas.

Así debe ser, cuando hemos visto que en estos últimos años se ha acentuado la propaganda de que el hombre es libre, de que puede pensar, hablar y escribir cuanto guste y quiera, y todo esto se ha empleado en procurar desacreditar instituciones de abolengo sacro y en este empeño se ha llegado a negar hasta el orden social constituido y se ha tratado de sustituirlo por ídolos.

Se ha colocado en pedestales a los hombres que más han renegado de Dios y que más pruebas de ignorancia han venido dando. Porque no es suficiente para ser mente fecunda decir muchas cosas, sino en decir éstas, menos aún si cabe, pero bien dichas, por verdaderas o por recta intención en lo que se proclama.

A lo mejor hay quien postrado a los pies del Señor se entretiene en un coloquio rebuscado, lleno de lirismo y fraseología; en cambio, puede ser que haya quien rendido a los pies de su Señor no sepa exclamar más que incoherentes palabras, pero poniendo en ellas toda el alma. Es decir, que para ser sabio hay que tener siempre una serena convicción

en las verdades elementales, en las que constituyen el meollo de todos los problemas humanos y divinos, y llegar con el poder de nuestra inteligencia allí hasta donde nos está permitido y, más allá acorgernos con fe a la voluntad divina, ofreciendo como penitencia por nuestras faltas la ausencia de clarividencia en que podemos caer si pretendemos ahondar demasiado en ciertos estudios de la vida religiosa. O sea, poner todo el entusiasmo en la busca de la verdad no por el afán de teorizarla sino por plasmarla en fructíferas realidades y penetrar en este afán hasta donde sean capaces de dar de sí nuestras energías sin esforzarnos en descubrir genialidades donde sólo puede ser que haya torpezas nuestras, pues para salvar nuestras almas y ayudar a salvarse a nuestros semejantes basta con buena voluntad. Y conseguir la salvación del alma es el mayor acto de sabiduría que podemos realizar en esta vida.

La humanidad no está necesitada para resolver sus quehaceres de hombres doctos que posean grandes conocimientos, sino de santos varones que sepan hacer una exacta aplicación de los talentos que Dios ha puesto en nuestras manos para podernos glorificar y devolver la verdadera paz a los hogares del mundo. ¡Atentos, pues, a los manejos de los descreídos!

BIBLIOGRAFIA

Cfr. además, entre otras, las siguientes publicaciones:

ALVAREZ, Lili: *En tierra extraña*. Editorial Taurus, S. A. Madrid, 1956.

ALVAREZ TAJADURA, Rosendo: *Manual de instrucción religiosa*. Imprenta Moret. La Coruña (España), 1937.

ANDREU, Pierre: *Grandeza y errores de los curas obreros*. Ed. Leviatán. Buenos Aires, 1956.

AQUINO, Tomás de: *Suma Teológica*. Introducción por Ismael Quiles, S. I. Espasa Calpe, S. A. Buenos Aires, 1953.

ARANGUREN L., José Luis: *Catolicismo, día tras día*. 2.^a ed. Editorial Noguer, S. A. Barcelona, 1956.

— *Catolicismo y Protestantismo, como formas de existencia*. 2.^a ed. "Revista de Occidente". Madrid, 1957.

AZPIAZU, Joaquín: *Jóvenes y juventudes*. 2.^a ed. "Razón y Fe". Madrid, 1934.

BAETS, Abate Mauricio de: *Las bases de la Moral y del Derecho*. Ed. Sáenz de Jubera, Hermanos. Madrid, 1906.

BALMES, Jaime: *Obras Completas* (t. 4.^o): *El Protestantismo, comparado con el Catolicismo*. B. A. C. Madrid, 1949.

— Idem. Ed. Araluce (núms. 1-2). Barcelona, 1951.

- Idem. Ed. Araluce (núms. 3-4). Barcelona, 1951.
- BERDIAEFF, Nicolás: *Una nueva Edad Media*. Editorial Apolo. Barcelona, 1938.
- BOVER, José María: *Teología de San Pablo*. B. A. C. Madrid, 1952.
- BUBER, Martin: *Eclipse de Dios*. Ed. Galatea. Argentina, 1955.
- *Yo y tú*. Ed. Galatea. Argentina, 1956.
- CARREL, Alexis: *La Oración* (trad.). Imp. Orellana. Madrid, 1946.
- CÓDIGO SOCIAL DE MALINAS: Unión Internacional de Estudios Sociales. Santiago de Chile, 1948.
- COLECCIÓN DE ENCÍCLICAS...: Publicaciones de la Junta Técnica Nacional. 4.^a ed. Madrid, 1955.
- CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN: Presentación de Ismael Quiles, S. I.. Espasa-Calpe, S. A. Buenos Aires, 1954.
- CONGRESO DE CIENCIAS ECLESIASTICAS: *El evolucionismo en Filosofía y Teología*. Ed. Juan Flors. Barcelona, 1956.
- CONGAR, Ives M.-J., O. P.: *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*. Trad. de Carmen Castro de Zubiri. Inst. de Estudios Políticos. Madrid, 1953.
- *Jalons pour une Theologie du Laicat*. Ed. Du Cerf, Bd. de Latour-Maubourg. París, 1953.
- CRIPPS, Stafford: *Hacia la democracia cristiana*. Gráfica Aleu & Domingo, S. L. Barcelona, 1946.
- CHENON, Emile: *El papel social de la Iglesia* (traducción de Salvador Abascal. Ed. Jus, 1946. México, 1946.
- CHEVROT, Georges: *Nuestra Misa*. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1955.
- DARBON, Michel: *Le conflict entre la Droite et la Gauche dans le Catholicisme français*. Ed. Privat. Toulouse (Francia), 1953.
- DONOSO CORTÉS, Juan: *El Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*. Espasa-Calpe, S. A. Argentina, 1949.

- DUFAY, F.; DEPRET, E., y CAVALLI, F.: *Comunismo y Religión*. Ed. Pacífico. Santiago de Chile, 1955.
- FANFANI, Amintore: *Coloquios sobre los pobres*. Euramérica. Madrid, 1956.
- FEBVRE, Lucien: *Martín Lutero*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, Ignacio: *Del paternalismo a la justicia social*. Euramérica. Madrid, 1956.
- FERRATER MORA, José: *El sentido de la muerte*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1947.
- FRAIGNEUX, Mauricio: *El Cristianismo es revolucionario*. Sociedad de Educación Atenas, S. A. Madrid, 1955.
- FREI MONTALVA, Eduardo: *La Verdad tiene su hora*. Ed. del Pacífico, S. A. Santiago de Chile, 1955.
- GALLEGOS ROCAFULL, José M.: *El orden social*. Editorial Fax. Madrid, 1935.
- GARRIGOU - LAGRANGE, R.: *Dios. La naturaleza de Dios*. Trad. de José San Román Villasante. Editorial Emecé, S. A. Buenos Aires, 1950.
- GILSON, Etienne: *El espíritu de la Filosofía medieval*. Ed. Emecé, S. A. Buenos Aires, 1952.
- GOUX, Alberto: *Hacia un orden social humano*. Traducción de José Pereña. Ed. Litúrgica Española, S. A. Barcelona, 1953.
- GRATRY, A.: *El conocimiento de Dios*. Trad. de Julián Marías (2.ª ed.). Ed. Pegaso, Madrid, 1952.
- GUARDINI, Romano: *El universo religioso de Dostoyevski*. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1954.
- GUIGNEBERT, Charles: *El Cristianismo antiguo* (brevariarios). Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- HERNÁNDEZ DE GARNICA, José M.: *Perfección y laicado* (2.ª ed.). Ed. Patmos. Madrid, 1956.
- HILLAIRE, P. A.: *La Religión demostrada* (trad.). Luis Gili, editor. Barcelona, 1920.
- HINOJOSA, Eduardo de: *Los filósofos y teólogos*

- españoles*. Tipografía de loss Huérfanos. Madrid, 1890.
- HOLZNER, Josef: *El mundo de San Pablo*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1951.
- JAEGER, Werner: *La Teología de los primeros filósofos griegos*. Fondo de Cultura Económica. México, 1952.
- LABOURDETTE, M.-M.: *Foi catholique et problemes modernes*. Ed. Desclee & Cie. Tournai (Bélgica), 1953.
- LA EFICACIA TEMPORAL DEL CRISTIANISMO. "Rev. Documentos", núms. 11-12. San Sebastián, 1952.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro: *Mysterium Doloris*. Universidad Intern. Menéndez y Pelayo. Madrid, 1955.
- LEBRETÓN, J.: *La vida cristiana en el primer siglo de la Iglesia*. Trad. de Enrique Bague. Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1955.
- LECLERCQ, Jacques: *Siguiendo el Año Litúrgico*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1954.
- LECUYER, Joseph: *Nuestro Padre Abraham*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1955.
- LOMBARDI, Ricardo: *Per un Mondo Nuovo*. Ed. La Civiltà Cattolica. Roma, 1952.
- MARITAIN, Jacques: *Humanismo integral*. Ed. Ercilla. Santiago de Chile, 1941.
- MARTÍNEZ, Agustín: *Selección de escritos de San Agustín. Ideario*. Espasa-Calpe, S. A. Buenos Aires, 1946.
- MEMORIA DEL III CONGRESO CATÓLICO (II Iberoamericano) DE LA VIDA RURAL. Organización Católica de la Vida Rural. Panamá, 1955.
- MICKLEM, Nathaniel: *La Religión*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1953.
- MIRET MAGDALENA, Enrique: *¿Qué eran los sacerdotes obreros?* Ed. El Pez. Madrid, 1954.
- MORCILLO, Casimiro: *Cristo en la fábrica*. Euramérica. Madrid, 1956.

- MOUNIER, Emmanuel: *Révolution personaliste et communautaire*. Ed. Montaigne. París, 1935.
- NÁCAR - COLUNGA: *Sagrada Biblia*. B. A. C. Madrid, 1951.
- NOLLA, Vicente: *Creo en Dios*. Ed. Atlántida, S. A. Barcelona, 1949.
- ORTEGA, P. Augusto A.: *Razón teológica y experiencia mística*. Editora Nacional. Madrid, 1954.
- OTTAVIANI, Alfredo: *Deberes del Estado católico con la Religión*. Industrias Gráficas, S. L. Iruma. Madrid, 1953.
- PALACIOS, Leopoldo Eulogio: *El mito de la nueva Cristiandad*. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1951.
- PAPINI, Giovanni: *Historia de Cristo*. Ed. Fax. Madrid, 1944.
- *El Diablo* (trad.). Publicaciones Helios. México, D. F., 1954.
- *San Agustín* (trad.). Ed. Fax. Madrid, 1954.
- *La Escala de Jacob*. Trad. de Felipe Ansuini. Ed. Latino Americana, S. A. México, 1955.
- PÉREZ EMBID, Florentino: *Nosotros los cristianos*. Rialp, S. A. Madrid, 1956.
- PIEPER-HEINRICH RASKOP, Josef: *Catecismo del cristiano* (trad.). Rialp, S. A. Madrid, 1954.
- POLÍTICA E IGLESIA. *Orientaciones del Episcopado argentino sobre actividades en el campo de la política*. Rev. "Política y Espíritu", 1 de octubre 1956, núm. 165, pág. 22. Santiago de Chile.
- QUILES, Ismael: *Filosofía de la Religión*. Espasa-Calpe, S. A. Argentina, 1949.
- ROMERO, Matías: *Hacia la nueva Cristiandad*. Editorial Quijote. San Salvador.
- ROMMEN, Heinrich A.: *El Estado en el pensamiento católico*. Inst. de Estudios Políticos. Madrid, 1956.
- RUSSEL, Bertrand: *Religión y Ciencia*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1951.
- SABATER, Auguste: *Les religions d'autorité et la Re-*

¿Dios ha muerto?

- ligion de l'Esprit* (nouvelle edition). Ed. Berger-Levrault. Paris, 1956.
- SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro: *Historia y liturgia de la Misa*. Colección Remanso. Ed. Juan Flors, Barcelona, 1955.
- SCHMAUS, Michael: *Sobre la esencia del Cristianismo*. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1952.
- SCIACCA, M. F.: *La Iglesia y la civilización moderna*. Trad. de F. Farrán y Mayoral. Ed. Luis Miracle. Barcelona, 1949.
- *Dios y la Religión en la Filosofía actual*. Traducción de A. Palacios López. Ed. Luis Miracle. Barcelona, 1952.
- SCHLEIERMACHER: *Monólogos* (trad.). E. Aguilar. Buenos Aires, 1955.
- SEMANAS ESPAÑOLAS DE FILOSOFÍA (1: *La persona humana*; 2: *El problema del mal*). Ed. Instituto Luis Vives de Filosofía del C. S. I. C. Madrid, 1955.
- XIII SEMANA ESPAÑOLA DE TEOLOGÍA. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1954.
- SIMON, J.: *El Hombre-Dios*. Ed. Librería Religiosa. Barcelona, 1949.
- STEVEN, Paul: *Moral social*. Trad. de José Ortiz Sanchiz. Fax. Madrid, 1955.
- STOLZ, Anselm: *Teología de la mística*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1951.
- SUMA TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Introducción*, por Fr. Santiago Ramírez, O. P. La Editorial Católica, S. A. Madrid, 1947.
- SUREDA BLANES, Francisco: Traducción de *Las Flores de San Francisco o El Cántico del Sol*. Espasa-Calpe, S. A. Argentina, 1949.
- TARANCÓN, Vicente Enrique: *Curso breve de Acción Católica*. Consejo Superior J. A. C. E. Año 1938.
- *¿Examen de conciencia o "autocrítica"?* Ed. Euramérica. Madrid, 1956.
- TAWNEY, R. H.: *La Religión en el orto del capitalismo*. Ed. Rev. de Derecho Privado. Madrid, 1936.

- TODOLÍS, José: *Filosofía de la Religión*. Ed. Gredos. Madrid, 1954.
- *Moral, Economía y Humanismo*. Instituto Social León XIII. Madrid.
- TOTH, Tihamer: *Los diez mandamientos*. Traducción del doctor don Antonio Nebot. Ed. Latino Americana, S. A. México, 1944.
- *El joven y Cristo* (trad.). E. Latino Americana, S. A. México, 1953.
- TROELTSCH, E.: *El Protestantismo y el mundo moderno*. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.
- URTEAGA LOIDI, Jesús: *El valor divino de lo humano* (5.ª ed.). Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1954.
- VÁZQUEZ CISNEROS, Pedro: *El Catolicismo social frente a las grandes corrientes contemporáneas* (trad.). Ed. Jus. México, 1953.
- VOINEA, Serban: *La Morale et le Socialisme*. Ed. La Flame Gand. París, 1953.
- WEBER, Max.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ed. Rev. Derecho Privado. Madrid, 1955.
- ZUBIRI, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*. Ed. Nacional. Madrid, 1942.

NOTAS

- 1 RENARD: *Le droit, l'Ordre et la Raison*, 1927, págs. 194-195.
- 2 MARTÍN BUBER: *Eclipse de Dios*, Buenos Aires, 1955, pág. 13.
- 3 MARTÍN BUBER: op. cit., pág. 10.
- 4 JOSEF LEO SEIFERT: *Los revolucionarios de mundo*, Barcelona, 1953, pág. 153.
- 5 CHARLES GUIGNEBERT: *El cristianismo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pág. 127.
- 6 *Mat.*, 27, 45.
- 7 *Nosotros, los cristianos*, Madrid, Ed. Rialp, 1956, págs. 34-35.
- 8 EUGÈNE PELLEGRINO: *L'acuite des problemes religieux en Amerique Latine*, en "L'Observatore Romano", 1955?
- 9 THAMER TOTH: *Los Diez Mandamientos*, México, Ed. Latino-Americana, 1944, págs. 17-18.
- 10 I, 2.
- 11 MARTÍN BUBER: op. cit., pág. 61.
- 12 XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, Historia y Dios*. Madrid, 1954, página 462.
- 13 XAVIER ZUBIRI: op. cit., pág. 462.
- 14 JACQUES MARITAIN: *Significado del ateismo contemporáneo*, Buenos Aires, 1950, pág. 15.
- 15 MARTÍN BUBER: op. cit., pág. 85.
- 16 XAVIER ZUBIRI: op. cit., pág. 462.
- 17 Op. cit., pág. 463.
- 18 NICOLÁS BERTIAEV: *Libertad y esclavitud del hombre*, Buenos Aires, 1955, pág. 76.
- 19 I, *Cor.*, 14-16.
- 20 LEBRETÓN: *La vida cristiana en el primer siglo de la Iglesia*, trad. esp., Madrid, 1955, pág. 159.
- 21 JACQUES MARITAIN: op. cit., págs. 11-12.
- 22 N. BERTIAEV: op. cit., págs. 89, 90 y 23.
- 23 *Roma*, VII, 7 y ss.
- 24 Cfr. nuestro trabajo en colaboración con ISMAEL PEIDRO PAS-TOR: *Hacia una concepción comunitaria del Derecho*. Madrid, "Revista de la Fac. de Derecho", 1949, núm. 17, págs. 155-163.
- 25 ANTONIO TRUYOL SERRA: *El Derecho y el Estado en San Agustín*. Madrid, ed. "Rev. de Derecho Privado", 1944, pág. 58.
- 26 Cfr. HEINRICH ROMMEN: *La teoría del Estado y de la comunidad internacional en Francisco Suárez*. Madrid, 1951, pág. 95.
- 27 JOSÉ MARÍA GALLEGOS ROCAFULL: *El orden social según la doctrina de Santo Tomás de Aquino*. Madrid, 1935, pág. 32.
- 28 *Ibidem*, págs. 34-35.
- 29 HEINRICH A. ROMMEN: *El Estado en el pensamiento católico*. Madrid, ed. Instituto de Estudios Políticos, 1956, pág. 198.

¿Dios ha muerto?

- ³⁰ MANUEL GARCÍA MORENTE: *Ideas para una filosofía de la Historia de España*. Madrid, 1943, pág. 36.
- ³¹ JOSÉ MARÍA GALLEGOS ROCAFULL: op. cit., pág. 35.
- ³² *Ibidem*, pág. 32.
- ³³ MANUEL GARCÍA MORENTE y JUAN ZARAGÜETA BENGOCHEA: *Fundamentos de Filosofía*. Madrid, Espasa-Calpe, 1954, págs. 138-45.
- ³⁴ *Diálogo sopra i due massimi sistemi del mondo*. I, Edizione nazionale, VII, 129.
- ³⁵ HEINRICH A. ROMMEN: op. cit., págs. 205-6.
- ³⁶ *Ibidem*, pág. 205.
- ³⁷ Op. cit., pág. 208.
- ³⁸ Pío XII en discurso pronunciado ante el VII Congreso de la Federación Astronáutica Internacional (20 sept. 1956) dijo que Dios, que ha puesto en el corazón del hombre el deseo insaciable de saber, no tuvo la intención de poner un límite a sus esfuerzos de conquista, cuando le ordenó: "Someted la tierra" (*Génesis*, 2, 28), sino que le confió toda la obra de la creación para que penetre en ella y pueda así comprender mejor Su grandeza infinita (Rev. "Ecclesia" Madrid, 29 sept., 1956, pág. 14 (350)).
- ³⁹ *En tierra extraña*. Madrid, 1956, pág. 190.
- ⁴⁰ *Ensayos*. Madrid, I, 275.
- ⁴¹ *El Catolicismo social frente a las grandes corrientes contemporáneas*. México, Ed. Jus., 1953, pág. 230.
- ⁴² JOSÉ FERRATER MORA: *El hombre en la encrucijada*. Buenos Aires, 1952, 307; y OSWALD SPENGLER: *La decadencia de Occidente*. Madrid, 1941, IV, 15.
- ⁴³ NICOLÁS BERDIAEV: *Libertad y esclavitud del hombre*. Buenos Aires, 1955, págs. 110-111.
- ⁴⁴ JACQUES MARITAIN: *Humanismo integral; problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*. Santiago de Chile, 1947, páginas 143-144.
- ⁴⁵ San Marcos, XII, 29.
- ⁴⁶ JACQUES MARITAIN: op. cit., pág. 109.
- ⁴⁷ Cit. por M. F. SCIACCA: *Dios y la Religión en la filosofía actual*. Barcelona, 1952, pág. 108.
- ⁴⁸ ISMAEL QUILES: *Filosofía de la Religión*, en "Diccionario filosófico". Argentina, 1952, págs. 671-672.
- ⁴⁹ NICOLÁS BERDIAEV: op. cit., págs. 107-108.
- ⁵⁰ *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*. Madrid, 1953, II, pág. 242.
- ⁵¹ ANTONIO TRUYOL SERRA: op. cit., págs. 57-58.
- ⁵² *Las pruebas de la existencia de Dios*, en "Colección de Encíclicas y documentos Pontificios". Madrid, 1955, pág. 852.
- ⁵³ MARTÍN GRAHMANN: *Filosofía Medioeval*. Barcelona, Ed. Labor, 1949, págs. 98-99.
- ⁵⁴ WALTER BRUNING: *Los tipos fundamentales de la antropología filosófica actual*, en Rev. "Arbor". Madrid, 1954, págs. 292-93.
- ⁵⁵ MARTÍN GRABMANN: op. cit., pág. 125.
- ⁵⁶ J. RUIZ GIMÉNEZ: *La Concepción institucional del Derecho*. Madrid, 1944, pág. 176.
- ⁵⁷ MIGUEL DE UNAMUNO: *Ensayos*. Madrid, 1951, II, págs. 895-96.
- ⁵⁸ M. F. SCIACCA: op. cit., pág. 265.
- ⁵⁹ ISMAEL QUILES: op. cit., págs. 670 y 671.
- ⁶⁰ MARTÍN GRABMANN: op. cit., págs. 120-21.
- ⁶¹ M. F. SCIACCA: op. cit., págs. 287-88; y en *La Iglesia y la civilización moderna*, págs. 160-161.
- ⁶² MICHAEL SCHMAUS: *Sobre la esencia del cristianismo*. Madrid, 1952, págs. 45, 46, 316; y HEGEL: op. cit., pág. 241.
- ⁶³ MICHAEL SCHMAUS: op. cit., pág. 307.

- ⁶⁴ M. F. SCIACCA: *Dios y la Religión en la filosofía actual*, páginas 70-71.
- ⁶⁵ II, *Tim.*, ii, 11.
- ⁶⁶ J. LEBRETÓN: op. cit., pág. 142.
- ⁶⁷ El hombre cristiano goza de tan amplia libertad que no necesita de la victoria o el éxito para decidirse a actuar, porque sabe que sólo Dios pone la clave de los seres y de los acontecimientos. Luego nuestra gran libertad consiste en hacer libremente lo que está en el pensamiento de Dios, lo que nos conduce a nuestro propio bien y nos independiza del acicate del éxito (LILÍ ALVAREZ: opúsculo citado, págs. 79-80).
- ⁶⁸ LILÍ ALVAREZ: op. cit., pág. 189.
- ⁶⁹ ANGEL DE ARÍN ORMAZABAL: *El gran remedio a los grandes males de hoy*. Madrid, Rev. "Espiritualidad seglar", núm. 26, página 14. Ha escrito LILÍ ALVAREZ: "Creo sinceramente que de ordinario conseguimos todo lo opuesto de lo que el gran Cardenal Suhard recomendaba para ganar las almas a Dios: "Tener una actitud tal que diese a aquel que no fuese cristiano el deseo de serlo".
- ⁷⁰ JOSÉ GÓMEZ LORENZO: *¿Es necesaria la teología a la espiritualidad seglar?* Madrid, Rev. "Espiritualidad seglar", núm. 15, página 48.
- ⁷¹ SEBASTIÁN FUSTER: *Espiritualidad seglar y espiritualidad monástica*. Madrid, Rev. "Espiritualidad seglar", núm. 15, pág. 62.
- ⁷² *Ibidem*, pág. cit.
- ⁷³ LILÍ ALVAREZ: op. cit., pág. 54.
- ⁷⁴ M. F. SCIACCA: *La Iglesia y la civilización moderna*. Barcelona, Ed. Miracle, 1949, pág. 28.
- ⁷⁵ *Acción temporal de los católicos y Acción Católica*. Madrid Revista "Espiritualidad seglar", núm. 27, pág. 96.
- ⁷⁶ Porque el apostolado es una cuestión de humanidad, de humanismo impregnado de Divinidad. De aquí que escribiera el Cardenal Saliege: "La acción católica no retendrá valores humanos más que si ella se ocupa de lo humano, esto es, de lo temporal" (LILÍ ALVAREZ: op. cit., págs. 148, 157).
- ⁷⁷ JOSÉ MARÍA DÍEZ TABOADA: *Un cursillo de espiritualidad seglar en Santander*. Madrid, Rev. "Espiritualidad seglar", 1953, número 6, pág. 46.
- ⁷⁸ M. F. SCIACCA: *Dios y la Religión en la filosofía actual*. Barcelona, Ed. Miracle, 1952, págs. 272-73.
- ⁷⁹ Es menester demostrar en uno, personalmente, la posibilidad del enlace de aquellos que los hombres viven y hacen y Cristo, para que la predicación de El surta efecto. Así, un deportista cristiano hará posible el apostolado de los deportistas, un artista cristiano el de los artistas, un albañil cristiano el de los albañiles y así consecutivamente (LILÍ ALVAREZ: op. cit., pág. 119).
- ⁸⁰ Pío XII: *Vida y Apostolado*—10 abril 1953—en "Colección de Encíclicas...", pág. 1.453.
- ⁸¹ SEBASTIÁN FUSTER: op. cit., págs. 60-61.
- ⁸² M. F. SCIACCA: op. cit., pág. 266. "Por eso cuando hoy advertimos—escribe LILÍ ALVAREZ—que personas de notoria religiosidad no "militan" en ciertas asociaciones cristianas, ello debería ser una estridente señal de alarma para los espíritus responsables. Si esto ocurre con los propios del redil, debiéramos preguntarnos: ¿Qué será, pues, con los que están fuera de él?" (op. cit., págs. 152-3).
- ⁸³ *El hombre en la encrucijada*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952, págs. 314.
- ⁸⁴ El sentido auténtico de la seglaridad es, en grado sumo, *comunitario* (LILÍ ALVAREZ: op. cit., pág. 180).
- ⁸⁵ ROGERIO SÁNCHEZ: *Ética*.

¿Dios ha muerto?

⁸⁶ El que afana tras la ganancia por la ganancia, ése demuestra un servilismo mental ramplón: "Vaga errante en busca de pan, aun teniéndolo, como dice el libro de Job. Así, difícilmente, podrá llegar a la otra inquietud; la que nace de nuestra libertad, de la urgencia profunda de floración de nuestra personalidad mejor y más propia" (LILÍ ALVAREZ: op. cit., págs. 63-4).

⁸⁷ ANTONIO TOVAR: *Vida de Sócrates*. Madrid, "Rev. de Occidente", 1953, pág. 231.

⁸⁸ S. JUAN: XX, 21.

⁸⁹ ACUÑA, LUIS MARÍA: *Apostolado seglar*. Buenos Aires, Ed. Di fusión, 1941, págs. 34-35.

⁹⁰ *Rom.*, 1; cfr. *Cor.*, 9, 12-23; *Gal.*, 1, 16; 2, 7...

⁹¹ BOBER, JOSÉ MARÍA: *Teología de San Pablo*. Madrid, B. A. C., 1952, pág. 830.

⁹² SALAMANCA, L. DE: *Naturalismo y sobrenaturalismo*, en Revista "Espiritualidad Seglar", Madrid, 1953, núm. 6, págs. 6-7.

⁹³ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., pág. 147.

⁹⁴ SCIACCA, M. F.: *La Iglesia y la civilización moderna*. Barcelona, trad., 1949, pág. 67.

⁹⁵ Pío XII: *Apostolado organizado*—14 de octubre de 1951—, en "Colección de Encíclicas y documentos pontificios". Madrid, Publicación de la Junta Técnica Nacional, 1955, cuarta ed., pág. 1.263

⁹⁶ PASTOR MATEOS, ENRIQUE: *Del laicismo al laicado*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 7, pág. 26.

⁹⁷ ARANGUREN, JOSÉ LUIS L.: *Laicado, un neologismo; laicado, una nueva realidad*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953 núm. 1, págs. 13-14.

⁹⁸ ROMERO, ANDRÉS AVELINO ESTEBAN: *Teología del laicado*, n Rev. "Arbor". Madrid, 1954, núm. 99, pág. 319.

⁹⁹ Pío XII: *Apostolado organizado*, en lugar cit., pág. 1.267.

¹⁰⁰ BASILIO DE SAN PABLO: *La perfección cristiana en el laicado*, en la "XII Semana española de teología". Madrid, 1954, págs. 286-287

¹⁰¹ ROMERO, ANDRÉS AVELINO ESTEBAN: *Teología del laicado*, en Rev. "Arbor". Madrid, 1954, núm. 99, págs. 320-321.

¹⁰² P. ARÍN ORMAZÁBAL: *¿Peligro seglar en la Iglesia?*, en "Hechos y Dichos", 28 (1953), págs. 415-416.

¹⁰³ *Deut.*, 6, 5; *Mat.*, 22, 37; *Marc.*, 12, 30; *Luc.*, 10, 27.

¹⁰⁴ GÓMEZ LORENZO, JOSÉ: *El seglar y la Iglesia*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, octubre 1955, núm. 30, pág. 5.

¹⁰⁵ ARANGUREN, JOSÉ LUIS L.: Trab. cit., lugar cit., pág. 11.

¹⁰⁶ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., págs. 47-48.

¹⁰⁷ MIRET MAGDALENA, ENRIQUE: *El Papa y los seglares*, en Revista "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 2, pág. 9.

¹⁰⁸ ARANGUREN, JOSÉ LUIS L.: op. cit., pág. 14.

¹⁰⁹ LLERENA, JUAN MANUEL: *El Padre Lombardi trae un mensaje a España*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953 núm. 1, pág. 52.

¹¹⁰ GÓMEZ LORENZO, JOSÉ: *El seglar y la Iglesia*, lugar cit., págs. 7-8; y en *El seglar, revalorizado*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 7, pág. 35.

¹¹¹ Pío XII: *Apostolado organizado*—14 de octubre de 1951—, en "Colección de Encíclicas y documentos pontificios", pág. 1.264.

¹¹² ROMERO, ANDRÉS AVELINO ESTEBAN: op. cit., lugar cit., pág. 335.

¹¹³ Pío XII: *Magisterio.—Teología laica*—31 de mayo de 1954— en "Colección de Enc. y..." , pág. 1.540.

¹¹⁴ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., págs. 38-39.

¹¹⁵ Op. cit., págs. 64 a 66.

- ¹¹⁶ *Apostolado organizado*, luc. cit., pág. 1.266.
- ¹¹⁷ DIEZ TOBOADA, JOSÉ MARÍA: *Un cursillo de espiritualidad seglar en Santander*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 6, págs. 49-50.
- ¹¹⁸ Pío XII: *Apostolado organizado*, lugar cit., pág. 1.266; y ENRIQUE MIRET MAGDALENA: *El Papa y los seglares; guía de pensamiento*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 2, pág. 8.
- ¹¹⁹ MIRET MAGDALENA, ENRIQUE: *El seglar ante la dirección espiritual*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núms. 4 y 5, págs. 22-23.
- ¹²⁰ DIEZ TOBOADA, JOSÉ MARÍA: op. cit., lugar cit., pág. 49.
- ¹²¹ Mons. LUIS CIVARDI: *Manual de Acción Católica*. Barcelona, Ed. José Vilamala, 1940, vol. 1, pág. 103.
- ¹²² Sermón 47, de diversis.
- ¹²³ Enc. "Rerum Omnium", de 26 de enero de 1923.
- ¹²⁴ *Math.*, XVIII, 19.
- ¹²⁵ *Marc.*, XVI, 15.
- ¹²⁶ *Math.*, IV, 19.
- ¹²⁷ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., págs. 40-41.
- ¹²⁸ *Lift up you heart*, pág. 2, x.
- ¹²⁹ MIRET MAGDALENA, ENRIQUE: *El Papa y los seglares; guía de pensamiento*, op. cit., pág. 5.
- ¹³⁰ *La Escala de Jacob*. México, Ed. Latino-americana, 1955. pág. 138.
- ¹³¹ Pío XII: *Cooperación, celo, unión*—4 de septiembre de 1940—, en "Colección de Enc. y Documentos...", págs. 1.150-1.
- ¹³² Pío XII: *A los predicadores de la Cuaresma de 1946*, en Roma.
- ¹³³ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., pág. 135.
- ¹³⁴ GÓMEZ LORENZO, JOSÉ: *El seglar y la Iglesia*, luc. cit., pág. 6.
- ¹³⁵ Pío XI: *Mit Brennender Sorge*—14 de marzo de 1937—, en "Colección de Enc. y Doc...", pág. 146.
- ¹³⁶ Pío XI: *Mens nostra*—20 de diciembre de 1929—, en "Colección de Enc...", págs. 638-9.
- ¹³⁷ Pío XI: *Vos Argentinae Episcopos*—4 de febrero de 1931—, en "Colección de Enc...", pág. 1.080.
- ¹³⁸ JAVIERRE, JOSÉ MARÍA: *El retorno a Dios (Lección del Cardenal Suhard)*, en "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 2, pág. 28.
- ¹³⁹ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., pág. 190.
- ¹⁴⁰ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., pág. 115.
- ¹⁴¹ LLAUGER, MIGUEL ANGEL: *Tres notas sobre apostolado*, en Rev. "Espiritualidad seglar". Madrid, 1953, núm. 1, pág. 49.
- ¹⁴² URTEAGA, JESÚS: *El valor divino de lo humano*, pág. 243.
- ¹⁴³ BENEDICTO XV: *Pacem Dei munus*—23 de mayo de 1920— "Colección de Encíclicas...", pág. 102.
- ¹⁴⁴ JOAQUÍN AZPIAZU: *Jóvenes y Juventudes*. Madrid, Ed. Razón y Fe, 1934, segunda ed., pág. 88.
- ¹⁴⁵ ACUÑA, LUIS MARÍA: op. cit., pág. 145.
- ¹⁴⁶ *La Oración*. Madrid, 1946, pág. 54.
- ¹⁴⁷ DIEZ TOBOADA, JOSÉ MARÍA: *Un cursillo de espiritualidad seglar en Santander*. Rev. "Espiritualidad seglar", Madrid, 1953 núm. 6, pág. 47.
- ¹⁴⁸ JOAQUÍN AZPIAZU: op. cit., pág. 89.
- ¹⁴⁹ *Religión y vida*. Madrid, Ed. Atenas, 1940, pág. 259.
- ¹⁵⁰ ALEXIS CARREL: op. cit., pág. 71.
- ¹⁵¹ SALAMANCA, L. DE: *Naturalismo y sobrenaturalismo*. Rev. "Espiritualidad seglar", Madrid, 1953, núm. 6, pág. 3.

¿Dios ha muerto?

- 152 Acción Católica Canadiense: *Formación de Jefes de Acción Católica*. Buenos Aires, Ed. Polos, 1946, págs. 69-70.
- 153 Pío XII: *Apostolado organizado*—14 de octubre de 1951—y “Colección de Enc...”, pág. 1.278.
- 154 ACUÑA, LUIS MARÍA: *Apostolado seglar*, pág. 116.
- 155 JESÚS URTEAGA: op. cit., pág. 26.
- 156 JESÚS URTEAGA: op. cit., págs. 179-180.
- 157 JESÚS URTEAGA: op. cit., pág. 226.
- 158 EZPELETA, M.: *La gran virtud de la Santa Imprudencia*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1954, págs. 24-25.
- 159 *Renovación*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1954-55, pág. 64.
- 160 ARIN ORMAZÁBAL, ANGEL DE: *El gran remedio a los grandes males de hoy*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1954-1955, núm. 26, pág. 3 (83).
- 161 ARIN ORMAZÁBAL, ANGEL DE: op. cit., pág. 9 (89); y JESÚS URTEAGA: op. cit., pág. 49.
- 162 *La Pastoral del Obispo de Solsona*. Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1954-55, núm. 29, pág. 55 (315).
- 163 JAIME MONTERO Y GARCÍA DE VALDIVIA: *El quehacer de nuestro tiempo*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1953, núms. 4-5, pág. 33.
- 164 *S. Judas*, 1, 12-13.
- 165 *Sáb.*, 2, 5-9.
- 166 ARIN ORMAZÁBAL, ANGEL DE: op. cit., pág. 4 (84).
- 167 GÓMEZ LORENZO, JOSÉ: *Un obediencia olvidada por los siglos*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1955, pág. 46 (306).
- 168 *La Escala de Jacob*. México, Ed. Latino-americana, 1955, págs. 25-26 y 29.
- 169 GIOVANNI PAPINI: op. cit., pág. 129.
- 170 M. F. SCIACCA: *La Iglesia y la civilización moderna*. Barcelona, Ed. Miracle, 1949, págs. 174-5.
- 171 M. F. SCIACCA: op. cit., pág. 177.
- 172 ARIN ORMAZÁBAL, ANGEL: op. cit., pág. 5 (85).
- 173 *La Pastoral del Obispo de Solsona*. Rev. “Espiritualidad seglar”, 1955, núm. 29, pág. 54 (314).
- 174 Op. cit., pág. 130.
- 175 *Rom.*, 7, 19-25.
- 176 Op. cit., pág. 70.
- 177 *Juan*, 15, 5.
- 178 *Id.*, 6, 44.
- 179 *1 Cor.*, 3, 7.
- 180 *2 Cor.*, 3, 5.
- 181 *Juan*, 10, 10.
- 182 Pío X: *Enc. “Il fermo propósito”*, a los Obispos de Italia, en J. AZPIAZU: *Direcciones Pontificias*, tercera ed., pág. 282.
- 183 *Juan*, XIII, 35.
- 184 BASILIO DE SAN PABLO: *La perfección cristiana en el laicado* en “XIII Semana española de Teología”, pág. 290.
- 185 *¿El cristiano debe hacerse “nada”?*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1953, núm. I, pág. 16.
- 186 L. DE SALAMANCA: *Naturalismo y sobrenaturalismo*. Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1953, núm. 6, pág. 5.
- 187 *Idem, id.*, pág. 6.
- 188 Pío XII: *El trabajo-Dios*—18 de mayo de 1952—, en “Colección de Encíclicas...”, pág. 1.353.
- 189 Pío XII: *Apostolado organizado*—14 de octubre de 1951—, “Colección de Encíclicas...”, pág. 1.267.

- ¹⁹⁰ Pío XII: *Apostolado organizado*—14 de octubre de 1951... “Colección de Encíclicas...”, pág. 1.265.
- ¹⁹¹ LLAUGER, MIGUEL ANGEL: *Tres notas sobre apostolado*. Revista “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1953, núm. 1, pág. 47.
- ¹⁹² URTEAGA, JESÚS: op. cit., pág. 241-42.
- ¹⁹³ R. P. KOFF: *Espiritualidad de la acción*, en Rev. “Espiritualidad seglar”. Madrid, 1953, núm. 7, pág. 8.
- ¹⁹⁴ JACQUES MARITAIN: *Significado del ateísmo moderno*. Buenos Aires, 1950, pág. 29.
- ¹⁹⁵ A. M. WEISS: *Arte de vivir*.
- ¹⁹⁶ *Sobre la europeización*, págs. 8-9.

COLECCION

« CRISTIANISMO Y MUNDO »

Volúmenes publicados

1. *CRISTIANISMO Y DEPORTE*, por JUAN CANTÓ RUBIO.—25 ptas.
2. *¿COLONIALISMO?*, por LUCIANO PEREÑA.—30 ptas.
3. *¿DIOS HA MUERTO?*, por LINO RODRÍGUEZ-ARIAS BUSTAMANTE.
5. *TEOLOGIA PASTORAL PONTIFICIA.—El sacerdote.*—Tomo I, por JUAN CANTÓ RUBIO.—55 ptas.
6. *TEOLOGIA PASTORAL PONTIFICIA.—La proyección apostólica.*—Tomo II, por JUAN CANTÓ RUBIO.—55 ptas.

De próxima aparición

- *CRISTIANISMO Y POLITICA*, por CARLOS SANTAMARÍA ANSA.
- *LOS COMITES CIVICOS*, por CIPRIANO CALDERÓN.
- *CRISTIANISMO Y COMUNIDAD INTERNACIONAL*, por ANTONIO LUNA.
- 4. *CIVISMO SUPRANACIONAL*, por el Cardenal FELTIN, SANTIAGO RAMÍREZ, O. P.; GIUSEPPE PELLA y ETIENN GILSON.
- 7. *LOS ULTIMOS CUARENTA AÑOS DE LA ERA CRISTIANA*, por DIONISIO BIKKAL.

COLECCION BIEN COMUN

Volúmenes publicados

SERIE I.—IDEAS FUNDAMENTALES

1. *HACIA UNA SOCIOLOGIA DEL BIEN COMUN*, por LUCIANO PEREÑA.—25 ptas.
2. *JACQUES MARITAIN Y LA POLEMICA DEL BIEN COMUN*, por CARLOS SANTAMARÍA.—18 ptas.
3. *PROBLEMÁTICA DEL BIEN COMUN*, por JUAN ZARAGÜETA.—18 ptas.
4. *LA DOCTRINA MARXISTA DEL INTERES GENERAL*, por VIKTOR ANTOLÍN.—18 ptas.
5. *PUEBLO Y GOBERNANTES AL SERVICIO DEL BIEN COMUN*, por SANTIAGO RAMÍREZ, O. P.—25 pesetas.
6. *EL BIEN COMUN DE LOS ESPAÑOLES*, por ADOLFO MUÑOZ ALONSO.—18 ptas.
7. *BIEN COMUN Y PAZ DINAMICA*, por LUCIANO PEREÑA.—25 ptas.
8. *PENSAMIENTO PONTIFICIO SOBRE EL BIEN COMUN*, por RAFAEL GONZÁLEZ MORALEJO.—45 pesetas.

SERIE II.—PROBLEMAS DE HOY

9. *LA PRENSA EN EL ESTADO MODERNO*, por FERNANDO MARTÍN-SÁNCHEZ JULIÁ.—18 ptas.
10. *CRITERIOLOGIA DEMOCRATICA*, por LUCIANO PEREÑA.—18 ptas.

De inmediata aparición

11. *LA JUSTA DISTRIBUCION DE LAS RENTAS*, por RAFAEL GONZÁLEZ MORALEJO.
- *EL BIEN COMUN, FIN Y TAREA DE LA SOCIEDAD*, por JOHANNES MESSNER.

COLECCION MUNDO MEJOR

SERIE I.—HACIA UN MUNDO MEJOR.

- ” II.—FRENTE DE LA VERDAD.
- ” III.—FRENTE DE LA GRACIA.
- ” IV.—FRENTE DE LA JUSTICIA.
- ” V.—FRENTE DE LA CARIDAD.
- ” VI.—APOSTOLADO SECULAR.
- ” VII.—PASTORAL.

Volúmenes publicados

1. *GRITO DE ALERTA*, por ANDRÉS AVELINO ESTEBAN. 35 ptas. (S. I-1.) [Agotado.]
2. *CATOLICISMO DE FRONTERAS ADENTRO*, por JOSÉ MARÍA ESCUDERO.—35 ptas. (S. VI-1.) [Agotado.]
3. *PRESENCIA DE LOS CRISTIANOS*, por MANUEL ALONSO GARCÍA.—35 ptas. (S. VI-2.)
4. *¿EXAMEN DE CONCIENCIA O AUTOCRITICA?*, por VICENTE E. TARANCÓN, Obispo de Solsona.—2.^a ed. 50 ptas. (S. VII-1.)
5. *LA FAMILIA DE DIOS*, por FRATERNAL AIUTO CRISTIANO (FAC). Prólogo del P. RICARDO LOMBARDI, S. J.—2.^a ed. 55 ptas. (S. VI-1.)
6. *SACERDOTES Y SEGLARES*, por ANDRÉS AVELINO ESTEBAN.—35 ptas. (S. VI-2.)
7. *LAS EJERCITACIONES PARA UN MUNDO MEJOR*, por JUAN CANTÓ RUBIO.—35 ptas. (S. I-2.)
8. *CRISTO EN LA FABRICA*, por CASIMIRO MORCILLO, Arzobispo de Zaragoza.—35 ptas. (S. IV-1.)
9. *DEL PATERNALISMO A LA JUSTICIA SOCIAL*, por IGNACIO FERNÁNDEZ DE CASTRO.—35 pesetas. (S. IV-2.)
10. *COLOQUIOS SOBRE LOS POBRES*, por AMINTORE FANFANI.—Prólogo de JULIÁN ESPELOSIN.—35 ptas. (S. VII-2.)
11. *SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...*, por LUIS BAIGORRI, S. S. S.—30 ptas. (S. III-1.)
12. *EL ESTADO MAYOR DEL PARROCO*, por ANDRÉS AVELINO ESTEBAN.—35 ptas. (S. VII-2.)
13. *ANTE UN SINDICALISMO NUEVO*, por JUAN MUÑOZ CAMPOS y ENRIQUE CEREZO CARRASCO.—35 ptas. (S. IV-3.)

15. ¿HACIA UNA SOCIEDAD SIN CLASES?, por ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ.—35 ptas. (S. IV-4.)
16. CUARESMA Y SEMANA SANTA, por CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.—50 ptas. (S. VII-3.)
17. ALMAS EN LOS TAJOS, por JOSÉ A. MATEO, S. J. Prólogo de P. LLANOS, S. J.—35 ptas. (S. V-3.)
18. CURSILLOS DE CRISTIANDAD.—Realidades y experiencias, por Secretariado Diocesano de Ciudad Real.—Prólogo de PEDRO REBARSA.—2.^a ed. 35 ptas. (S. I-3.)
19. LUZ EN LAS ANTENAS.—*La empresa radiofónica.* Tomo I, por JESÚS GARCÍA JIMÉNEZ.—Prólogo de ANTONIO GARRIGUES.—40 ptas. (S. II-1.)
20. LUZ EN LAS ANTENAS.—*Deontología del hombre y del programa.*—Tomo II, por JESÚS GARCÍA JIMÉNEZ.—40 ptas. (S. II-2.)
21. RELACIONES HUMANAS Y REFORMA DE LA EMPRESA, por MARTÍN BRUGAROLA, S. J.—40 ptas. (S. IV-5.)
22. EL MUNDO A LA VISTA DE DIOS, por Fray JULIO DE AMAYA, O. F. M. Cap.—40 ptas. (S. I-4.)
23. LA RADIODIFUSION AL SERVICIO DE DIOS, por ANÍBAL ARIAS RUIZ.—40 ptas. (S. II-3.)
24. EL PROBLEMA DE LAS OPOSICIONES EN ESPAÑA, por JESÚS LÓPEZ MEDEL.—Prólogo del Excelentísimo Sr. D. MARIANO NAVARRO RUBIO.—35 ptas. (S. IV-6.)
25. LA POBREZA DEL SACERDOTE, por Monseñor A. ANCEL, Obispo Auxiliar de Lyon.—90 pesetas. 2.^a ed. (S. VII-4.)
26. CATOLICISMO O CAPILLISMO, por JUAN BAUTISTA MARÍA FERRE, O. C.—40 ptas. (S. VI-4.)
27. LA CLOACA DE LA HISTORIA, por ADOLFO MUÑOZ ALONSO.—35 ptas. (S. I-5.)
28. LA CORTESIA DE CRISTO, por ROGER DUPUIS, S. I., y PAUL CELIER.—40 ptas. (S. V-4.)
30. EL HIJO FIEL, por JOSÉ IGNACIO MONTOBBIO.—Prólogo de LORENZO GOMIS.—35 ptas. (S. II-4.)
31. LAS RAZONES DEL PROLETARIADO, por EDUARDO OBREGÓN.—35 ptas. (S. IV-7.)
32. GUIONES HOMILETICOS.—*Predicación dominical sobre el pensamiento pontificio.*—Tomo I, “Adviento-Pascua”, por JUAN CANTÓ.—45 pesetas. (S. VII-5.)
33. GUIONES HOMILETICOS.—*Predicación dominical sobre el pensamiento pontificio.*—Tomo II, “Pentecostés”, por JUAN CANTÓ.—50 ptas. (S. VII-6.)
34. LA COMUNICACION CRISTIANA DE BIENES. Cáritas Española.—Prólogo del Emmo. Sr. Cardenal de Santiago de Compostela.—Rústica, 40 ptas.; piel, 85 ptas. (S. V-5.)
35. LA PASTORAL DE JESUS, por CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.—40 ptas. (S. VII-7.)

36. *MEDITACIONES POR UN MUNDO MEJOR*, por GIUSEPPE CASALI.—40 ptas. (S. I-7.)
37. *LAS HERMANDADES DEL TRABAJO*, por el Secretariado de Publicaciones de las Hermandades de Trabajo.—45 ptas. (S. IV-8.)
38. *LOS CURSILLOS DE CRISTIANDAD, INSTRUMENTO DE RENOVACION CRISTIANA*, por JUAN HERVÁS, Obispo-Prior de las Ordenes Militares de Ciudad Real.—95 ptas. (S. VII-8.)
39. *TRABAJANDO Y MEDITANDO*, por JOSÉ A. MATEO, S. J.—35 ptas. (S. IV-9.)
40. *ENTRE DOS ISMOS*, por DOMINGO OLIVEROS. (Serie I-8.)
41. *LA PARROQUIA, ESA VIEJA NOVEDAD*, por el Centro de Estudios Pastorales de Zaragoza.—85 ptas. (S. VII-9.)

De inmediata aparición

14. *EL CAMINO DE LA MISTICA*, por LUIS MORALES OLIVER. (S. III-2.)
29. *DOS MUNDOS EN NUESTRAS MANOS*, por MANUEL LIZCANO. (S. I-6.)
- *LOS SEGLARES EN LA IGLESIA*, por VICENTE ENRIQUE TARANCÓN, Obispo de Solsona.
- *SIN CRISTO*, por M. B. KOLB.
- *HOMBRES Y OBRAS DE LA RADIO*, por ANÍBAL ARIAS RUIZ. (S. II-5.)

COLECCION MATRIMONIO Y HOGAR

Volúmenes publicados

1. *LA FAMILIA, HOY*, por VICENTE ENRIQUE TARANCÓN, Obispo de Solsona.—55 ptas.
2. *OBRAS DE APOSTOLADO FAMILIAR*, por SANTOS BEGUIRISTAIN.—45 ptas.
3. *LA MEJOR PELICULA: LA FAMILIA*, por JOSÉ ANTONIO SOBRINO.—40 ptas.

De inmediata aparición

- *EL SACRAMENTO DEL AMOR*, por CHARLES HAS-SABKI, O. S. B.
- *EL AMOR Y LA GRACIA*, por HENRI CAFFAREL.
- *PREPARANDO EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA*, por A. KRIEKEMANS.

COLECCION INQUIETUD

Volumen publicado

1. *LA OSCURA LUCHA CONTRA MI MISMO*, por MARÍA LUISA VILLAR DE FRANCO.—45 ptas.

Al estremecedor interrogante guión «¿DIOS HA MUERTO?», Lino Rodríguez Arias da una valiente y comprometida respuesta, señalando cuál es la misión del apostolado seglar — o más concretamente aún: del Cristianismo — frente a los tres materialismos de nuestra época: El Capitalista, el comunista y el religioso.

Lino Rodríguez Arias Bustamante — nacido en Béjar (Salamanca) en 1918 — tuvo ya una destacada actuación en su época de estudiante universitario, madurando luego en una clara e importante actividad intelectual. Si la Universidad premió su tesis sobre «El Derecho Real del autor sobre bienes intelectuales» y su estudio en torno a «Federico Carlos de Savigny y la Escuela Histórica», le acogió también como Profesor de Derecho Civil, pasando luego a la Universidad de Panamá, donde actualmente desempeña la cátedra de «Introducción al Derecho», «Filosofía del Derecho» y «Derecho Civil de Obligaciones», además de su importante labor como «editorialista» de El Panamá América, del Semanario Católico «El Lábaro» y su actividad como colaborador en «El Día».